

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 22 - 28 agosto 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - N.º 299

## “LOS OJOS Y LOS OIDOS DEL MUNDO”

WASHINGTON.- CALLE E,  
NUMERO 2430: CUARTEL  
GENERAL DE LA C. I. A.

### POLVORA, TERROR Y SANGRE EN EL MARRUECOS FRANCES

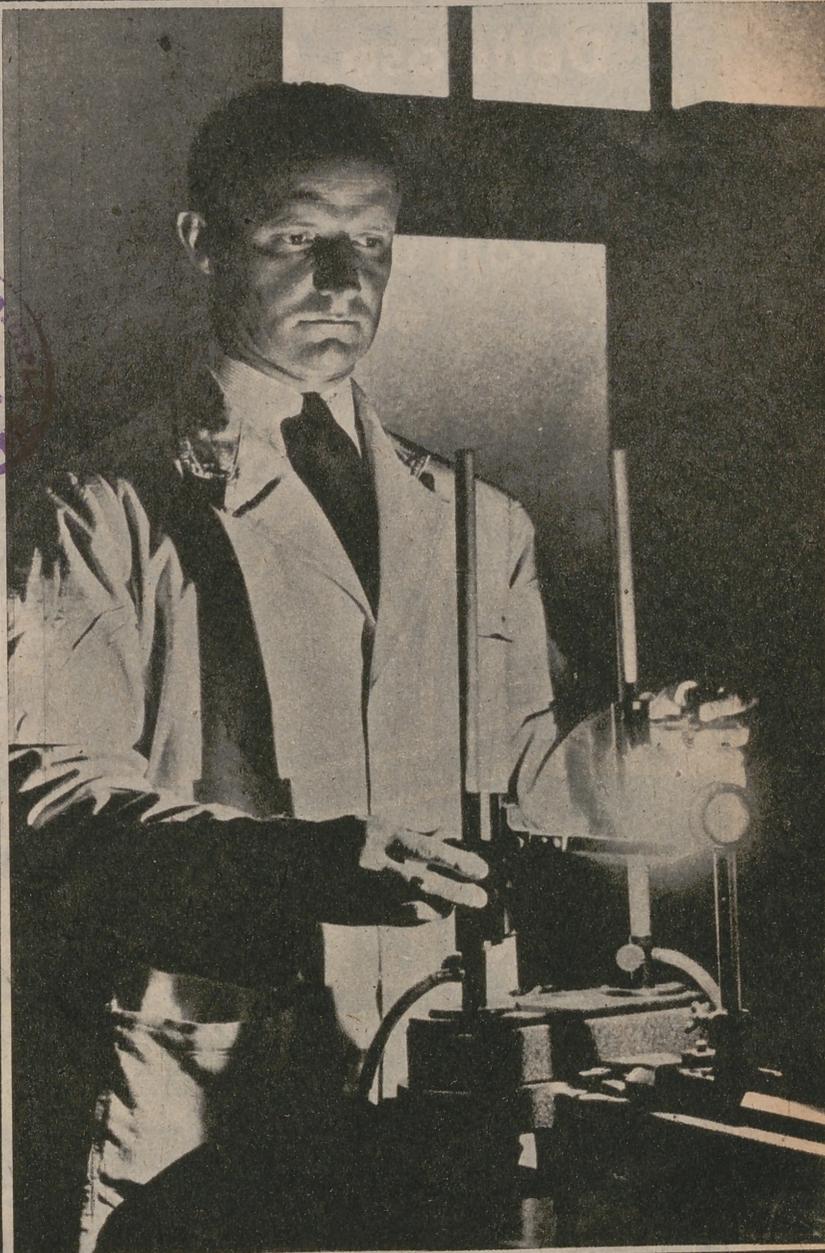
El actual ambiente de inquietud política en la zona marroquí francesa, descrito por Costa Torró, enviado especial (pág. 13)

#### LA CONQUISTA DEL «REY DEL HIMALAYA»

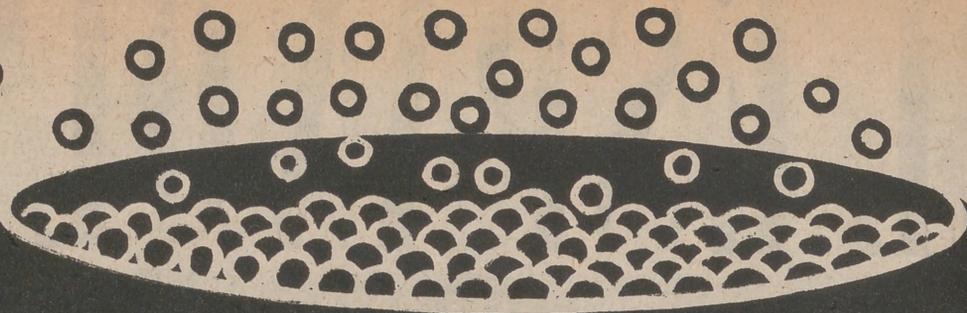
La expedición italiana del profesor Desio hacia la segunda cima del mundo, por María Jesús Echevarría (pág. 25)  
Carta del director a don Santiago Morales (pág. 8) \* El tenis español nació en Huelva y alcanzó su máximo desarrollo en Barcelona, por Carlos Sindreu (pág. 10) \* Entrevista con Santiago Galindo (pág. 16) \* Gracia y línea del archipiélago balear, por Carlos Luis Alvarez (pág. 19) \* Estrategia política, por T. Nieto Funcia (págs. 23) \* 14 de abril, ocho y cinco de la tarde. Apuntes para las memorias de un doctor político, por Francisco Casares (página 29) \* Avila, piedra que vuela, por Enrique Ruiz García, enviado especial (página 32) \* Acuerdo de «buena voluntad» en el problema del petróleo persa, por Juan Sánchez Sutil (pág. 37) \* «¡Nada de cambiar el tercio!», por Luis Fernández Salgado (pág. 43) \* «Encuentros con Theodor Mommsen». El libro que es menester leer (página 54) \* Mendes-France o una política de letras de cambio a tantos días vista, por B. Calderón Fonte, enviado especial, y Blanco Tobío (pág. 57) \* Guerra de políticas en el fútbol, por José Luis Lasplazas (pág. 60)

#### CARRERA DE ROMEROS

Un relato completo de Eugenia Serrano (página 46)



## LOS AGENTES SECRETOS DE ALLEN WALSH, TRAS EL TELON DE ACERO



*Un sano refresco...*

Delicioso, tónico, efervescente para aplacar la sed y combatir el sopor estival, puede obtenerse con un vaso de agua fría, el zumo de medio limón y una cucharadita de

C.S. 14106



**“SAL DE FRUTA” ENO**

MARCAS

REGIST.

**EFERVESCENTE-TONICA-REFRESCANTE**

**LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID**

# "LOS OJOS Y LOS OIDOS DEL MUNDO"

WASHINGTON.-  
CALLE E, NUMERO  
2430: CUARTEL  
GENERAL DE LA  
C. I. A.



## LOS AGENTES SECRETOS DE ALLEN WALSH, TRAS EL TELON DE ACERO

CUANDO la noticia de la tragedia de Pearl Harbour sacudió a los Estados Unidos de América, casi nadie podía pensar que aquello había ocurrido simplemente por una sencilla falta de información. El plan de ataque japonés no era un fruto improvisado de un momento, sino que, por el contrario, había exigido largas horas de meditación, de estudio, de preparación y de cursar órdenes a varias y diferentes ramas del Ejército. Por ello, o se había llevado tan en secreto, tan en secreto, que apenas dos o tres personas hubieran tenido conocimiento de ello o se carecía, por parte norteamericana, de una buena red de agentes que estuviesen atentos a cualquier movimiento, a cualquier actitud sospechosa por mínima que fuese para en seguida comunicar lo ocurrido a Washington.

Mas lo cierto es que la gran red no existía y que únicamente cada rama del Ejército—Mar, Tierra y Aire—obraba por su propia cuenta sin una conexión eficaz y positiva. Durante la segunda guerra mundial funcionó el O. S. S. (Office Strategical Services), bajo la dirección del general Donovan, llamado Wild Bull.

Pero en 1947 la ley sobre Seguridad Nacional organiza la C. I. A. Y en su texto se afirma: «La Agencia tiene que coordinar y valorar los Servicios de Inteligencia relacionados con la seguridad nacional, facilitando al Gobierno la información adecuada».

Una clase teórica para preparación del agente secreto. Nada debe ser olvidado ni nada debe quedar al azar

Y la Agencia se instituye para la colaboración completa y la coordinación mutua de todos los servicios secretos de información. Su historia, su funcionamiento y sus trabajos son tan espectaculares, tan fabulosos y tan increíbles que, si se pudiesen contar por entero, harían la más completa e inimaginable novela de aventuras que jamás se escribiera.

Sin embargo, algo se sabe de la C. I. A. Y lo que se sabe, aquí está.

### EL AGENTE SECRETO, UN HOMBRE INALTE- RABLE

Treinta y ocho edificios, en Washington, sirven a las oficinas de esta poderosa organización norteamericana de información. Treinta y ocho edificios, y el apoyo de los servicios de Inteligencia del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea, así como los del Departamento de Estado, Comisión de Energía Atómica, Oficina de Investigación Federal—F. B. I.—y los del Estado Mayor Conjunto. Con lo cual, todos los resortes para descubrir en cualquier momento a un determinado individuo o para detener a una persona sospechosa de espionaje están en la mano de la C. I. A. La C. I. A. es, así, «los ojos y los oídos de Norteamérica».

No se sabe exactamente cuántos son los hombres que trabajan a las órdenes de la Agencia. Hay quien, por lo bajo, calcula tres mil; hay quien, por lo alto, cifra treinta mil. Mas lo cierto es que en cualquier parte del mundo un



Walter Bedell Smith, segundo director que tuvo la C. I. A.



Allen Walsh Dulles, actual jefe supremo de la C. I. A.

hombre o una mujer cualquiera tienen la posibilidad de ser un agente del Servicio Secreto norteamericano. Río de Janeiro, Tokio, Hong-Kong, Berlín, Varsovia, Moscú, Praga, París, Shanghai, Budapest, Riga, Vladivostok, cualquier ciudad, en definitiva, son el escenario de estos hombres y mujeres anónimos que desempeñan un ingrato y peligroso trabajo: la obtención de informaciones con las cuales pueda ser evitado el peligro de un ataque de las fuerzas contrarias a los Estados Unidos de América. De su acierto y de su fortuna depende, en gran parte, el futuro del mundo.

Para ser agente de la Agencia Central de Inteligencia hay que reunir unas condiciones especialísimas. De cada mil solicitudes de ingreso, únicamente ochenta pasan las rígidas pruebas de seguridad.

De las restantes—el noventa y dos por ciento— el historial político de los solicitantes, sus costumbres escandalosas, sus relaciones o sus amistades, el hablar o el beber en demasía su tipo excesivamente característico, son causas más que suficientes para, ya en principio, denegar la solicitud de admisión.

Luego las pruebas físicas, que hay que superar, son otro obstáculo dificultoso en extremo. Tirar a la perfección—pistola o fusil—con ambas manos; correr a paso gámnastico, sin caer agotado, más de treinta kilómetros; nadar con una regular velocidad y resistencia; poder volar a grandes alturas sin detrimento físico alguno; resistir sin comer los tiempos establecidos en las tablas; sufrir sin quejarse pruebas de dolor físico y tantas otras modalidades que hacen de un agente secreto casi un hombre inalterable.

Por otra parte están los idiomas. El agente secreto debe conocer a la perfección, sin el menor acento extraño, el idioma del país en el que va a desarrollar su actividad. Hasta los más lejanos dialectos de su teatro de opera-

ciones han de ser dominados por el agente. Para ello, en su escuela de idiomas, la C. I. A. proporciona clases a sus agentes, en sesenta y tres idiomas exactamente, desde el francés hasta el pasho—el más lejano usado en el Afganistán—hay un profesor especializado para un alumno. Y cuando el agente sale hacia su punto de destino, el idioma es para él tan conocido como si hubiera sido su única lengua materna.

Respecto a los conocimientos técnicos, un hombre de esta clase ha de salir con ellos adquiridos. Poner en marcha un coche sin necesidad de llave de contacto, usar la palanqueta sin ruido de ningún género, instalar micrófonos y auriculares en los sitios más insospechados; poder volar, si hace falta, en determinado momento un edificio; arreglar o instalar completamente una potente emisora de radio, revelar las microscópicas fotografías obtenidas minutos antes; construirse, con la ayuda de las más elementales herramientas, una canoa, por si hay necesidad de escapar a través de un río; autocurarse toda clase de heridas superficiales y aprender a remediar fracturas o heridas por arma de fuego, siempre dentro de los límites de lo humanamente posible, son mínimas normas exigidas a cualquier agente secreto que salga de servicio. Sin contar, naturalmente el aprendizaje de las claves de los mensajes, de memoria absoluta, y la facultad de retentiva visual suficiente para reconocer a una persona en Nueva York habiéndola visto solamente una vez en Moscú.

Este es, en síntesis, un hombre de la C. I. A. Difícil, en verdad, es el oficio.

#### VIGILANCIA DE TODOS PARA TODOS

Mas no se crea que es solamente el individuo que opera fuera de los edificios de la C. I. A. el que está sometido a todas estas vigilancias. Son los objetos. Dentro mismo de cualquier oficina dependiente de la Agencia existen hor-

nos apropiados para quemar diariamente todas las notas que no han de pasar a los archivos acorazados. Igualmente, las cintas de las máquinas de escribir y los papeles de copia son destruidos por análogo procedimiento.

La vigilancia del individuo que trabaja para la C. I. A. es constante no solamente por el posible—aunque infimo—peligro de traición, sino por si en determinado instante le faltaran las fuerzas físicas y no pudiera controlar debidamente sus actos. Por eso, cuando un empleado sufre un accidente, se traslada con toda rapidez al lugar del suceso uno de los inspectores de la organización, que ya no abandonará al herido hasta su total curación en los hospitales de la C. I. A. Igualmente, cuando enferma un agente o un empleado—en Norteamérica se entiende, naturalmente— los propios servicios sanitarios cuidan de su total restablecimiento. Nadie sabe en dónde radican sus hospitales ni quiénes son sus médicos. El agente es introducido en una ambulancia y sale, sin más, en el sanatorio. Jamás sabrá el enfermo o el accidentado en qué lugar de los Estados Unidos tuvo lugar su completa curación.

Los actos totales de un agente en periodo de descanso están igualmente controlados. Y el agente fiscalizador lo mismo puede ser la linda señorita que le acomoda en el cine, que el cobrador del autobús de su barrio o que el vendedor de periódicos de la esquina de su casa.

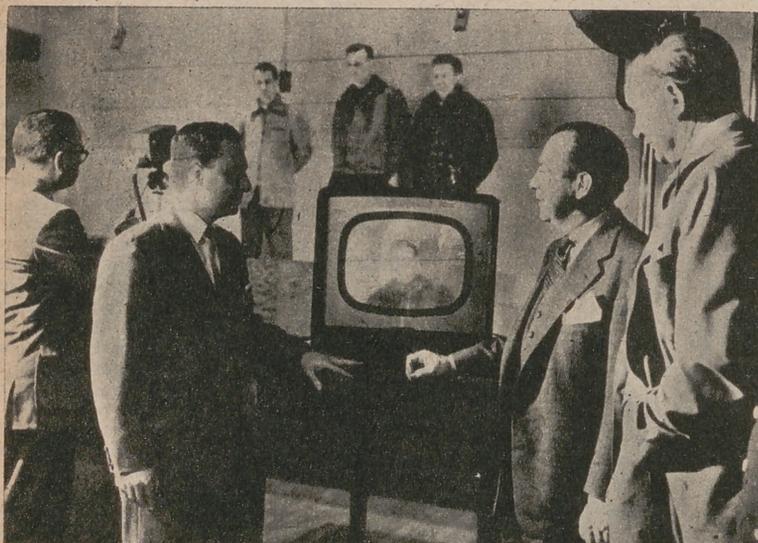
A «los ojos y los oídos de Norteamérica» nada se le escapa. Ni sus mismos agentes, a los que ella les enseña los métodos para evadirse. Porque hay todavía otros métodos más poderosos, para evitarlo, que solamente el C. I. A. sabe emplearlos cuando conviene.

#### UNA SOMBRA QUE SE DESLIZA POR LA OSCURIDAD

Toda esta poderosa organización tiene un cerebro, ágil y profundo, que la dirige, que es responsable directo de los éxitos y de los fracasos y que propone y efectúa aquellas reformas que la experiencia o los acontecimientos ocurridos aconsejan. Este hombre es Allen Walsh Dulles.

Hermano de John Foster Dulles, Allen tiene un cierto parecido con el secretario de Estado. Allen Walsh Dulles, de sesenta y un años de edad, ochenta y seis kilogramos de peso, de estatura más que mediana, fumador continuo de pipa, es quien más cosas sabe del funcionamiento de los Servicios de Información, no solamente en Norteamérica, sino en el mundo entero. Todos los métodos, todas las técnicas, todos los procedimientos, por fantásticos o simples que sean, tienen su lugar y su clasificación en el cerebro de este abogado de sempiterna sonrisa, de guiño pícaro y erizado bigote que conoce, casi de memoria, las señales personales y los destinos de su especial contingente de funcionarios.

Ninguno de sus métodos, como es lógico, trasciende al público. La técnica operativa de la C. I. A. es más secreta todavía que muchos de los resultados de la Comi-



La televisión ayuda al C. I. A. en el descubrimiento y en la identificación de los espías comunistas introducidos en los Estados Unidos

sión de Energía Atómica. Con lo que Allen Walsh Dulles es algo así como una sombra que se desliza en la oscuridad.

No llegan, en los Estados Unidos, a doce las personas que saben de los resultados de los trabajos de la C. I. A. Tampoco se conocen las cifras que la C. I. A. emplea o gasta. Las cantidades de las mismas se encuentran repartidas en diferentes presupuestos de otras entidades, con lo que el volumen de numerario de que dispone la Agencia Central de Inteligencia es igualmente desconocido.

Todos los días, muy temprano, un hombre vestido de gris con el traje ligeramente arrugado, de andares semejantes a los de cualquier distraído profesor de Universidad, entra en el número 2430 de la calle E de Washington: es el jefe, que comienza su diario trabajo.

Algunas veces, desde la ventana de su despacho, el jefe contempla la ciudad.

—Por aquella calle, en este momento—puede pensar el jefe—, uno de mis hombres sigue a un agente soviético. Dentro de quince minutos, exactamente el espía extranjero habrá sido detenido.

O por el contrario, mientras mira la silueta de una nube, el jefe tiene en su memoria la hora precisa de una llegada.

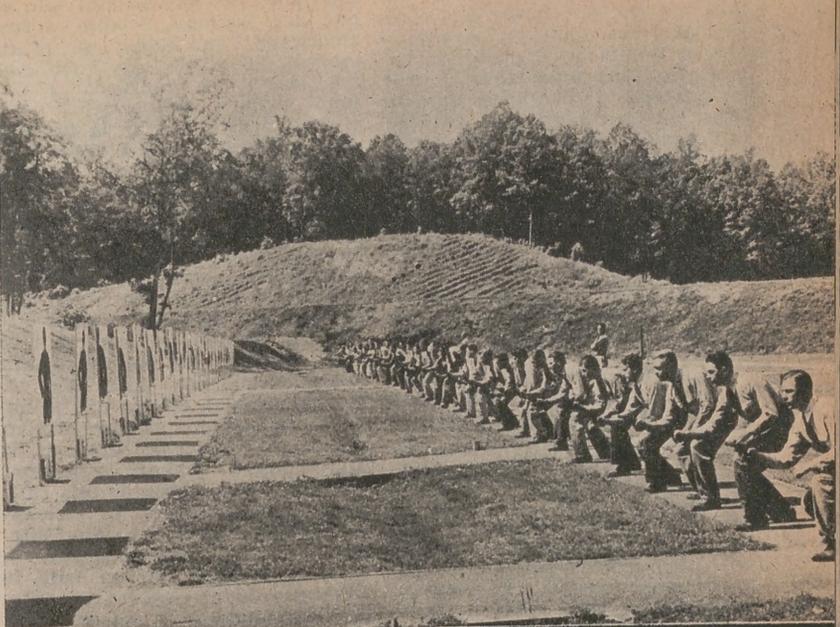
—Ahora—puede pensar también el jefe—llega al punto X-3, Y-12, detrás del «telón de acero», el agente 4875.

Efectivamente, el «telón de acero» es campo de operación principalísimo de esta fabulosa organización norteamericana, que no tiene parangón ni en la más intrigante de las novelas policíacas.

#### LA CONFIRMACION DE UN AGENTE DEL SERVICIO SECRETO

El día 7 de abril de 1893, hace, pues, exactamente sesenta y un años, en Watertown, en casa del reverendo Allen Macy Dulles, ministro de la iglesia presbiteriana, nacia Allen. Su infancia es como la de cualquier niño americano. Crece en compañía de su hermano John, va a la escuela, juega a la pelota-base como cualquier muchacho de su edad y, por fin, es estudiante en Princeton donde pertenece a la fraternidad escolar Phi-Beta-Kappa.

La biografía del tercer y actual jefe de la C. I. A. está ya desde su juventud dirigida hacia la información secreta internacional. Casi puede decirse que aquel día de abril del siglo pasado había nacido el más grande agente nato del Servicio Secreto de los Estados Unidos. A los veintitrés años de edad, recién ingresado en el servicio diplomático, estuvo durante la primera guerra mundial en Suiza. Entonces fué cuando sus excepcionales dotes de observador, de analista de las situaciones y de compulsador de los acontecimientos, le hicieron afirmarse en la creencia comprobada de que Suiza era uno de los más valiosos centros informativos de Europa. Entonces fué, igualmente, cuando Allen Walsh Dulles comenzó a tomar en serio los estu-



Una fase del entrenamiento a que son sometidos, en campos especiales, los agentes del Servicio Secreto norteamericano

dios prácticos y científicos de información y contrainformación secretas.

Sin embargo, todavía el actual jefe no se dedica por entero a esta ocupación. Está, por el contrario, inmerso en la actividad política. En 1922 es el que dirige la División de Asuntos del Cercano Oriente del Departamento de Estado. Pero Allen es un hombre trabajador, y durante sus ratos libres estudia Derecho en la Universidad George Washington, de la capital norteamericana, estudios que le dan el título de abogado en 1926.

El sueldo de la División de Asuntos del Cercano Oriente no es muy elevado, y Allen decide ingresar como abogado en la firma Sullivan and Cronwell, de Nueva York, en cuya casa ya trabajaba su hermano John.

Mas en la preparación para la especialidad informativa, Allen no se detiene. Durante su permanencia en el Departamento de Estado conoce a Donovan, el que fué jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos. Y el mismo Donovan es el que, cuando le encargaron de la dirección de la O. S. S., dice a Dulles:

—Hay que organizar una oficina de información en Berna.

Nadie mejor para esta misión que Allen Walsh, el mejor agente secreto de los Estados Unidos.

#### LAS CONFIDENCIAS DE UN ALEMAN EN SUIZA

Allen Walsh Dulles llega, pues, en noviembre de 1942, a Suiza. Aun no funciona, como se sabe, la Agencia Central de Inteligencia. Es Donovan el que lleva los asuntos en teoría. Y Dulles, su ejecutor práctico.

Un objetivo principalísimo tiene señalado Allen: descubrir quiénes forman la oposición en Alemania frente a Hitler y averiguar cuáles son los planes y los proyectos de esta oposición.

Nadie sabe, desde luego, qué es



Uno de los más modernos aparatos de investigación de que dispone la C. I. A.

lo que va a hacer este americano venido legalmente desde la zona francesa de ocupación: el último americano, más concretamente, que entró con legalidad en Suiza desde tal procedencia. Por las apariencias, Allen Walsh Dulles va a estudiar los aspectos jurídicos de Suiza y va a reposar en aquel clima de altura. La vida del abogado norteamericano con aire de profesor de Universidad es bien sencilla, por lo menos aparentemente. Pasear, leer libros de Derecho en los bancos de los jardines o en los cafés, visitar las montañas y estar entre las gentes «con el fin de conocer sus costumbres».

Mas de cuando en cuando, en apartados lugares, en las carreteras, cambiando de automóvil dos

o tres veces por itinerario, en las librerías, en las cabinas de los teléfonos, bien por un camarero que en vez de la cuenta de la comida trae una nota cifrada o por un vendedor de periódicos que entrega un ejemplar con valioso contenido, Dulles está en perpetuo y continuo contacto con los agentes norteamericanos que tratan de obtener información de Alemania. Que tratan y que la traen. Por algo son funcionarios en ejercicio.

Un día, una nota lacónica, después de haber sido descifrada, dice: «Gisevius. Mañana, once noches».

En un lugar secreto y oculto se celebra la entrevista. Son protagonistas Allen Walsh Dulles—jefe de los Servicios Secretos norteamericanos en Suiza—, Hans Berné Gisevius—vicecónsul de Alemania en Zurich y miembro del Servicio Secreto alemán, el Abwehr, y enemigo, por otra parte, de Hitler—y un enlace que los puso en comunicación. La conversación, en esencia, pudo ser ésta:

—Yo, como otros altos jefes militares alemanes—viene a decir Gisevius—estamos convencidos de que Alemania quedará destruida si antes no es eliminado Hitler.

—¿Existe algún plan, algún proyecto en este sentido?

—Hay ya una conspiración que planea el asesinato de Hitler. Los trabajos están muy adelantados.

Y Gisevius, el alemán anti-nazi que pertenecía al Servicio Secreto de su país, informó punto por punto de la conspiración. Al final solicitó ayuda del Gobierno norteamericano para el nuevo régimen que, caso de triunfar el atentado, se implantaría en Alemania.

Gracias a la gestión personal de Dulles, el Gobierno norteamericano sabía el día, la hora y el lugar en que estallaría la bomba que acabaría con la vida del Jefe del Estado alemán. Así, cuando en el Cuartel General de la Prusia Oriental, el día 20 de julio de 1944, una bomba estalló a menos de dos metros de distancia de Hitler, el Gobierno norteamericano conocía, igual que los organizadores del acontecimiento. Y esperaba también igual que los conspiradores un resultado favorable. Mas la pata de una mesa impidió que el atentado tuviese éxito.

Pero Allen Walsh Dulles había cumplido perfectamente su misión. Una misión que todavía tendría más objetivos cubiertos.

#### EL ATAQUE A LA FABRICA DE COHETES DE PEENEMUNDE

La estancia de Dulles en Suiza es fructífera en grado sumo. No importa que el abogado de encanecida cabeza y erizado bigote siga llevando una vida sosegada. No importa que por los parques de Suiza pasee el hombre con aspecto de profesor, sin mirar a las cosas, ocupado en sus libros y en sus meditaciones, tomando apuntes de las costumbres de los nativos. Mientras transcurre el tiempo entre una y otra entrevista

con Gisevius, hay noches que el jefe del Servicio Secreto norteamericano en Suiza se retira pronto a dormir a sus habitaciones. Mas si un observador asimismo vigilara intensamente las puertas y ventanas de la residencia del agente de los Estados Unidos podría ver—si no se distraía ni un segundo—deslizarse, a lo largo de los corredores, una sombra. Esta sombra, de andar rápido y elástico, saldría después por una de las puertas de la casa y se pondría a andar, sin ruido, por las callejas. Si el observador tuviera la facultad de seguirlo a su lado sin ser visto por la sombra—cosa difícilísima, pues ella posee un especial sentido que le hace saber cuándo una persona va demasiado tiempo detrás de ella—hubiera podido comprobar cómo en una esquina de una calle de Berna la sombra se detenía un levísimo momento. Momento suficiente para que al pasar un automóvil negro por su lado la sombra desapareciese en su interior sin producir el menor ruido. Era que Allen Walsh Dulles iba a recoger los secretos de la fabricación de cohetes que los alemanes hacían en Peenemunde.

Nunca se supo cuál era el lugar en que el enviado de Donovan a Suiza se entrevistaba con el alemán—enemigo de Hitler—que tenía acceso a los archivos del Departamento de Estado de Alemania y podía obtener de los mismos documentos preciosos para la marcha de la guerra. En una habitación de una casa rural, un hombre alto, rubio vestido con un abrigo gris y un sombrero negro, espera sentado junto a una mesa la llegada del enviado norteamericano. Hay unas llamadas rítmicas. Es la señal.

Los dos hombres, en presencia de otros dos enlaces, se dan la mano rápidamente. El rubio abre la cartera y saca un paquete de documentos. El recién llegado los coge y los mete dentro de su abrigo. Apenas treinta segundos han transcurrido desde el saludo cuando la habitación está otra vez vacía. Diez o doce veces, a lo largo de los meses, se repitió la escena. Resultado: dos mil seiscientos documentos secretos de los alemanes que, gracias a las gestiones de Allen, pasan a poder de los norteamericanos. La fábrica de cohetes de Peenemunde es atacada por los aviones aliados retrasando en más de medio año la producción alemana. Convoyes americanos son salvados de ser torpedeados por submarinos alemanes. Planes de ataque y de defensa de la Wehrmacht son conocidos hasta en sus menores detalles por el Mando Militar de los Estados Unidos.

Allen Walsh Dulles, un agente del Servicio Secreto, había cumplido con su deber.

#### SE FUNDA LA CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY

La guerra ha finalizado. El agente del Servicio Secreto norteamericano, Allen Walsh Dulles, regresa a los Estados Unidos. Cuando divisa Nueva York, la estatua de la Libertad, los rascacielos

los y los remolcadores lanzando columnas de agua en mitad del puerto, una esperanza de paz se abre en el corazón del recién llegado. Mas su instinto—un instinto educado en el amplio y peligroso campo de la información secreta—le dice que más adelante, no tardando mucho tiempo, habrá de volver al servicio activo en contra, muchas veces, de aquellos que hasta aquel mismo día eran sus aliados: los rusos.

En 1947, el almirante Roscoe Hillenkoetter es el primer director en ejercicio y en nombramiento de la recién inaugurada, por ley, Central Intelligence Agency. Y un año más tarde, en 1948, llama a su despacho al agente Dulles.

—Tiene usted que redactar un informe proponiendo las transformaciones que usted crea necesarias para el mejor funcionamiento de la C. I. A.

Más de cincuenta cambios en la estructura y en el mecanismo de la Agencia propone Dulles. Por entonces, casi ninguno es llevado a la práctica. Únicamente en 1950, cuando el general Bedell Smith se hace cargo de la jefatura de la C. I. A., le dice bruscamente estas lacónicas palabras:

—Ya que usted ha redactado este endemoniado informe, póngalo en práctica.

Y en enero de 1951 Dulles deja su tranquila y remuneradora profesión de abogado para ser nombrado, en agosto, lugarteniente del jefe de la C. I. A.

El agente que trabajó en Suiza vuelve al servicio activo. El éxito nuevamente le acompaña.

#### INFORMAN LOS AGENTES EN MOSCU

Dos años más tarde—enero de 1953—, al ser nombrado el general Bedell Smith subsecretario de Estado, Allen Walsh Dulles acciende a jefe superior de la Agencia Central de Inteligencia.

Comienza para Dulles una nueva y fortísima etapa de actividad: la obtención de información, principalmente, de los países situados detrás del «telón de acero».

Así, en marzo de 1953, los ocupantes del cuartel general de la C. I. A.—calle E, número 2430—recibieron la confirmación a una noticia que ya habían transmitido los agentes destacados en Moscú: «Stalin ha muerto».

Inmediatamente, el Gobierno de los Estados Unidos pide información a la C. I. A. sobre la futura situación rusa que se motivará con el presente suceso. Georgi Malenkov es el nuevo dictador rojo. La C. I. A. moviliza urgentemente sus poderosos medios de información. Las emisoras de radio transmiten sus mensajes en clave.

—Urgente. Decir qué significado tendrá este cambio en Alto Mando rojo.

—Urgente. ¿Existe posibilidad de revolución en Rusia?

—Urgente. ¿El nuevo cambio es señal de paz o de guerra?

Las emisoras van recibiendo las respuestas. Otras veces son los propios agentes del Servicio Se-

creto de Información de los Estados Unidos los que entran y salen de Rusia trayendo la verdad de los números. Los mensajes son clasificados, seleccionados y comprobados en el cuartel general de la C. I. A. Y los mensajes dicen: «Armamento ruso: Características...» «Embarque de armas en Rusia...» «Purgas y estado de la moral dentro del «telón de aceros»...

Los ficheros de la C. I. A. se llenaron de respuestas. El informe transmitido por Allen Walsh Dulles al Gobierno de los Estados Unidos venía a decir: «Rusia no está preparada para la guerra y se equivoca quien espere allí una revolución».

Actualmente, el principal campo de operaciones de la C. I. A. está aquí: en Rusia y sus satélites. Y la C. I. A., consciente de su responsabilidad, de que los cálculos formulados en sus oficinas—obtenidos de los mensajes que ella recibe de sus agentes especializados—son de una vital importancia para la política de su Gobierno, calibra hasta la más apurada esfera las reacciones de Moscú. Al fin y al cabo, del acierto de las informaciones y de las deducciones que de la misma haga la Agencia Central de Inteligencia de Washington tal vez dependerá con casi toda seguridad, el destino del mundo libre.

#### ¿EXISTEN COMUNISTAS EN LA C. I. A.?

Mientras se desarrollaba la campaña presidencial de 1952, el ex jefe de la C. I. A., general Walter Bedell Smith, declaró ante un Comité Congresional: «Yo creo que hay comunistas en mi propia organización». En las palabras «propia organización» estaba impreso el nombre de la Agencia Central de Inteligencia, de la que él era, en aquellos momentos, su jefe supremo.

Hubo un gran revuelo ante las palabras del general Bedell Smith, tuvo que volver a hacer unas declaraciones, en las que dijo:

—No es que sepa de seguro que existen comunistas en mi organización, pero sería estúpido garantizar que no existen. De aquí el control continuo e interminable a que están sometidos nuestros empleados. Una vez que un individuo ingresa en nuestra organización permanece vigilado continuamente y nunca está libre de sospecha, aunque sólo sea de una posible indiscreción.

En estas palabras se basó el senador Mc Carty para solicitar la investigación de la C. I. A. por él mismo en persona, siguiendo la famosa cadena de investigaciones que llevó a cabo, no hace mucho tiempo, el senador por Wisconsin.

Allen Walsh Dulles montó en cólera, y sus palabras fueron tajantes:

—No sé si habrá algún comunista en mi organización, pero si tuviera la menor sospecha de que hubiera alguno lo echaría a la calle sin más, puesto que tengo poderes para ello y no necesito

pruebas de su colaboración con el Kremlin. El hecho de ser comunista sería suficiente.

Por otra parte, la ley determina que «corresponde al jefe de la C. I. A. proteger las fuentes donde se informa y los métodos que usa contra toda divulgación indiscreta». No solamente por eso, sino por el peligro que supone una investigación de tal índole, ya que podrían descubrirse los métodos, las personas y los informes con los que trabaja la C. I. A. Y ante esta divulgación inhábil todo el esfuerzo montado a lo largo de los años, calculado con una exactitud más que cronométrica, se vendría abajo con sólo dos palabras.

Allen Walsh Dulles, pues, tiene otra vez razón.

#### UNO DE LOS HOMBRES MAS TEMIDOS DETRAS DEL «TELON DE ACERO»

—Estoy convencido de que con la creación de la Central Intelligence Agency se ha elevado en cinco años el nivel del Servicio de Inteligencia norteamericano a una situación a la que, por el camino que se seguía, hubiéramos tardado, por lo menos, diez.

Estas han venido a ser la palabras de Allen Walsh Dulles cuando ha surgido la cuestión de cuáles eran los mejores Servicios de Información, si los rusos o los norteamericanos.

Por ello, convencido el jefe de la C. I. A. de la valía magnífica de su organización, no ha tenido, por otra parte, inconveniente en acceder a una investigación por el general Mark W. Clark—que forma parte de la Comisión Hoover encargada de estudiar la posible mejora de la organización de la rama ejecutiva del Gobierno—en el sentido de si pueden ser modernizados aún más los servicios de la C. I. A. Clark terminará su informe—que lo ha empezado este mes—, aproximadamente, para el 10 de enero de 1955. Mientras tanto, la C. I. A. seguirá funcionando con perfección de máquina precisa, y la labor de sus agentes, esparcidos por el mundo, repercutirá en beneficio de los hombres libres amantes de la paz.

No obstante, el jefe de la C. I. A. ha introducido sus innovaciones en la lectura del resultado de los informes. Todas las semanas Dulles se reúne con los jefes de la Inteligencia del Ejército, Marina, Fuerza Aérea,



Un agente del C. I. A. comprueba las huellas de un zapato que perteneció a uno de los sospechosos



El general de división Donovan, director que fué de la O. S. S. (Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos)

Estado Mayor Conjunto, Departamento de Estado, Comisión de Energía Atómica y del F. B. I. De esta reunión sale un informe que se leerá al día siguiente en la conferencia que el Presidente de los Estados Unidos celebrará con el Consejo de Seguridad Nacional, único organismo por otra parte que tiene poder para sancionar las actividades de la Agencia.

Allen Walsh Dulles es, pues, uno de los hombres más temidos por los Gobiernos de detrás del «telón de acero». Las radios de aquellos países, en sus emisiones, culpan más de una vez a Dulles, jefe de la C. I. A., como responsable de los incidentes, sabotajes e inquietudes que acaecen en aquellas latitudes. Mas Allen Walsh Dulles, jefe de la C. I. A., desde su despacho de Washington, cerrados los oídos, cumplidor de su conciencia, seguirá lanzando agentes a aquellos pueblos que necesitan de ellos.

Porque de la actividad de estos hombres desconocidos dependen en gran parte la política del Gobierno de los Estados Unidos de América.

José María DELEYTO

LEA USTED LOS  
POEMAS DE  
DORA VARONA  
(cubana)  
EN EL NUMERO 30 DE  
POESIA ESPAÑOLA

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON SANTIAGO MORALES

O hay que disponer de una penetrante sutileza para distinguir entre el asno y el elefante, como emblemas de los dos grandes partidos norteamericanos, cuáles son las características genuinamente diferenciadoras de cada cual, o sea, que es distinto entre republicanos y demócratas. No es menester recurrir a Wall Street o a los sindicatos como exponentes de las políticas respectivas, porque los multimillonarios y los financieros promiscuan en ambos partidos, que también aceptan y defienden la política social del «Welfare». Ni hay oposición en la manera de hacer la propaganda; pero si hay una tajante diferenciación en el modo de elegir las corbatas. Aquí está el quid y lo que separa a las dos Administraciones, acaso como reflejo exterior de profundísimas e irreconciliables discordancias. Mientras el antiguo camiserero de Independence Harry S. Truman estuvo en el mando del país, como si los Estados Unidos de América y su irradiación en el mundo fuesen una inmensa clientela de su camisería, impuso la moda de la corbata coruscante, policromada, paisajística, variopinta, luminosa, energética y tan rejuvenecedora como el suero de Bogomoloz o los injertos de mono. Truman se anudaba esas corbatas no menos explosivas que las camisolas Truman, donde las cataratas del Niágara, las pin-up en ropas muy menores, los vaqueros, los papagallos y los equipos de pelota base como argumentos pintados a mano encima de la seda de las corbatas, eran un estallido de vitalidad sobre los esternones de los banqueros, de los senadores, de los periodistas, de los campesinos y, por impregnación de prestigio, del ex Rey Faruk y de los europeos que pretendían zafarse del despotismo de la indumentaria inglesa.

Yo he escrito varias veces la apología de la corbata rutilante, y no quisiera que esta vez fuese su elogio fúnebre, porque habríamos perdido los hombres uno de los instrumentos de liberación frente a la dictadura femenina, que prefiere escoger las corbatas al varón para que no destaque, corbatas de tono desmadrado y discreto, cuando la corbata ha de ser lo más equivalente a la cresta; porque seguiríamos en la esclavitud británica, cuyas corbatas grises y azules han mantenido una hegemonía que no persiste en las colonias y en la escuadra, porque habríamos renunciado a la versión externa de nuestra personalidad ahogada por una moda que nos fué quitando reales. La corbata del tiempo de Truman, aunque no la inventó el camiserero metido a Presidente, ni tampoco el trust de cerebros del «New Deal» de Roosevelt era, una corbata psicológica que transparentaba los estados de nuestro ánimo, nos los corregía y animaba a los ancianos en sus postreros pasos por la vida.

Se decía en su deshonra que era una corbata de baja estirpe, preferida por los negros que habían volcado dentro de la estola sus nostalgias de la selva, sus alaridos salvajes, sus reivindicaciones de color, sus ritmos de tam-tam y de jazz. Sin embargo, la condesa Mara vendía en Nueva York, bajo el pararrayos de su corona, unas corbatas con decoraciones parecidas para caballeros elegantes, que no hubieran votado nunca a Harry S. Truman. Por entonces confesé al embajador argentino, doctor Arce, que de la civilización americana sólo aceptaba las corbatas, porque en conciencia era lo más inofensivo que irrumpía fuera de sus fronteras, produciendo en seguida las imitaciones. En el principio casi venían de contrabando, como la penicilina, las medias nylon y los bolígrafos, que se habían estrenado en la guerra; pero después se falsificaron de tal guisa que en el año 1951 hube de publicar en un pe-

riódico un artículo alarmante bajo el título de «Ya están aquí», porque habían aparecido con un sarpuillido multicolor y barato que estremecía a todos los gamberros. Era el verano de la apoteosis del hongo y de los mambos, tales unas guayaberas esquizofrénicas; pero al año siguiente iban a ser las elecciones norteamericanas.

Tuve el palpito de la mudanza en las Islas Canarias, adonde recién entrado Eisenhower ya no se vendían las corbatas explosivas y radiantes, que eran miradas con desdén y se denominaban «venezolanas», pues los emigrantes isleños, al retornar de Venezuela o en sus viajes de tipo golondrina volvían siempre con una estupenda y tremendísima corbata, que era un desafío a las costumbres angloamericanas en algunas familias de Las Palmas y Tenerife. Traje, no obstante, yo mis corbatas del viejo régimen americano a la Península, intuyendo que aquella algarabía de pájaros, de torrentes, de muchachas y de «cow boys» iba a desaparecer barrida por la administración de Eisenhower, cuyo estilo tendría que ser más sobrio y más orgulloso. Mi corazonada es que cambiarían las corbatas en Norteamérica, sin acertar aún el rumbo que habían de emprender los diseñadores y los fabricantes, por lo que en ese mientras tanto me puse a recapacitar en torno no a los dibujos, sino a los colores y a las formas. Había la antinomia entre el negro y el blanco, la corbata del luto y de la etiqueta y la corbata blanca que utiliza Del Arco en Barcelona, como año Melquiades Alvarez o Pedro Laval, entre otros. Existe un poeta en Arévalo, un poeta que es un inspirado y pingüe comerciante, don Marolo Peratas, que lleva las chalinas que le fabrica su esposa con una fantasía casera superior a la aristocrática condesa Mara neoyorquina. Tanto don Marolo, como don Manuel del Arco, como los señores que se atrevían a pasearse con las corbatas amadas por los negros, eran personas de libre albedrío y de una sensibilidad más fantástica y desbordante. Erasmógenos capaces de luchar contra los sin corbata o con una sola corbata, puesto que las revoluciones subversivas, antinacionales y antiespirituales han surgido de la multitud que se quita las ideas para dejar acaso una, que se quita las corbatas, las camisas, y, en la Revolución francesa, los calzones.

Te agradezco, Santiago Morales, este obsequio de las corbatas, y para que quedes tranquilo, porque no son estrepitosas ni chillonas, te dirijo esta carta que lo aclara todo. Después del triunfo de Eisenhower ya no se encuentran en los Estados Unidos las corbatas con la fauna o la flora de Truman. Aquellos escándalos se han sustituido por unos dibujitos o bordaditos minúsculos que apenas se perciben encima de la seda o del nylon, ya que ya se confeccionan las corbatas con ese tejido eterno, pregando los anuncios que son corbatas para toda la vida. Figúrate qué santa paciencia habrá que tener para aguantarlas años tras años con la nostalgia de aquel lindo paisaje del cañón del Colorado o de la reproducción del Empire State Building o de Marilyn Monroe. Salvador Dalí abandonará Norteamérica si ya no puede pintar corbatas, que eran como los ensueños de un superrealista. No te apures, Santiago Morales, porque tu obsequio no tenga la trepidación de un explosivo. La moda es así y en las tiendas únicamente se vende la moda. Sin embargo, el genio americano no podrá renunciar a ese género de corbatas tan semejante a sus pozos de petróleo, a sus fábricas de aviones, a sus mujeres, que han rechazado la línea «H» de Christian Dior. Es la vida americana, pero no una vida para siempre hecha de fibras nylon, sino la vida que empieza y acaba cada día.

LOS Congresos intelectuales, las reuniones, las Asambleas, los cursos de verano, las «conversaciones», etc., ocupan extensamente la pluma de nuestros mejores articulistas. Nada tenemos que oponer a este hecho. Es natural que los escritores traten con preferencia de lo que hacen los hombres y los jóvenes que les son más afines. Pero frente a todo ello, sería necesario pensar si cumplimos así nuestra misión educadora, de manifestar, de suscitar, de descubrir ante los ojos de las nuevas promociones juveniles, actividades, zonas de actuación fecunda para ellas y para la sociedad, ajenas a la excesiva atracción que lo pudidamente dialéctico y teórico está ejerciendo sobre muchos núcleos. Para el país es, desde luego, mucho mejor un buen escritor, un hombre de pensamiento agudo, transparente y clarificador, que una nueva fábrica. Pero los escritores no son obra del esfuerzo ni de la voluntad. Por el esfuerzo y la voluntad podremos ganar unas oposiciones, o bien convertirnos en hombres de Empresa; con el simple esfuerzo y voluntad es difícil que alcancemos, si Dios no nos ha dotado para ello, ninguna cima en la esfera del pensamiento y del arte. He aquí por qué encontramos a faltar en nuestras publicaciones periódicas una superior atención a lo que los jóvenes pueden hacer en la España de hoy, que no sea esta solución, difícil y brillante a la vez, de las oposiciones, que consideramos conocida y difundida sobradamente. Los técnicos que sirven al Estado, surgidos de las oposiciones, ya son en la actualidad hombres de gran formación y categoría, y, por lo tanto, no es por aquí, por un supuesto mejoramiento de esos técnicos, por donde podría realizarse una transformación del país. Esta es la causa por la que nunca hablamos en nuestros artículos sobre la juventud de las oposiciones, y sí, en cambio, de otras tareas que consideramos acaso menos beneficiosas en lo inmediato para esa juventud, pero muy necesarias y urgentes para la totalidad de nuestro país.

Hace unas semanas, José María Fontana escribió en la revista «Ateneo» un artículo sobre las supuestas mentalidades distintas que existen en nuestra Patria. Era un artículo de conceptos rotundos, sin términos medios y, por lo tanto, susceptibles de originar violentas polémicas. Pero José María Fontana decía algo que, a nuestro entender, tiene un profundo sentido: «Mientras hay —afirmaba— quienes condenan el estímulo del lucro y la Empresa que denominan capitalista, nosotros consideraríamos que sería una gran transformación nacional el lograr en nuestro país el nivel de vida que el estímulo ha proporcionado a otros países europeos. Sin la Empresa privada —venía a decir— no vemos por dónde se puede ir a una auténtica y real transformación de nuestra vida económica, en beneficio de la totalidad.» Efectivamente; muchos españoles de Cataluña y fuera de Cataluña no vemos ninguna incompatibilidad entre el Estado fuerte, de autoridad y de ideales, ordenador y hasta ejecutor de muchas tareas y realizaciones, tal como anhelamos, con un constante y próspero desarrollo de las Empresas privadas, que permita situarnos en un más alto nivel de vida. He aquí por qué, con frecuencia, nos hemos preguntado por el espíritu de Empresa en nuestra juventud. Hay jóvenes intelectuales, hay jóvenes opositores, hay jóvenes, desgraciadamente, especuladores o chanchulleros; pero, ¿hay en España muchos y muchos jóvenes con auténtico espíritu de Empresa? He aquí una pregunta que desearíamos que alguien nos la contestara.

La Empresa no es una simple operación económica de compraventa que deja unas utilidades; la Empresa no es tampoco un acuerdo transitorio

para alcanzar ése o aquel objetivo. La Empresa es, a nuestro entender, algo mucho más profundo, algo que se nutre de unos valores espirituales, como todo lo importante y efectivo. La Empresa supone siempre una realización que obedece a un plan que podríamos denominar de «ciclo largo», cuya ejecución exige la colaboración permanente de muchas personas identificadas y animadas por una misma dirección y por una misma voluntad. Un plan de «ciclo largo» excluye, por lo tanto, las audacias irreflexivas, la simple búsqueda del beneficio inmediato en perjuicio de nuestro crédito futuro. En este sentido moral no se puede hablar de Empresa, desde luego, en la Asociación o incluso en la Sociedad mercantil, aunque respondiéndose a todas las formalidades de la vigente legislación, si estuviera constituida para obtener unos beneficios inmediatos, a base de aprovechar una supuesta influencia o bien una situación transitoria de «mercado negro». La Empresa es algo que se realiza a través del tiempo. Y exige la labor en equipo, el trabajo permanente y organizado. ¿Hay muchos jóvenes en España capaces de realizar y de crear una cosa así: una Empresa? Con frecuencia hemos observado que son pocos aquellos hombres que hoy se lanzan a una tarea que imponga sacrificios y esfuerzos múltiples, con capacidad de espera para los posibles beneficios que esta Empresa ha de rendir. Hoy se quiere el negocio, el rendimiento, aun antes que éste se produzca. Aquellos pioneros de la industria española, aquí en Cataluña, como en Bilbao o como en Sevilla, que trabajaron durante toda la vida para engrandecer sus respectivas Empresas, sin acaso retirar de los beneficios del balance de esas Empresas otra cantidad que un modesto sueldo equiparado al de cualquier contramaestre, tienen, desgraciadamente, escasos imitadores. ¿Dónde está hoy quien disponiendo de un cierto capital, este pequeño capital tan difícil de obtener, pero que es la base de todas las grandes fortunas, se aviene a un nivel de vida modestísimo, semejante al de cualquier obrero, como se avinieron, en beneficio de la industria que fundaron, tantos y tantos hombres en el siglo pasado? Nos decía recientemente Lucas Oriol: «Hoy, todos los negocios que se proyectan, se emprenden con la cándida ilusión de que ya en el primer año van a dar unos beneficios del 80 por 100. Estos beneficios ilusorios que se esperan, y que son el impulso fundacional de muchas industrias nuevas, nos manifiestan el escaso espíritu de Empresa que anima hoy a la juventud y a muchos hombres de España.»

Empresa es siempre sacrificio, ahorro y trabajo no remunerado directamente. Parece una paradoja. Pues bien; no puede ser empresario, a nuestro entender, quien no sea un audaz y un hábil economizador. Empresa es economía. Y no sólo economía de dinero; es, en general, economía de fuerzas. En estas fuerzas está, en primer lugar, el tiempo. El hombre con espíritu de Empresa, además de aceptar una austeridad relativa, o sea, una vida menos dispendiosa de lo que le sería posible, economiza astutamente su tiempo para ofrecerlo, sin una compensación inmediata, sino capitalizando para el futuro, a la idea económica o industrial que realiza con una organización, unos obreros, unos técnicos y unas máquinas. Hay en España opositores de indiscutible calidad, y de ello debemos alegrarnos. ¿Pero hay en España muchos jóvenes con espíritu de Empresa, jóvenes empresarios de auténtica calidad moral y espiritual? Si no los hubiese, sería cuestión de estudiar las causas por las que se produce esta ausencia de nuestra juventud de una de las zonas más sugestivas y, al mismo tiempo, más necesarias para el futuro del país.

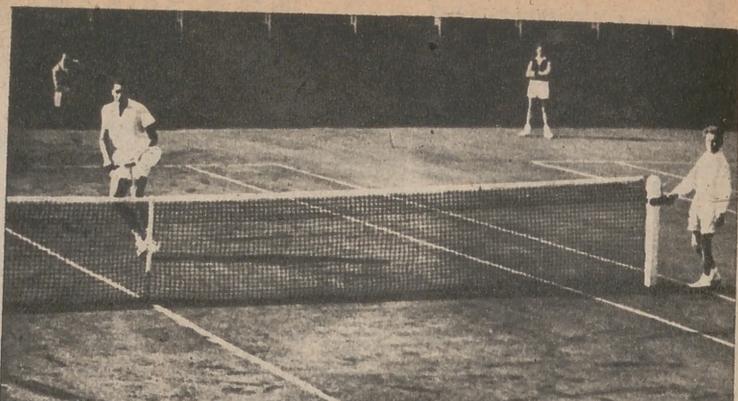
Claudio COLOMER MARQUES

Lea: NOTAS PARA UN HUMANISMO CATOLICO por Rafael Romero Moliner  
en el número 31 de POESIA ESPAÑOLA

# OJEADA RETROSPECTIVA AL "DEPORTE BLANCO"

**EL TENIS ESPAÑOL NACIO EN HUELVA Y ALCANZO SU MAXIMO DESARROLLO EN BARCELONÁ**

**UNA EPOCA FELIZ  
DONDE EL TITULO  
DE "SPORTMAN"  
ERA EL MAYOR  
GALARDON**



Una bella y armónica estampa de la época «mayor» del tenis

## **NACE EL TENIS EN ESPAÑA**

EL deporte de la raqueta empieza a practicarse en nuestro país a fines del siglo XIX. En 1890 aproximadamente.

Es un tenis primitivo, algo pueril, pero tenis auténtico a fin de cuentas porque el movimiento de la pelota blanca, impulsada con más o menos destreza, es ya regulado por complicados reglamentos que empiezan a ser escrupulosamente traducidos a nuestra lengua, aunque los del país no hagan mucho caso de ellos.

Los primeros partidos, de los que se tienen vagas noticias, se juegan en Huelva entre los altos empleados ingleses de las minas de la localidad que forman un pequeño Club rudimentario y sin vida oficial.

Este Club, de nombre perdido en la lejanía del recuerdo, resulta ser el importador pristino y directo de un deporte que ejerce gran influencia en los países sajones. Se habla mucho de él en Europa, y, en los círculos aristocráticos londinenses, se practica con entusiasmo.

Huelva, pues, resulta ser la cuna, el punto de partida, de las actividades tenísticas en España y también el punto de arranque de su anécdota como veréis.

Parece ser que un simpático andaluz, en una carta dirigida a un amigo suyo residente en Oviedo por aquellos tiempos, ya le manifiesta admirado con su particular gracejo:

«Mira, chico, he visto jugar en un campo de los alrededores de

Huelva eso que llaman el «tenis». Es muy divertido. Lo juegan con unos instrumentos que parecen pequeñas guitarras pero no hacen música. Este material es inglés y aparentemente de buena calidad pero en cuanto hacen uso de él las chicas resulta que se agujerean las cuerdas de la guitarra y las pelotas pasan a través del marco de madera de forma inexplicable y milagrosa. Y lo más raro es que a fuerza de repetirse el hecho la cosa no debiera sorprenderlas pero sucede todo lo contrario. Cuanto más fallan más chillan...».

## **LOS PRIMEROS CLUBS ESPAÑOLES**

Al cabo de unos pocos años arraiga el deporte blanco entre nosotros y en 1899, exactamente, se funda en Cataluña el primer Club oficial con Estatutos y Reglamentos aprobados por nuestras autoridades; es el Real Barcelona L. T. C. que ostenta con legítimo orgullo el decanato y acaba de convertir sus nuevos terrenos de juego de Pedralbes en una verdadera maravilla técnica. Y ya, a partir de la eclosión del Club Barcelona y con el nacimiento del nuevo siglo, se inicia el fomento del deporte del tenis en toda España al que no tarda en sumarse el Real Club de Puerta de Hierro de Madrid, de tan gloriosa historia.

Valencia ha aportado también su entusiasmo y sus desvelos a las lides tenísticas. Faulconbridge fué el gran impulsor de nues-

tro deporte en la región levantina. Gracias a él alcanzó un rápido desarrollo y positiva brillantez.

También Bilbao y San Sebastián han sido heraldos magníficos de las apretadas filas que forman en la actualidad los tenistas peninsulares. Más tarde, Alicante, Palma de Mallorca, Málaga y Sevilla se unieron a la cruzada.

Cada población española de cierta importancia tiene ya su pequeño Club en actividad y aunque desde nuestro observatorio podamos vislumbrar el largo camino que todavía nos queda por recorrer en un futuro glorioso, justo es confesar que existen indicios para vaticinar un inminente progreso si los directivos del tenis español se lo proponen. Creo sinceramente que ha llegado el momento oportuno para un intento serio en este sentido, pero hay que trabajar de firme.

Existen muchos, muchísimos Clubs de tenis diseminados por todo el territorio español, como dejamos expuesto, pero preciso es declarar que en alguno de ellos sólo practican asiduamente el hijo del conserje que juega con el presidente de la entidad a ratos perdidos y el socio de buena fe (de los que suele haber uno sólo en cada Club) que entrena al jardinero que «parece que promete»... Y estas «performances» sólo son contempladas y celebradas

por unos pocos espectadores estéticos que toman el sol... y raras veces interés por el juego.

### UN POCO DE HISTORIA

A principios de siglo no se practicaba el deporte en nuestra patria. Se hacía «sport», que no es lo mismo.

El sport era la expansión desbordante de una alegría contenida. La vida gloriosa al aire libre. La carrera luminosa sobre las verdes praderas. El triunfo de la libertad de movimientos sobre el anquilosamiento de un tiempo marcado por un rabioso sedentarismo cargado de fermentos literarios. Sin control. Sin método. Sin sistema. Pero también la palabra sport abarcaba un sinnúmero de actividades que la ingenuidad consideraba afines.

Lo mismo hacía «sport» el nadador que intentaba la travesía del Paso de Calais, que el atleta emprendía una marcha incansante de tres horas a pie, que el que jugaba una partida de billar con los amigos, o el que salía vencedor de un concurso de ajedrez.

Existía una gran confusión en las ideas respecto a los conceptos «deporte» y «deportividad». Muchas veces la crónica de sociedad de la época reflejaba este curioso fenómeno en las columnas de los periódicos en notas similares a la que transcribimos a continuación:

«Ha contraído matrimonio en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, la bellísima señorita Nieves Regúlez con el conocido «sportman» don Fernando de los Pinareas».

Y lo único que justificaba el título de «sportman» otorgado a don Fernando era el hecho de conducir de vez en cuando el automóvil familiar desde Madrid a su finca de Torreledones.

¡Qué tiempos aquellos!... Eran unos tiempos un poco anteriores a las primeras películas de Max Linder. Las señoritas «decentes», recatadísimas, con unas faldas tan largas que barrían materialmente el polvo de las calles, parecían andar sin pies, o, a lo menos, era del todo imposible darse cuenta de su existencia. Exhibían, eso sí, una cintura de avispa y hacían cara de poca salud. Y las «otras», se dedicaban—para que no hubiera duda de ninguna clase— a levantar sus graciosas piernas en un «can-can» desenfrenado por los escenarios de los teatros ciudadanos. Pero su alegría—la de todas ellas— era un poco falsa. La verdadera vida al aire libre era todavía un mito...

No se conocían las pugnas deportivas organizadas ni se conocía el apretón de manos que rubrica el final de un match de tenis.

En cambio, se vivían unos tiempos en que por un «quitame allá esas pajas» la gente se desafiaba empleando unas monumentales pistolas que antes de dispararse ya ponían piel de gallina y al hacer fuego semejaban la explosión de un barreno.

Las señoritas de «buena familia» educadas en colegios donde los «recreos» eran muy dosificados y sedentarios empezaban entonces a interesarse venialmente por el ciclismo, deporte que provocó la aparición de la famosa falda-pantalón, pero seguían, a



Público distinguido en los primeros tiempos del tenis español



Las antiguas pistas del Real Barcelona L. T. C.



Dos tenistas «prehistóricos»: don Alvaro de Aguilar, del Madrid L. T. C., y mister Faulconbridge, del Valencia L. T. C.

pesar de ella, sin tener ideas claras sobre el concepto del deporte.

Esto, como decimos, acontecía entre los años 1898 y 1902. Todo era improvisado—deportivamente hablando—. Sin subordinación a reglamentos... Primitivo, salvaje, diríamos... Pero lo cierto es que aquellos entusiastas del Barcelo-

na, del Puerta de Hierro, y otros «pionners», entre gritos, carreras, empujones y golpes de raqueta, sin darse cuenta estaban liquidando una época y con el nuevo siglo abrían una amplia perspectiva a la vida sin trabas, neta de prejuicios y llena de posibilidades.



Hoy, la mujer es activa participante en el deporte del tenis.

### EL «TENNIS» Y LA GALANTERIA

El «tennis» que se jugaba a principios de siglo en España tenía estrecha relación con el que conocemos hoy día por «tenis de balneario». Dejando aparte algunos ases que luchaban incansables y pegaban a la pelota con energía, la tónica era el juego blando, el «tir tirando», el servicio de fantasía y la práctica del «lob» que era el «cúralo-todo» empleado en los momentos de gran compromiso. Cuando no sabían que tirar—cuando se veían apurados—tiraban un «lob», y, naturalmente... tiraban muchos «lobs».

En los inicios del deporte de la raqueta en nuestro país el trato entre el sexo masculino y el femenino era regulado por unas leyes más filamentosas y complicadas que aquellas que impone la urbanidad estricta. El epígrafe que resumía estas leyes era la palabra «galantería». No era suficiente ser correcto y educado en la pista. Era indispensable—para hacer un buen papel en sociedad—ser «galante», es decir dejarse ganar por las señoritas, aunque se tratase de auténticas «birrias», colocarles la pelota de forma que pudieran devolverla, a pesar de la dificultad de sus larguísimas faldas, sonreír ante sus

fallos inexplicables... En fin, hacer un poco de «comedia»...

Claro que los campeones de los tiempos heroicos pasaban por encima de estos convencionalismos y «arreaban de «drive» con una fuerza y una contundencia que ya quisieran para sí los primerísimos de las actuales promociones. Sus golpes levantaban verdaderas polvaredas. ¡Qué grandeza tenían sus drásticas intervenciones!

Pero no eran vistos con simpatía a la hora del cotillón. El personal del casino les odiaba.

—¡Son unos brutos! ¡Pegan como cochoneros!—decían las niñas bien con desprecio—. ¡Sólo piensan en ganar y acabar el «tanto»!

Y es que el tenis se jugaba ceremoniosamente. Se jugaba con ritmo de rigodón.

Cuando el caballero dirigía su «saque» a la señorita antagonista en partidos mixtos le advertía con dulzura:

—¿Puedo «sacar», Matilde?

—¿Está usted a punto?... ¿«Play»?...

Y no lanzaba nunca la pelota sin que antes la gentil Matilde no le hubiese autorizado la libertad que se tomaba, con las palabras de ritual:

—Puede «sacar», Arturo, pero no abuse... ¡«Ready»!

Sacar fuerte a las damas era considerado como «ordinario». Era una flagrante descortesía. También el juego de «red» tenía sus limitaciones. Interpretar un «drive» brillante por medio de una bolea era considerado «poco galante». Cuando una pelota dirigía a una dama no tenía un bote satisfactorio se repetía el «tanto».

Los atletas del «tennis» no aprovechaban jamás la debilidad de los servicios femeninos para disparar cañonazos. Producía un efecto pésimo entre el público, y ello originaba silbas y abucheos. Así andaban las cosas...

### LOS PRESIDENTES, SUS BARBAS Y SU SOCIOS

Los primeros presidentes de los Clubs de tenis que se formaron al socaire de la euforia tenística inicial conocieron una vida fácil, tranquila, una existencia patriarcal bajo la protección de sus

frondosas barbas y el beneplácito de unos excelentes socios, que satisfacían puntualmente sus irrisorias cuotas (dos pesetas mensuales y cinco pesetas de entrada).

Estos buenos ciudadanos—los socios—colaboraban en la conservación del material deportivo, reparando los agujeros de las telas metálicas y remendando las redes deshilachadas, mientras esperaban resignadamente que les llegase el turno para jugar. Muchos de estos beneméritos elementos experimentaban un verdadero placer regando las pistas en verano y hasta ciertos círculos tenísticos contaban con aficionados a marcar las pistas con cal y puestas ya en plan de desinteresada ayuda, habían llegado a coger el rodillo y pasarlo con insistencia digna de las mejores alabanzas. Claro que después de estos agotadores trabajos voluntarios la práctica del tenis tenía ya un valor secundario... Si lograban atrapar una pastilla de jabón y tomarse una ducha, volvían a sus domicilios contentos y felices...

Los actuales directivos a veces comentan emocionados y nostálgicos:

—¡«Aquello» eran socios!

Y no les falta razón.

«Aquello» eran socios... Pero también «aquello» eran presidentes...

Ciertos directivos del tenis del tiempo que reseñamos fueron algo más que elementos rectores. Era verdaderos padres, solícitas «nodrizas» de los Clubs que apadrinaban.

Creo que viene a cuento sacar a luz una vieja enédoca de un antiguo presidente—no lo era en realidad, pero actuaba como tal casi siempre del Club de Tenis de La Salud, de Barcelona: don Genaro Castells.

Su nombre es recordado con veneración a través del tiempo. Yo le conocí. Era un tipo realmente admirable. Bajito, delgado muy activo. Poseía unas blancas patillas fluviales, inconfundibles, que le daban un aire mitad de mayordomo palaciego mitad de político norteamericano de la época pintoresca...

Un día, mejor dicho, una noche de verbena, después de dejar bien «acomodadas» en un palco de la pista de patines de su Club, a varias personas forasteras muy distinguidas, recibió, de manos de uno de los acompañados un billete de 25 pesetas.

—¡Caramba chico!—comentó el espléndido y elegante «verbenero», que no estaba muy al corriente de las cosas—. ¡Estos de La Salud están hechos unos «postineros»!... ¡Qué «tíos»!... ¡Hasta cuentan con «personal» del «Ecuestre»!

Y nuestro señor Castells, prudente y discreto, en vez de descubrir su auténtica personalidad, como lo hubiera hecho un vulgar hombre vanidoso, guardó ceremoniosamente la propina recibida, dió las gracias con una palabra gentil, y en la lista oficial de ingresos de aquella verbena, los socios del Club pudieron leer admirados la inclusión de la partida siguiente:

Donativo voluntario de un visitante ... .. 25 ptas.  
Carlos SINDREU



El esfuerzo del deporte ha agotado a la mujer

# LA FUERZA CONTRA LA FUERZA



## POLVORA, TERROR Y SANGRE EN EL MARRUECOS FRANCES

### UN PLEITO SECULAR ENTRE ARABES Y BEREBERES A PUNTO DE RESOLVER

EL que mate un cordero se le degollará con el mismo cuchillo.» Esta ha sido la extraña consigna que ha circulado en el Marruecos francés en la Pascua de Aïd el Kebir de este año, cuyo final casi va a coincidir, en el calendario musulmán, con el primer aniversario de la deposición y exilio violento del Sultán Ben Yusef, el bienamado Mohamed V.

En Marruecos no se recuerda de ninguna otra ocasión en que, para la Pascua Grande, que conmemora el sacrificio de Abraham, se haya recomendado, dentro de las mezquitas y en el nombre de Alá todopoderoso, el no sacrificar el cordero ritual. Pero también es verdad que el pueblo marroquí de todo el Imperio jamás fué puesto tan a prueba en sus sentimientos como en esta etapa de desconcertante política de fuerza en la mayor zona del Protectorado.

País de contrastes ese Marruecos de los rascacielos de Casablanca y de las medinas y casbas casi estancadas en lo medieval; la autopista y el camino borriquero;

la exuberancia de unos campos feraces, que cuidan colonos europeos, y la pobreza de los lugares cabileños que, en las montañas, no fueron tan apetecidos como lo fué el llano cuando la marcha hacia el Sur.

Centenares de retratos del Sultán depuesto, recortados en forma de corazón, fueron echados por manos misteriosas en los buzones de Correos, después de escribir al dorso el nombre y la dirección de personalidades administrativas o de conocidos adictos al actual estado de cosas. Pero cosa más grave se ha producido también. En las dos más viejas mezquitas de Karauina, el imán dijo la plegaria, el imán dijo la plegaria, bien claramente, en nombre del deportado.



Arriba: Fuerzas francesas reprimen una algarada en la Medina de Fez.—Abajo: El retrato de Mohamed V sirve de estandarte a la revuelta

La Pascua Grande musulmana transcurre en la Zona de protección francesa con la medina de Fez cercada por goumiers y senegaleses, con tiradores seleccionados de la Legión Extranjera sobre las atalayas y con el fusil, provisto de telescopio, a punto de disparar a

dos metros de distancia de quien asome la cabeza por un tejado, y con esas avionetas amarillas «riper-cub» que ronronean sobre los minaretes, mientras los automóviles con ametralladoras de la Policía están en un estado de alerta permanente para sofocar cualquiera de esos desórdenes callejeros que pueden agravarse en un minuto si un guardia o un soldado indígenas no son lo bastante serenos para aguantar los gritos de una muchedumbre que se forma y se deshace entre las callejas de un barrio moro como por arte de magia, como por milagro de zoco. Para no provocar todavía más disturbios, el soldado indígena tiene que saber contenerse incluso ante los frenéticos «yu-yus» de la mujer marroquí, que se ha incorporado al clima de agitación como si, además de un movimiento de afirmación musulmana, se tratase también de una fuerza feminista que marchara hacia conquistas futuras.

Enviados especiales de distintos países han afluido a contemplar esa luna llena del Mogreb, que en el Aid el Kebir de este año se ha teñido casi más de sangre humana que de sangre de cordero. Luna de sangre de Port-Lyautey, de Petitjean, de Fez y Casablanca; luna de sangre sobre los poderes de Rabat; luna de sangre bajo el calor de Marruecos, mientras lejos, en pleno invierno austral de Madagascar, ante los maderos que crepitan al fuego—un fuego distante 8.000 kilómetros de los hogares de su pueblo—, Mohamed Ben Yussef, en la prisión isleña de Antsirabé, oye por la radio el eco de los sucesos del que fué su Imperio marroquí. Quizá Mohamed V tenga en sus brazos a la pequeña Lala Amina, su cuarta hija, la que el pasado 14 de marzo le nació en el destierro de su confinamiento en tierra de negros.

#### DESDE EL CUARTEL GENERAL SECRETO

La táctica de los bulos ha sido también puesta en acción: «Ben Arafa ha huido», se rumoreó por los bakalitos y cafetines de los barrios más típicos. «Mohamed V vuelve», se añadía, «Mendes-France lo retorna a su Trono». Este es el rumor que ha circulado rápidamente por los barrios de sombra, bajo los emparrados, y en los patios dormidos, junto a los sesteantes fumaderos de «kifi» y alrededor de las fuentes de las abluciones, en las mezquitas. «Ben Arafa quiere abdicar», se repetía con esa fuerza del bulo que, como una bola de nieve en la pendiente, crece con su misma gravedad.

Existe un cuadro de dirigentes del Istiqlal que parece estar muy entrenado en la acción psicológica sobre las masas. Es como un Estado Mayor secreto, del que parten las órdenes a seguir por sus partidarios. Son órdenes clandestinas que multitud de agentes de enlace llevan a quienes deberán cumplirlas. La Policía puede arrancar un retrato de Mohamed V fijado en una pared de una calle tortuosa, y casi al volver la esquina otra fotografía o dibujo puede sustituir al que fué destruido. Una de las órdenes más generalizadas es la de no fumar. Con ella, los nacionalistas marroquíes quieren demostrar visiblemente, y en la calle, hasta dónde llega su fuerza y, al mismo tiempo, ser causa de cuantiosas pérdidas en el negocio de tabacos. «La nicotina perjudica a la salud», se repite insistentemente; «el uso del tabaco puede ocasionar la muerte»; y es verdad, porque una buena parte de los «pequeños incidentes» callejeros han tenido como origen el que un musulmán estuviese fumando por la calle, quizá sin acordarse en aquel momento del movimiento nacional que encauza el Istiqlal.

Cuando desde el cuartel secreto y clandestino de los nacionalistas se da la orden de cierre a los comercios, los tenderos judíos, árabes o bereberes deciden bajar sus cierres metálicos o echar la llave a las puertas. No por convicción nacionalista todas las veces, sino con frecuencia la medida se toma más bien por miedo, ya que no es de buen comerciante el desear una ruptura de cristales, o quizá que la tienda se llene de demasiados «clientes» que, con las prisas, se lleven la mercancía sin preocuparse lo más mínimo de pasar por caja.

#### LA OPERACION «PEINADO»

El centro de gravedad, el rescaldo espiritual más importante de todo este movimiento de exaltación marroquí no está en los barrios europeos de Casablanca, ni siquiera cerca de las residencias gubernamentales de Rabat, sino que hay que buscarlo más bien por el laberinto de callejas de la medina de Fez, la ciudad santa. En la ciudad mora de Fez, 250.000 hombres han estado aislados como si tuvieran la peste. Se ha querido apagar la revuelta popular privándola de oxígeno, y era evidente que de todo ese amplio movimiento era la medina de Fez el foco más grande y que éste es el centro de gravedad, atacando el cual podía impedirse un más fuerte contagio por otras ciudades del Imperio, cuya población musulmana mira mas, espiritualmente, a las mezquitas de la ciudad santa que a los despachos de la Administración residente en Rabat.

Y las mezquitas han dado religiosa de Karouinaose, en la puesta oportuna a la «operación Medina» desarrollada por los franceses. Los ulemas de la Universidad religiosa Karouina han dirigido un manifiesto al pueblo marroquí declarando símbolo nacional y Monarca legítimo a Sidi Mohadmed Ben Yussef.

Los «taponés» de Policía con casco gris y uniforme caqui se es-

tablecen, casi siempre, a las puertas de las medinas o barrios moros. Familias europeas que habitaban esos barrios debieron ser evacuadas, y se les buscó una residencia provisional en las escuelas públicas, que ahora están en período de vacaciones. Esta medida se ha visto como necesaria después de los sucesos de Port-Lyautey, en los que fueron asaltados varios domicilios de familias europeas que vivían en el barrio moro.

En los actuales sucesos y «pequeños incidentes» del Marruecos francés hay que distinguir entre los barrios europeos y las medinas o barrios indígenas. Quien se imagine a los barrios europeos de Casablanca con sus bulevares interceptados por barricadas no tiene una idea exacta de la realidad de cuanto aquí ocurre hasta este momento. Por Casablanca se puede andar tranquilamente por el bulevar La Gord, por el bulevar Marseille, por el bulevar Coraïne o la plaza de Francia con una relativa paz de espíritu. Admirar un rascacielos que se construye y que va a tener casi treinta pisos; pero cualquiera de los musulmanes con los que se cruza uno en la calle puede ser un exaltado peligroso. Es más bien en las callejas donde se producen los atentados, a veces por el simple hecho de estar fumando un cigarrillo. He oído contar a un señor cómo se vió rodeado por un pequeño grupo de musulmanes que le invitaban a tirar el cigarrillo. El hombre no comprendía muy bien el motivo de tan extraña orden. Acababa de encender su pitillo, cuando un pequeño grupo de marroquíes se le acercó con aquello de: «Tirez la cigarrette!». Aquel cigarrillo estaba todavía muy largo, y quizá su propietario pensase que los tiempos que corremos no son siempre muy propicios al derroche. Preguntó asombrado el «Pour quoi?». Pero cuando los marroquíes repitieron la orden, el buen señor cayó en la cuenta de lo que se trataba. «Tirez la cigarrette, s'il vous plait!», repitieron energicos, y entonces nuestro hombre repuso: «Ah, s'il vous plait!», por favor, así se piden las cosas, y arrojó muy lejos de sí, con desprecio, el lio de nicotina.

#### LA FUERZA CONTRA LA FUERZA

Dicen por aquí que si Francia cediera a las peticiones de los nacionalistas, la guerra civil se produciría irremediabilmente en la gran zona de Marruecos. Arabes contra bereberes. Pero allá cada cual con sus teorías, ya que lo que no ofrece dudas es que la Zona francesa de Marruecos está en estado de agitación por motivos un poco distintos a los de las luchas seculares entre razas indígenas, sino que es más bien por una reacción natural de un pueblo que, por muy sufrido que sea, tiene que rebelarse ante el empleo de una política de fuerza en tierras que no son las de una colonia, sino que forman parte de un Imperio protegido.

Cuando el pasado 14 de junio llegó a Casablanca el señor Francis Lacoste, nuevo residente general de Francia en su Zona de Marruecos, muchos creyeron que la designación de este diplomático de carrera para un cargo que desde bastante tiempo venían desempeñando militares, iba a ser una medida de inmediato efecto

Soldados franceses emplean bombas lacrimógenas en un barrio árabe de Fez contra los manifestantes

sedante para el ánimo de los marroquíes. Muchos colonos franceses comenzaron a llamar al señor Lacoste el «residente de la capitulación», quizá temiendo que el diplomático profesional, en vez de tener mano de hierro en guante de gamuza, fuese demasiado blando y condescendiente. Pero la presencia de un residente civil no ha calmado las cosas ni ha dejado descansar tranquilos a los oficiales que en la «sala de operaciones» del palacio de la Residencia en Rabat, junto al cuadro luminoso y los telescopios, transmiten mensajes en clave a París.

En algunos lugares, los colonos franceses han constituido grupos de autodefensa, dispuestos a utilizar, si es preciso, hasta escopetas de caza en los posibles disturbios que se temen para el 20 de agosto, aniversario, según el calendario musulmán, de la deposición y arranque del Trono de Mohamed V.

Aunque no se ha dado, hasta ahora, ningún caso de agresión a las familias de marinos norteamericanos de las bases en Marruecos, algunas de esas familias, que con afán de tipismo se habían instalado en casas moras, fueron llevadas a los barracones militares, quizá más en precaución de las operaciones «raticidas» con gases lacrimógenos, que por temer a ataques de los nacionalistas, que, hasta el momento, nada han dicho o realizado en contra de los norteamericanos. Pero todo hay que preverlo, y entre los elementos nacionalistas, y en medio de la excitación popular, también pudiera mezclarse algún agente comunista que quisiese complicar las cosas, cobrando en familias de marinos o aviadores norteamericanos culpas ajenas.

#### BALANCE DE UNA JORNADA SOLEMNE

En Rabat, la Pascua del carnero se celebró solemnemente. Dicho así, parece que se quiere indicar que el Sultán de Francia, Ben Arafa, celebró el sacrificio ritual entre un pueblo enfervorizado y entusiasta. Pero, en realidad, ocurrió todo lo contrario. Diez mil bereberes, trasladados allí expreso, rodeaban a un Ben Arafa casi oculto por el muro cerrado e impenetrable de su escolta. Se trasladó con prisas a la mezquita de Ahl Fax, a dos pasos nada más de su palacio, sin que ningún habitante de la ciudad tomara parte en los actos. Por el contrario, en la medina se cumplió a rajatabla la orden del Istiqlal de considerar la jornada como duelo en recuerdo del Sultán legítimo. Los mercados carecieron de carneros. Fué una medida natural y espontánea tomada por los mismos hombres que hubieran realizado negocio poniéndolos a la venta. Mientras tanto, en Casablanca, sin bereberes, el sacrificio lo hizo el caíd de la nueva medina ante el pachá de la villa... y unos cuantos agentes de Orden Público. Y para que no quede lugar a dudas, en Tánger, territorio internacional, no hubo ceremonia alguna ni sonaron los cañones, como es tradicional, señalando el comienzo de la gran fiesta musulmana. Llegarías en nombre del Sultán desterrado se oyen en todo el Marruecos francés. Las huestes armadas del Ghail quisieron asaltar el día 11 las mezquitas de Rabat, con intención de imponer el acatamiento

to a Ben Arafa. Francia, sin embargo, no se atrevió a autorizar este desmán, que hubiera tenido incalculables resultados. Luego se retiraron los bereberes a sus montañas. Y las fuerzas francesas emprendieron una operación de represalia que amenazaba con convertir su Zona en un inmenso presidio.

#### ESPAÑA, EN EL CAMINO CIERTO

La nada despreciable colonia española en el Marruecos francés se encuentra sin novedad, y los síntomas son de que nada tiene que temer por parte de los nacionalistas marroquíes. Todo lo contrario, según asegura un infundio hecho circular no se sabe con qué intención, y que asegura que entre los «provocadores nacionalistas» se encuentran españoles disfrazados de musulmanes haciendo causa común con los agentes del Istiqlal.

Los periódicos dieron sus comentarios a los discursos pronunciados en Tetuán en la celebración de la «Hedia», cuando la visita tradicional que en esa fecha realiza su excelencia el Alto Comisario a S. A. I. el Jalifa, que este año revistió una especial significación. Han podido comentar y decir que los discursos trascendentes no añaden nada distinto a la línea política hispanomarroquí; pero sí las características maestras de esa línea eran ya mundialmente conocidas, lo que es incuestionable es que esta vez los discursos fueron pronunciados en un clima muy especial y en una Pascua de Aid el Kebir como no se recuerda otra, ni siquiera parecida, en toda la historia de Marruecos. Por eso, la comprensión de España para con el pueblo marroquí, comprensión y cariño en el que es correspondido por éste, es un signo de indiscutible optimismo en los momentos de turbación de espíritu por los que atraviesa todo el Imperio cherifiano, y en el que la zona de influencia directa española es como un oasis de paz, donde el té azucarado sabe a dulce y cada creyente es libre de matar su cordero o de no hacerlo, y puede rezarse sin temor en las mezquitas, en uso de la libertad religiosa y aun de la más amplia libertad sentimental, de que también se goza en la Zona, cuya paz y libertad protegen unidos y hermanados marroquíes y españoles.

Oímos en este momento los cantos ondulantes de un receptor de radio que nos da una canción que parece el lamento de todo un pueblo puesto a prueba. Por la calle pasa una abigarrada multitud, en la que abundan los turbantes, chliabas, los fez colorados, las capuchas. Un borriquillo, con sus alforjas bien cargadas, ha estado a punto de resbalar en el



Estudiantes marroquíes piden la libertad y la independencia de su pueblo. Como símbolo llevan a la mujer izada como bandera

asfalto. Soldados senegaleses y legionarios cruzan también entre la «foule». De vez en cuando, la sirena de una motocicleta militar se abre paso rápidamente, o es un automóvil blindado el que cruza hacia su destino. Cogida en ciertos retazos de la vida de la calle, puede parecer completamente normal, pero esa multitud que deambula tiene una psicosis colectiva especialísima, y basta un grito desatemplado de un vendedor o cualquier ruido demasiado fuerte para que todos se pongan a la escucha y los ojos y la atención se abran prestos, un poco más de lo que debe ser normal en la vida de esas calles ciudadanas, en las que una moderna civilización comparte y coexiste con estampas vivas, de un tipismo que parece arrancado de la Edad Media norteafricana.

Y en la noche, mientras la luna llena de la Pascua Grande disminuye ya, las emisoras del mundo árabe se dirigen a ese Marruecos francés.

Un ambiente cargado de malos presagios se respira en todo su territorio. De todo el mundo llegan enviados especiales de la Prensa. Marruecos es hoy un gran manantial de noticias, porque es un gran foco de descontento. Ni las medidas que pueda tomar Francia en el futuro, ni las que ahora se hallan en marcha, arreglarán la situación. Es el recuerdo vivo del Sultán depuesto el que se interpone entre el pueblo marroquí y la actuación francesa. La situación es grave y tensa. Puede, quizá, producirse la explosión coincidiendo con el aniversario del destronamiento de Mohamed Ben Yusef. Es una cosa que entra en lo posible. Nadie puede negar, sin embargo, que esta explosión lenta que Marruecos sufre día a día puede terminar en cualquier momento en tragedia de incalculable alcance.

Marruecos, 18 de agosto.

F. COSTA TORRO  
Enviado especial

# PARA CIEGOS, SORDOS Y DESMEMORIADOS

“Historia de los partidos monárquicos en la segunda República”

Un libro de Santiago Galindo, apasionado y con aristas

A quien no conociera las preferencias de Santiago Galindo Herrerero le sería fácil adivinarlas con sólo recorrer con la mirada la pequeña biblioteca de su casa. Un gran retrato de Donoso Cortés —regalo agradecido de la familia del marqués de Valdegamas— domina con su apagado cromatismo décimonónico la habitación. En los estantes, libros y más libros. Casi todos ellos sobre temas políticos, en especial en torno al siglo XIX. La edición que Gabino Tejado hizo de los escritos de su amigo, Donoso; la Historia de Pirala; tomos y tomos en torno a las guerras carlistas... La biblioteca está junto a la entrada. Luego, un cuarto de estar sencillo y cómodo. En él, varias fotografías. Los chavales de Santiago Galindo —son seis, alegres y simpáticos— están jugando al aire libre a dos pasos de allí: en los jardines de Eva Duarte.

Ahora Santiago Galindo ha publicado un libro ruidoso, promotor de polémicas, como todos los suyos. Es la «Historia de los partidos monárquicos en la segunda República». Un libro apasionado. Está escrito por un hombre que tomó postura frente a la Historia. Un libro donde el tema está acotado exactamente por el título, y en el que se suelen presentar los hechos sin excesiva preocupación por distmular sus aristas.

## «QUEMA, PERO ALUMBRA»

Santiago Galindo dirige la Editora Nacional. Su nuevo libro ha inaugurado una intencionada colección, cuyo nombre es, por demás, significativo: «Quema, pero alumbra».

**GALINDO.**—En realidad lo he editado por mi cuenta. La recaudación que la venta de la «Historia de los partidos monárquicos en la segunda República» produzca servirá para lanzar más volúmenes de la nueva colección.

**LIMA.**—¿Cree usted en la utilidad de su libro para esta generación?

**GALINDO.**— Precisamente a ella va dirigido. A los que como yo eran demasiado jóvenes cuando empezó la guerra. Todos te-

niamos esa parte de la Historia como prendida con alfileres.

**SALCEDO.**—¿No le parece que la exposición de los factores que determinaron la caída de la Monarquía arranca de un punto demasiado próximo a ésta, como es la Dictadura?

**GALINDO.**—No consideré necesario ir más atrás. Ese periodo que va desde la muerte de Sagasta —en 1903— y el anterior está más historiado. Por ejemplo, hay un gran repertorio de datos en el libro de José María García Escudero «De Cánovas a la República». Yo quise limitarme a algo más próximo y actual.

**CARANTONA.**—¿Cuál ha sido el propósito fundamental de su obra?

**GALINDO.**—Probar que la República era imposible y la Monarquía liberal endeble y sin fundamento histórico. Yo creo que, esta tesis, bien clara a lo largo del libro, ha quedado demostrada plenamente. En el prólogo ya dejo bien sentadas mis intenciones: «Para los ciegos, para los sordos, para los desmemoriados que pasan por alto estas verdades y se

«Creo que Alfonso XIII quiso ser hábil», dice Galindo

aferran a un criterio liberal de la Monarquía, en la que el Rey no pasa de ser el agosto «cero» de que habló Vázquez de Mella, están escritas estas líneas».

Está claro. Galindo ha querido enfrentarse de lleno con el problema de la Monarquía liberal.

## CANOVAS FUE EL PADRE ESPIRITUAL DE LA GENERACION DEL 98

Fue un momento decisivo para la Monarquía, restaurada al calor de la Constitución de 1876, el año 1931. A partir de entonces, sus antiguos partidarios se vieron en la obligación de meditar sobre las causas del hundimiento. El paso del tiempo se notó.

**CARANTONA.**— ¿Cree usted que en 1936 quedaba algún monárquico liberal?

**GALINDO.**— Personas y publicaciones, concretamente, sí. Pero como partido organizado, no. Recuerde aquella frase de Romano-nes cuando Renovación Española



adquirió fuerza: «Yo soy el único liberal que queda».

**SALCEDO.**—Dice usted en su libro que «el pensamiento monárquico evolucionó notablemente en el período 1931-36». ¿Se trata de un cambio intencionado de estructura interna o, simplemente, de una forma de reaccionar ante las circunstancias?

**GALINDO.**—Ahí tiene usted un ejemplo: don José Calvo Sotelo. Hasta el año 1931 era completamente liberal. Entonces va a Francia y allí descubre que hay algo más que el liberalismo. Recuerde su discurso en el frontón Urumea de San Sebastián en 1935: «Jerarquía y parlamentarismo suelen rimar muy mal. La jerarquía supone unidad. Por lo menos, unidad en la cúspide. El parlamentarismo de base inorgánica, engendrado por el sufragio universal y amorfo, es enemigo de la cúspide». Y esto lo dice un hombre formado en torno a don Antonio Maura.

**LIMA.**—Sin embargo, recientemente se ha intentado subrayar el espíritu liberal de Calvo Sotelo.

**GALINDO.**—En efecto; un editorial de cierto diario estableció hace poco algún confucionismo sobre este punto. Pero yo creo que con la cita que he hecho antes y otras que se podrían aducir quedan las cosas en su sitio. Con esto no quiero decir que no haya ahora algunos grupos de matiz liberal. Pero son ellos, no Calvo Sotelo, quienes piensan así.

**CARANTOÑA.**—En este sentido no hace mucho se emparejó a Cánovas con Menéndez y Pelayo y otros pensadores como concordantes. ¿Cree usted acertado ese intento de unión?

**GALINDO.**—Cánovas fué el padre espiritual de la generación del 98. Su crítica pesimista en nada se diferencia de las que vendrían después del desastre. A mí me indignó comprobar que en los programas del Instituto Social León XIII se hacía una mezcla muy parecida a la que usted cita.

**«YO ME HE LIMITADO A HACER UNA HISTORIA EXTERNA»**

Uno de los puntos más nuevos del libro de Santiago Galindo es



«Yo soy el único liberal que queda», dijo Ramones cuando Renovación Española adquirió fuerza

*su análisis de los convenios y contactos establecidos en el extranjero entre Don Alfonso XIII y Don Alfonso Carlos. Sus afirmaciones han levantado polémicas, pero no han quedado desvirtuadas. Esta es, al menos, la opinión del autor.*

**LIMA.**—Después de aparecido su libro han surgido en los periódicos algunas aclaraciones en torno al discutido convenio entre las dos ramas dinásticas. ¿Cree que ellas afectan de alguna manera su tesis?

**GALINDO.**—En esencia, nada. Tenga en cuenta que yo me he limitado a hacer una historia externa, sin preocuparme demasia-

do problemas interiores. Es aquí, en torno a nombres de personas, donde se han centrado las aclaraciones.

**CARANTOÑA.**—¿Cree que tuvieron algún valor esos pactos?

**GALINDO.**—Obedecían a una situación de momento; y a los afiliados al carlismo les dejaban frios.

**SALCEDO.**—De los distintos partidos monárquicos que nacieron en la República, ¿cuál cree usted de mayor consistencia?

**GALINDO.**—Ninguno.  
**CARANTOÑA.**—¿No cree usted que la preocupación por problemas dinásticos, como los tratados en los pactos que usted estudia,

## “CREO QUE LOS TRABAJOS POLITICOS TIENEN MAS IMPORTANCIA”

Enjuicia la señora de Galindo

ES difícil decir cuáles son las horas en que mi marido trabaja en casa, pues excepto cuando no duerme siempre está leyendo, tomando algunas notas o escribiendo sus colaboraciones. Tenemos la gran ventaja de que ningún ruido le molesta para hacer su trabajo; dice que está acostumbrado de siempre a trabajar con música de fondo, sobre todo que ésta era su forma habitual de trabajar en el periódico, y que cuando no hay ruidos, gritos, chillidos o discusiones no puede hacer nada. Nuestros seis chicos, naturalmente, por mucho que ponga cuidado, también contribuyen a que no pierda la costumbre de trabajar con ruido, pero además suele poner la radio muy fuerte, de tal manera, que él se queda impasible, mientras los demás no podemos soportarla.

Aunque yo prefiero, porque los entiendo mejor, que haga trabajos literarios, me gusta que los haga políticos, ya que son más comentados y tienen más importancia. De todas formas me juzgo incapaz de hacerle variar de opinión o de influir en él en este u otro sentido, pues siempre hace lo que cree que debe hacer, sea como sea. A mi modo de ver ha encontrado Santiago la forma de trabajar en lo que le gusta: leer y escribir, preparar

concertos, representaciones de teatro, conferencias... Le creo incapaz de trabajar con entusiasmo en algo que no le guste.

Cuando trabaja lo hace entre un mar de papeles, fichas, libros, apuntes, cuadernos..., en un verdadero desorden; sin embargo, no es desordenado en el desarrollo de su trabajo, y está horas y horas machacando para cumplir con sus compromisos. Cuando más nos disgustamos es cuando le limpio la librería. Lo nota y siempre asegura que le he perdido algo y que le he variado un orden, que yo no sé en qué consiste. Su forma de descansar casi única es el teatro, sobre todo si tiene música. El cine, de no ser una película muy buena, no lo soporta. En casa, la radio es su alegría y nuestro tormento. Lo que más le gusta es viajar, aunque no puede hacerlo todo lo que querría; sus viajes a Francia, Italia y Portugal le hicieron realmente feliz.

Insisto en que ha de hacer lo que tiene que hacer o cree que tiene que hacer en todo momento. Por eso es muy difícil hacerle cambiar de opinión. Creo que juzga con demasiada benevolencia a las personas, que si las juzga buenas pueden hacer de él lo que quieran; es posible, por ello, que se equi-

quitaron fuerza a la causa monárquica? ¿Cree que los problemas directamente sociales o laborales que podían interesar a las masas trabajadoras fueron olvidados por los partidos monárquicos?

GALINDO.—Esto hay que reconocerlo. Los problemas laborales no se consideraron como grandes problemas. De todas formas se buscaba un enfoque general de la política, una patria unitaria. En ella no hay lucha de clases.

LIMA.—¿Qué opinión le merece el partido que se llamó Acción Nacional?

GALINDO.—Acción Nacional representa uno de los partidos de mayor confusión de aquel momento. Siendo monárquicos y diciendo que no eran republicanos iban a consolidar definitivamente la República.

#### LA CENSURA Y EL GENERAL PRIMO DE RIVERA

SALCEDO.—Volviendo a la época de la Dictadura, ¿se puede acusar a Primo de Rivera de «falta total de censura en la producción bibliográfica», como dice usted?

GALINDO.—Desde luego. Y de algo más grave que esto: La Institución Libre de la Enseñanza pudo trabajar en aquel tiempo a sus anchas. Desgraciadamente aún quedan cachorros de la Institución que siguen pensando a la antigua.

SALCEDO.—¿No cree usted que si adquirió predicamento la citada Institución en el campo de la enseñanza fué porque en España hasta entonces no se había hecho casi nada en materia pedagógica?

GALINDO.—Desde luego. En parte se debió a eso. Hoy todo aquello está ya más que superado.

LIMA.—De las diversas y contradictorias opiniones sobre Berenguer, ¿cuál cree usted la más exacta?

GALINDO.—Berenguer quiso dar tanta sensación de legalidad que se pasó del límite. Por otra parte, yo creo que tenía una enemistad personal y manifiesta con Primo de Rivera.

SALCEDO.—¿No le parece quizá un poco atenuada en su libro la intervención de ciertos intelectuales en la caída de la Monarquía?

GALINDO.—Esos intelectuales tomaron más parte en la proclamación de la República que en la caída de la Monarquía. Tal vez porque no era el sector intelectual un grupo valeroso precisamente, se abstuvo bastante hasta que Berenguer y después Aznar les dieron beligerancia.

LIMA.—¿Si Alfonso XIII hubiera tenido de su parte un hombre de la talla de Vázquez de Mella, ¿hubieran sucedido las cosas como sucedieron?

GALINDO.—Vázquez de Mella no era político. Era un pensador. Una de las quiebras de Alfonso XIII fué que no tuvo políticos a su alrededor. Y los pensadores, como Mella o Pradera, estaban frente a él porque eran carlistas.

#### LA VOCACION DE SER REY

CARANTOÑA.—En su libro hace referencia a las diversas ocasiones en que Alfonso XIII pensó en abandonar el Trono. ¿Cree usted que Don Alfonso creía realmente en la Monarquía liberal?

GALINDO.—Es muy probable que no creyera en ella. De sus discursos de Córdoba y Zamora parece traslucirse por lo menos el desengaño. De todas formas, su gran tragedia como político fué no lograr un entendimiento con Maura.

CARANTOÑA.—¿No cree usted que es sembrar confusión el referirse inconcretamente a la «Monarquía española» cuando se habla del Estado creado por Cánovas? ¿No le parece que se deberían distinguir varias Monarquías españolas?

GALINDO.—Histórica y políticamente se deben hacer, en efecto, muchas distinciones. Pero para mí sólo la Monarquía tradicional es auténtica. Lo demás no es Monarquía. Ya dijo un pensador que en 1931 lo que hizo la República fué quitarse la corona. Y esto fué una consecuencia de la llamada Monarquía liberal.

CARANTOÑA.—¿Sigue siendo

válida la afirmación de Donoso «las Monarquías caen por falta de Reyes y no por sobra de republicanos»?

GALINDO.—Sí. Es así.

#### UNA CUESTION DE TEMPERAMENTO

*El nombre de Donoso, repetido varias veces a lo largo de la entrevista, da ocasión a Santiago Galindo para recordar una de sus actividades más entrañables. El es biógrafo y exégeta puntual del pensador extremeño. Conoce su archivo familiar. Ha trabajado en su propio despacho. En la bibliografía de Galindo hay ya numerosos trabajos sobre el marqués de Valdegamas.*

SALCEDO.—¿Qué opina de la propuesta celebración del centenario de Canalejas?

GALINDO.—De eso prefiero no hablar.

SALCEDO.—¿Está satisfecho de la objetividad de su libro?

GALINDO.—Creo que hasta lo más subjetivo que en él haya puesto es objetivo.

CARANTOÑA.—Sin embargo, está escrito con pasión...

GALINDO.—Esa es ya cuestión de temperamento. No en vano soy aragonés.

SALCEDO.—¿Le ha llevado mucho tiempo hacer el libro?

GALINDO.—En cuestión de fichas, año y medio. Más tiempo que trabajo. He tenido que ir acumulando datos.

LIMA.—¿Se le ha quedado algo en el tintero?

GALINDO.—Creo que no. Por lo menos en lo que se refiere al aspecto exterior de los problemas que estudio.

*Luego la entrevista se diluye en una conversación fragmentaria y a salto de libro ante la biblioteca de Galindo. Hay que hacer una fotografía familiar. Pero reunir todos los chicos que en la casa viven no es tarea fácil.*

*Galindo sale con nosotros. Va ahora a la Editora Nacional. Luego pasará por el Ateneo, donde ocupa el cargo de secretario. Es un hombre joven, preparado y con múltiples ocupaciones, que sabe, sin embargo, hallar siempre un remanso en el tiempo para escribir sus libros.*

voque en esto; en lo demás estoy segura que no. Todo lo subordina, pues, a lo que cree debe hacer, y aunque alguna vez salimos perjudicados los de su familia, me gusta que sea así. Su defecto principal es su virtud de trabajo, por ello abandona todo. Aunque los domingos también trabaja, suele dedicarlos a sus colaboraciones de la radio. Después de acostar a los chicos tomamos alguna cosa en una cafetería de paso y luego vamos al teatro, generalmente. Su principal virtud, el carecer de vanidad.

Aparenta tener un genio duro, pero no es así. Cuando se enfada parece que va a acabar con todo, peroafortunadamente no está mucho tiempo enfadado. Quiere las cosas bien hechas y no pasa por que se le quiera equivocar con vaguedades sobre las cosas concretas; le gusta estar enterado de todo lo de la casa, y me figuro que igual le pasará en los lugares en que trabaja.

En los cinco o diez minutos que cada dos o tres horas de trabajo se levanta de su mesa le gusta ir a la «leonesa» de los chicos, donde ellos campan por sus respetos, y los excita y enrabia, marchándose cuando llega su hora tan tranquilo. Con la que más se mete es con Isabel—tres años—, con quien discute muy serio, con gran desesperación de la lengua de trapo de ella. Ha formado dos equipos de guerra: Zaragoza y Burgos—su tierra chica y la mía—, y los bandos están muy divi-

didos, llegándose a verdaderas batallas campales, que terminan, para que no lloren los más afectados, comprando polos helados a todos. Esta es una forma más de su aragonismo, que lleva a extremos enormes. Al primer chico le puso Santiago, como él; pero al segundo le dió el nombre de Jorge, Patrón de Aragón.

Santiago y Jorge—les dice para excitarles—son dos santos que van montados a caballo con la espada y la lanza. Al tercero, no llega aún a los dos meses, le ha llamado como el fundador de la dinastía carlista, Carlos María Isidro, y ya lo ve como un guerrillero más. La que soporta las guerrillas, claro, soy yo. A Manzanita—María de los Angeles—, siete años, ¡la mayor!, le está enseñando ahora la tabla de restar, con lo que están los dos muy ufanos.

María del Mar, la segunda de las chicas, cuatro años recién cumplidos, es su secretaria, y le lleva muy bien el cargo.

Realmente no es aburrida nuestra casa. Lo aseguro. Algunas veces demasiado divertida. Con ello Santiago trabaja a gusto y tiene compañeros para jugar y hacer diabluras en los chicos. Ahora, a las lectoras, les contaría dónde está el punto negro, pero como seguramente ellas ya lo saben lo descubrirán: «¡Una casa con seis chicos! ¡Pues no es poco trabajo!»

Trinaca Arroyo y G. de Ampuero de Galindo

# GRACIA Y LINEA DEL ARCHIPIELAGO BALEAR



«JUNIO, JULIO, AGOSTO Y MAHÓN, LOS MEJORES PUERTOS DEL MEDITERRANEO SON»

## MENORCA ES UNO DE LOS CAPITULOS MÁS INTERESANTES DE LA PREHISTORIA UNIVERSAL

SIEMPRE es necesario continuar. Pero quedarse, renunciar de improviso a andar por los caminos y vivir inmóviles bajo el cielo que hemos escogido, resulta también un poco imprescindible. Por eso, al poner el pie derecho en el avión, sentí ganas de haber llegado ya y ganas de no llegar nunca. La emoción y la pena de partir.

Don Manuel, el buen caballero que me sirvió de guía en Mallorca, vino conmigo hasta el aeródromo. Un aeródromo, amigos, es como una tierra de nadie hecha de prisas, de pañuelos y de reflejos metálicos. En los aeródromos no hay sensaciones fijas. Todo se diluye en una impresión rara de última hora a la que es imposible llegar con la definición. Pero dejemos en paz tal hora.

Voy ahora a volar. Voy a volar hasta Mahón para peregrinar de nuevo. Todo es curiosidad en este momento en que me voy hacia arriba. Desde el aire—un aire no muy alto, todavía un aire territorial—el mar tiene algo de monótono y de ambiguo que no le sienta bien. Vale más adivinar su amplitud que verla. Menorca se divisa ya como el caparazón de un galápago gigante sin galápago. De todas las maneras no lo veo muy bien porque el reflejo de un ala me entra a los ojos oscureciéndome la mirada. He comprado también chicle, aunque estoy convencido de la enorme tontería que representa el chicle. La aeromoza, una especie de Ofelia con

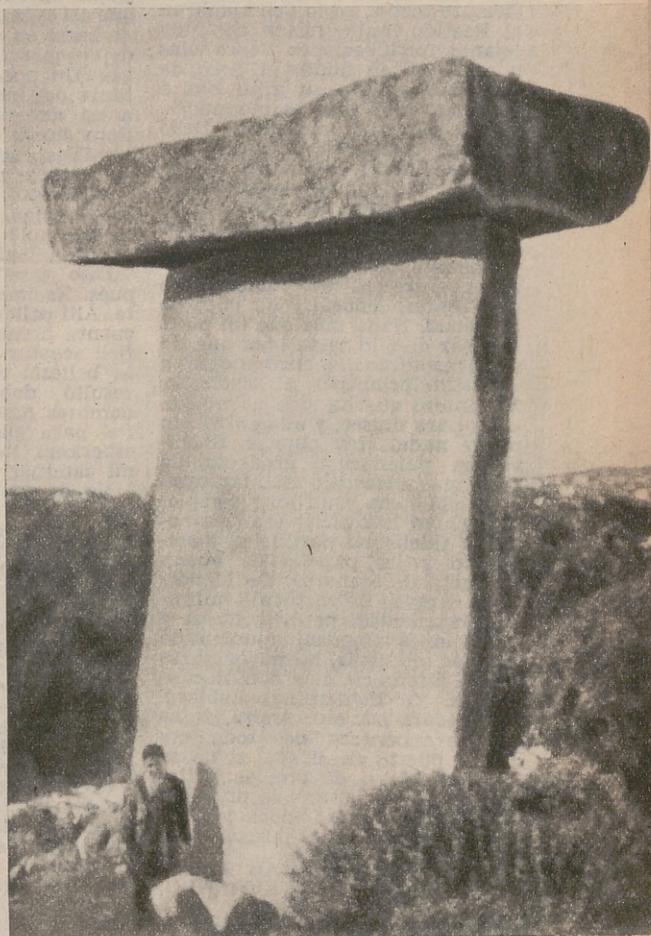
gorrito ladeado, va de un sitio a otro, aparece y reaparece como para alegrarnos más el corazón. Dentro de unos minutos, lo estoy viendo, una señora va a marearse. Siempre pasa algo. Y así, rodeado de este paisaje circunstancial y menudo, vuelo sin ceder a la inmensa vanidad de volar, humildemente.

Sobre el aeródromo de Mahón, Menorca parece una isla muy baja. Casi a flor de cla. Parece como que va a sumergirse de un momento a otro. Más que una tierra clavada al fondo del mar, es una tierra que flota, aunque nunca descomponga los meridianos y las distancias. Después, esta impresión de conjunto se desmenuza al acercarse a ella y las

## EL TESORO MEGALITICO DE

## MENORCA ES UNO DE LOS CAPITULOS MÁS INTERESANTES DE LA

## PREHISTORIA UNIVERSAL



Arriba: Vista panorámica de Mahón, desde el puerto.— Abajo: Monumento megalítico de Taula de Trepuçó

sensaciones se ordenan. La señora de antes ha llegado palidísima. Es una pena, una verdadera pena, que la gentil aeromoza haya tenido que asistir personalmente un mareo que sin duda debió de florecer. Claro que las cosas tienen que ser así.

Piso Mahón, lo que se dice Mahón, al filo de la media tarde. Quiero pisarlo pronto de cabo a rabo porque los días me urgen, porque yo, amigos, tengo los días contados como los elegidos o como los profetas, a pesar de que uno no es más que un vagabundo. Un vagabundo que escribe, pero un vagabundo.

Mahón es señorial y respetable. Vive despacio, como a cámara lenta, paladeando el tiempo. He visto sangre antigua sobre las piedras blasonadas. Mahón es elemental y profunda. Las calles son rectas, llanas, limpias como los chorros del oro. Más que Palma, esta ciudad tranquila es tránsito de payeses, de aldeanos de tierra adentro, enlutados, idénticos. Las calles van encerradas entre fachadas blancas y grises con ventanas especiales y cristales de cierre de guillotina. En la plaza de la Conquista, la estatua en descanso del Rey Conquistador, Jaime I.

Voy en busca de las iglesias. Me he acostumbrado a encontrar en ellas el signo invariable y tradicional de todo sistema de cultura. He visitado dos, magníficas. Santa María la Mayor, propietaria de un órgano monumental y retumbante, de luminosa cristalería policromada, y la del Carmen, pura línea dieciochesca, de ligerísima arquitectura. Más allá, bastante más allá, a través de calles siempre rectas, en lo que nombran el Bastión, hallo restos de muy lejanas fortificaciones. Sobre ellas y como en su honor el Arco de San Roque abre su gran ojo a cuyo través el mar es redondo.

Voy sólo por la ciudad. Debo de tener una facha de turista definitiva. Ando a la ventura dejándome llevar por esa cabalgadura sabia que todos poseemos no sé dónde. Sin querer acabo tras Santa María la Mayor, frente a la imponente casa Mercadal que rezuma, entre la leve quiebra de sus sillares, señorío y un poco de humedad. Nada más que un poco. A pesar de ello se ve bien que ha sido restaurada recientemente a su estilo primitivo, al dieciocho. Me entero que ha sido acondicionada para museo, y allá entro, sin pagar nada. Hay objetos. Cachivaches milenarios, producto de continuas excavaciones. Hay también biblioteca y un muy completo archivo histórico. Algo así como la fidelísima partida de nacimiento y los papeles de buena conducta de Menorca. De Menorca la Brava. He visto allí infinitos documentos, papeles, libros y anotaciones rápidas, apuntes de grandes cronistas, la mayor parte con la referencia a la dominación inglesa. Ya hablaré, ya hablaré. No quedará por eso. Ahora, antes de que anochezca del todo, me voy al puerto en el que, si no se halla la barca de oro, se halla, por los menos, el oro de un atardecer que vale por todos los archivos del mundo. Al puerto, digo.

#### MAHON, UN GRAN PUERTO DEL MEDITERRANEO

Fué nada menos que Andrea Doria, nombre que sabe a alga y a rosa de los vientos, quien dijo

de nuestro puerto, «Junio, Julio, Agosto y Mahón, los mejores puertos del Mediterráneo son». Las grandes ventajas de su posición estratégica y geográfica afló la rapia y tal de muchos reinos, sobre todo en el dieciocho. Es enorme, según se va. Desde el centro de la población bajan suaves rampas muy cuidadas hasta el muelle que no se ve dónde acaba ni dónde empieza. Alquilé una barca que luego no pagué, pero porque no quiso el barquero. Este es un hombre atezado, sutil de mirada, de expresión poco menos que inmóvil. El mar, hecho una lengua fiel bajo la quilla, refleja las extraordinarias riberas verdes, esmaltadas a capricho por el blanco rotundo de casitas minúsculas. Comienzo el viaje. A poco pasamos frente a un varadero repleto de barcas de pesca. Hombres y mujeres arreglan, con mucha serenidad en las manos, frebejos y redes. También es en este rincón donde trabajan desde un tiempo que ya no tiene memoria los mejores carpinteros de la isla, los famosos «mestres d'aixa». Toda la gracia y toda la línea de las embarcaciones menorquinas, aprendida tal vez en la perenne escena de los paisajes eternos, va como un tesoro del cielo en las manos de estos carpinteros de la ribera. Doblamos una pequeña punta, y aparece la llanura azul, casi verdosa, en este instante, de Calafiguera. Asomándose al agua, justo frente a la embocadura que domina todo el puerto, que ya es decir, el Club Marítimo da la nota social y cómoda. Los remos empujan insensiblemente el «gussib», que así es la denominación del tipo de barca en que navego, a la busca del pequeño saliente «des relloges». Un poco a lo lejos, sobre la tapia del muelle que corre ahora a mi derecha, creo ver mármol. Pero no lo veo bien del todo.

—Oiga, amigo, aquello blanco que parece mármol, ¿qué es?

—Mármol.

—Gracias, amigo... Y... ¿además de mármol?

—Una lápida.

Dijo, y se calló. Me enteré después. Es una lápida efectivamente. Allí calleron por la Patria cincuenta hombres. Debí de ser difícil aceptar el sacrificio ante tanta belleza. Por eso, el sacrificio resultó doblemente bello. Sus nombres dan fe al recuerdo, que fué para ellos divina y humana esperanza hecha carne ahora en mi caminar joven.

No es que el barquero sea hurafío o que no me quiera llevar. Es, probablemente, que entiende de hermosura más que yo y no habla por simple respeto a lo que ha visto siempre. La hermosura paraliza la lengua.

Sigue la lenta navegación. Entramos en una pequeña cala, que es la del Fonduco. Y cerramos la cala, el vivero de langostas.

—Manjar de reyes...

—Y de pescadores...

Pero no de vagabundos, ya ve usted, estuve por decir.

Frente a esta cala, unos doscientos metros adelantado hacia el mar, había antes un islote llamado de las Ratas. Volaron y dragaron la isleta, con lo que se hizo desaparecer por completo un molusco exquisito, la «escupinya gravada». Última de «escupinya», no poder uno llevársela a la boca, precisamente ahora.

Frente a la isla de las Ratatas, o frente al sitio donde estubo, hay otra, la del Hospital. Y un poco más allá, asentado en el borde de la tierra, el pueblecito de San Carlos, una especie de «Georgetown» de los ingleses. Desde la estrecha cala de Corp, la visión está dificultada por un inoportuno promontorio que arrebató a la mirada las tres cuartas partes del conjunto. Avanzando unas docenas de metros y metidos ya en la cala de Fons, la escena tiene más aire, es más amplia y más bella. Nadie por lo visto ha construido lanchas de tanta finura como los de San Carlos. Sólo los carpinteros de Mahón, citados antes, podían medir el escoplo y la azuela con los de aquí. ¡Y qué nombres! «Abril», «Espiga», «Chispa»...

Viramos en redondo. Al frente surge la isla de la Cuarentena, nombre aterrador con bandera amarilla, nombre que ahuyenta. Y tras ella, agrandada la silueta por el color oscuro del agua, la del Lazareto. En cuestión de nombres, peor que peor. La primera fué, en un tiempo, elegida para establecer en ella un así como derecho de anclaje, con cuyo producto rendido en todas las monedas mediterráneas se intentaba erigir los establecimientos necesarios para la marinería de los barcos declarados en cuarentena. Esta es su simple historia, colgada verdaderamente de su nombre. La de la otra, también va incluida en su bautismo. Un lazareto...

Avanza la barca, y vamos por la milla, hasta cala Pradera, acercándonos a la punta de San Carlos, prolongación oriental del lugar donde estubo el fuerte de San Felipe. Del fuerte ya no queda nada. Lo demolieron por las buenas. Y todavía más allá, continuando la misma línea, cala Llonga, se abre como puede abrir el pico un ruisefior. O un ruy-señor, como dijo un poeta. Cala Llonga, al borde, es frondosa y risueña, delicada y verde oscura. Al fondo, empiezan las casitas de recreo que se multiplican en fila por la ribera Norte, hasta perderse. Ondulan hacia aquella parte las tierras, peladas de vez en cuando, otras veces soberbias de vegetación enmarañada, casi tropical. Su cima domina el predio de San Antonio, histórico lugar, que Nelson escogió para el descanso a la vuelta de Abukir que fué una batalla que ganó. Allí entretuvo su genio con Emma Lyon-Hart, esbelta, spongo, como una lancha villacarolina, pero no tanto como la mujer más emocionante de su siglo, Lady Hamilton, pintada aquí mismo por la gran mano de Reynolds...

Dense ustedes cuenta que aun no he salido del puerto. Llevo de navegación más de una hora y todavía no se vislumbra el final y, definitivamente, el principio se ha perdido de vista. Es increíblemente grande. Cabrían aquí catorce o quince escuadras de regular formación.

El «gussib» se interna en cala Rata bordeando la orilla, preferencia unánime de bañistas, y antes de llegar a la isla de Pinto, hoy Estación Naval, cruzo frente a «Sa Nou Pinya». Este fué antaño uno de los lugares más mendicidamente buscados por los menorquines para su veraneo. Pero ya ha pasado de moda. No compren-

La diáfana perspectiva de  
cala de Alfancar presen-  
ta maravillosos contrastes



do bien esto, que pase de moda el mar, la arena, fina como luz en polvo, la hierba fresca y blanda como la de Arcadia, y los ocasos solemnes y tristes como algunos trasfondos de Velázquez. No lo comprendo, pero así es y no hay más remedio.

Y al fin, después de atravesar «Cos Nou», pero a la largo, rozándole, porque «Cos Nou» era un hipódromo, viramos a la redonda y fuimos a parar, noche cerrada ya con siete vueltas, al lugar de donde partimos.

—¿Cuánto es todo, mi amo?

—Nada.

¡Todo es nada! ¡Da gusto vivir de paradojas! Lo malo es que no siempre es así.

### MENORCA, ESPAÑOLA SIEMPRE

La historia es conocida. Tres veces de Inglaterra, una de Francia. Menorca aguantó sin embargo los días extraños y supo al fin devolver íntegro a su señor natural todo el espíritu. Desde que la escuadra anglo-holandesa al mando de Leake, a quien acompañaba el célebre Stanhope, se apoderó de la isla en 1708, Menorca no vivió en paz. Inglaterra trató muchas veces de atraerse la simpatía o por lo menos el reconocimiento del pueblo, sin lograrlo nunca. Y quiero señalar como homenaje a esta isla perfectamente católica la epopeya de la construcción de un templo en medio de pastores anglicanos y de soldados protestantes en estado de alerta. Es, amigos, el templo de Santa María de Mahón, ya visitado. Y fué un cura mallorquín, embajador fraterno, que se llamó nada menos que don Jaime, quien aunó el ánimo de todos, y hasta la sangre, para seguir hacia arriba el templo, cayera después sobre quien cayera. Honra, pues, a don Jaime.

Y por la plaza de Don Jaime I me voy a la fonda de esta vez. He observado, en el poco tiempo que

llevo aquí, la escasez de turismo en Menorca. Posee nada más que tres hoteles y una o dos docenas de pensiones. Pero ya he dicho que Menorca es lenta. El turismo busca, y lo busca frenéticamente, el rápido temblor de sus sentidos la fulminante vibración de cuanto mira. Y eso no cabe en Menorca que, a pesar de todo, es brava. Menorca y su paisaje necesitan la coincidencia para su movimiento ancho e imperceptible. Necesita almas de peregrinos o de viajeros sin álbumes debajo del brazo. Hombres que no pregunten nada y lo vean todo inclinando humilde, sencilla y parsimoniosamente la cabeza. Graves y al tiempo felices como las hondas acuarelas de Chiesa, el gran pintor indigena. Menorca, yo voy a creer esto, quedó desde la do-

minación extranjera como tocada de una melancolía sin profundos jadeos y que hoy sella y marca su temperamento hasta en sus últimas reacciones. A Menorca hay que entenderla por alegorías. El lenguaje directo que, menos en Cicerón, es casi siempre comercial, hiere a la isla hasta el corazón de sus tuétanos. El turista, considerado como un ente universal y abstracto, carece de lírica. A Menorca no se la puede llamar por su nombre, hay que aludirla, simplemente. Y sólo el peregrino, el asceta, es capaz de inventar imágenes. El turista es por naturaleza un iconoclasta.

Así entiende el vagabundo a Menorca. Y esta pura esencia está en las piedras, en los ocasos y en los amaneceres, en la voz comedia de los hombres y en los



Mahón conserva rincones  
sugestivos como este del  
puente de San Roque



Bello encuadre de la plaza  
de Borne en el pueblo  
de Ciudadela

castísimos pliegues de las grandes sayas payesas.

Con un arranque que me costó caro después, eché a andar la primera mañana de mi estancia por completar el cuadro de mis observaciones. Campo adelante, entre almendros y algarrobos, cielo azul arriba, recorrí a buena marcha no sé cuántos kilómetros. He visto amanecer la mañana más dulce, más llena de sonrisa que recuerdo. Porque si la memorable amanecida desde el Puig Major mallorquín arrastró el alma en una apoteosis de grandiosidad y de fuerza, el alba que vi a campo abierto, en la suave recuesta de un valle cercano al pueblecillo de Trepucó, a unos dos kilómetros de Mahón, logró el encanto de las maravillas minúsculas. Así como en el Puig Major hubiese hecho falta el derrumbamiento sinfónico de Wagner, el amanecer pianísimo de Menorca habría necesitado unos primeros compases de Debussy.

Cruzando huertas y ligeros bosques de pinos, recorrí Talati, casi como el agudo onomatopéyico de una trompeta infantil. Luego, subiendo en perpendicular, sobre el terreno, se entiende, Alayor y Torre d'en Gaumes, donde hallé taulas impresionantes por el vigor de su pétreo figura, como la de Torrauba. A continuación, bajando un kilómetro hacia la carretera de San Luis, que atraviesa la isla hasta Ciudadela, San Cristóbal, a unos tres kilómetros de Ma-

hón, donde visité una cueva megalítica cuya situación exacta es en el predio de Bi-Gaus. Creo que también hay otra cueva de esta especie en Ferrerías, aldea próxima a la población, pero no fui hasta allí. No es que yo piense que todas las cuevas son iguales, es que andaba ya muy cansado. A tales alturas arrastraba más de mil quinientos kilómetros de viaje, a contar desde Madrid, y uno se resiente. Es lo natural.

¿Qué pasaría en una de esas cuevas hace mil años, tal día como hoy? No lo sé, la verdad. Pero entre la cachiporra, las pieles y la barba tradicionales un corazón como el mío pedía camino franco a la vida. Estoy seguro de ello. Posiblemente en una de estas cuevas húmedas e indescifrables en lo que pudieron tener de circunstancia, un hombre y una mujer confeccionaron su idilio monosilábico y rugiente, no menos rugiente y monosilábico que ahora. Que hoy en día, vamos.

#### CIUDADELA, SANGRE AZUL...

Don José María Ruiz Manent, uno de los caballeros más paladines de Ciudadela, describe así a la ciudad en su novela inédita «La fragua de Vulcano», según apunte de don Plácido Marqués, en un librito exacto: «Si la miráis desde Levante, parece un escudo de armas, un caserío del que emergen la torre esbelta del templo episcopal, y los abombados cam-

panarios gemelos de la iglesia de San Agustín. Al fondo, el mar. A veces, nubecillas como algodones se enarcan sobre la torre... Del Sur, alargada la forma, parece la ciudad una nave sobre grada, dispuesta a la botadura, nueva y heroica a pesar de los siglos... De Poniente, es la encastillada de los tiempos de guerras, de murallas resacas, de oro... Del Norte véis a Jerusalén. La muralla es parda de esta parte. Las cúpulas y las iglesias son blancas como la cal. Dos palmeras enhiestas están inmóviles como en los grabados de la Biblia...»

Por todo esto, amigos. Porque el escritor ha escrito con la imagen fluyente que es la gran necesidad de Menorca, he copiado este buen párrafo. Ciudadela son tres, claramente diferenciadas: la heroica, la episcopal y la aristocrática. Muralla, cruz y blasón. Trío completo y máximo con el que siempre se gana. No puedo decir más. El ambiente de la ciudad, no ya lento, sino totalmente quieto, enraizado, seguro, alcanza su justa calificación en el entronque de esos tres signos. Antigua y primera capital de la isla, cedió la vara de dirigir para observar.

Tiene algo esta Ciudadela de fabuloso. Algo de antigua República italiana, como alguien ha dicho. Y las murallas enormes, más enormes aún en su derrumbamiento, parece que cayeron a trompetazos, como las de Jericó. A cualquier sensibilidad medianamente afilada le dará la misma e irresistible impresión. Que ahora hay más murallas todavía.

Ciudadela está unida con Mahón por una carretera muy buena. Son nada más que 45 kilómetros. Yo los hice un poco en coche y otro poco en carro, que es lo que pasa cuando no hay coche propio. Toda esta comarca y, en general, en toda la isla, las grandes extensiones de terreno herbáceo, anuncian los grupos ganaderos. Y las reses, la piel. Y la piel, el calzado. El 60 ó el 70 por 100 de los españoles calza calzado menorquín. El Ejército, en casi todas sus armas, utiliza este valioso producto isleño, factor principal y característico de la economía de Menorca. Y los quesos, naturalmente. Los ricos quesos de Menorca, bocado fino que ya hubiera querido yo para acompañar a aquel famosísimo vino de Binisalem, en Mallorca.

Abandoné Ciudadela una tarde a eso de los ocho.

#### Y EL FINAL

Tranquilamente, queriendo quitarle importancia al asunto, bajé hasta el puerto con las manos en los bolsillos. Me vuelvo a Palma por mar e inmediatamente a Ibiza, donde tengo buenos amigos que me ayudarán. Me voy en el mismo barco que me llevó a Palma desde Alicante.

Aquí la única cuestión es que me voy. He visto Menorca y he querido exprimirla entre mis palabras para lograr, por lo menos, una única gota de su profunda esencia. Menorca es... es..

El barco sale a las nueve.

Carlos LUIS ALVAREZ  
(Enviado especial)



En pueblos como Ciudadela se lucha contra el reloj. Hay gente que conversa y pasea después del trabajo

# ESTRATEGIA POLITICA

Por T. NIETO FUNCIA

**EL ESPAÑOL**—cuya posición y pensamiento políticos se mantienen con honradez y claridad en su sección editorial—, atento a todas las palpitaciones de la vida española en el terreno de las obras materiales y el campo de los valores del espíritu, publicará una serie de trabajos de carácter doctrinal, que responderán a los puntos de vista mantenidos por sus autores sobre cuestiones de un máximo interés. Trabajos todos ellos, naturalmente, ajustados a una línea conceptual que se desarrolla y se mueve dentro de la más exacta fidelidad al ideario del Movimiento Nacional y que pondrán de manifiesto precisamente su fecundidad.

## I

### 1.º Los planteamientos actuales de estrategia política.

Pueden mejorarse los actuales planteamientos de estrategia política, cuyas líneas esenciales se orientan en lo que se refiere a la política interior, hacia los siguientes objetivos:

- a) Fortalecimiento económico.
- b) Aproximación creciente a una distribución equitativa de la renta nacional.

Para el fortalecimiento económico se incluye en tales planteamientos el mantenimiento de la paz civil y el orden, la orientación de las leyes en el sentido de favorecer cuanto puede redundar directa o indirectamente en ese fortalecimiento y una acción de Estado encaminada a suplir a la iniciativa privada en el acometimiento de actividades económicas que se estimen convenientes en cualquier orden.

Para atender a la aproximación creciente a una distribución equitativa de la renta nacional se cuenta con la legislación de trabajo, la política fiscal y la comercial, que incluyen aspectos fundamentales de la política monetaria. Esta parte de los esquemas actuales de estrategia política tiene, sin embargo, su punto débil en la indeterminación de la idea de distribución equitativa de la renta nacional. El sentido de progreso en la distribución equitativa de la renta está para muchos en el igualitarismo, de modo que estaríamos tanto más cerca del ideal, en este aspecto, cuanto menores fueran las diferencias entre la renta que percibe cada uno de los sujetos privados. Por otra parte, no suele ponerse en claro si esa igualdad había de serlo en términos absolutos o en términos relativos. La versión más extendida es la de igualdad en términos absolutos, según la cual cada individuo había de recibir la misma cantidad de dinero o de bienes. Sin embargo, dado lo grosero de este punto de vista, es de presumir que en la mente de los hombres de Estado se piensa en términos de igualdad relativa, en virtud de la cual cada uno debe recibir según sus méritos, después de atribuir al simple hecho de ser hombre, título suficiente para ser acreedor a lo que se llama de modo habitual un modo de vida digno.

La idea de distribución equitativa de la renta puede estar también ligada a consideraciones de conveniencia económica, de modo que se juzgue mejor aquella que entrafía el repertorio de estímulos más energéticos para mantener un volumen y una estructura de la renta. De cualquier modo, es visible que no está muy claro, ni hay unanimidad, en lo que deba entenderse por distribución equitativa de la renta nacional. Y si se añade a esto que la distribución de la renta ha de variar, para conservarse equivalente, con la variación del volumen y la estructura de la misma, se ve con toda claridad lo que hay de pura solución verbal estéril en ese objetivo general de los planteamientos de estrategia política, vigentes

ahora, con rasgos muy semejantes en todos los países.

Estos planteamientos de estrategia política recibieron la aquiescencia universal, después del ensayo de vuelta al liberalismo ortodoxo que presidió la política deflacionista de la primera posguerra mundial. Aquel intento se hundió definitivamente con las conmociones políticas de ese tiempo y de los precedentes y con la segunda guerra mundial. El esquema de estrategia política aceptado hoy no es ya el de los cien años anteriores, sino que se diferencia de aquél en lo que podría llamarse beligerancia económica y social del Estado, que antes se consideraba impracticable en muchos aspectos y nociva y entorpecedora por naturaleza. El cambio de planteamiento de estrategia política se ha traducido en la sustitución del ideal de Estado que propuso y acarició el liberalismo político y económico, por el llamado Estado intervencionista, caracterizado por no negarse en principio o no alimentar prevenciones contra la extensión de las esferas de competencia y los instrumentos de acción del Estado.

Así creemos que pueden describirse los planteamientos vigentes de estrategia política, respecto de los que afirmamos que pueden ser mejorados sustancialmente. Con este modo de decir queremos expresar, sin dejar lugar a dudas, al hablar de mejorar, que no se plantea el tema en términos de impugnación de principio, sino en los de proponer o considerar planteamientos de estrategia política preferibles por alguna razón a los actuales y que incluyan los objetivos de éstos en aquello que no parece deber discutirse.

### 2.º Primera objeción a los planteamientos actuales de estrategia política: esterilidad de los mismos para una prefiguración orgánica del Estado.

Una de las objeciones que pueden hacerse a estos planteamientos de estrategia política es la de que no permite llegar a una prefiguración acerca de cómo deben disponerse los órganos del Estado y cuáles han de ser éstos. Por ello mismo, los medios de acción de Estado tampoco adquieren calificación propia, a la luz de tales planteamientos estratégicos, y se nos presentan a nuestros ojos como una multiplicidad informe de medios, de los que se echa mano, empíricamente, a medida que parece necesario. En los planteamientos de estrategia política anteriores sí estaba implícita una imagen con la disposición de los órganos del Estado y un criterio respecto a cuáles y cuántos debían ser éstos. Tales esquemas descansaban sobre la convicción de que el óptimo de desenvolvimiento económico se conseguía como resultado del movimiento de los sujetos privados, en condiciones de autonomía, al perseguir su propio beneficio. La única condición política de este óptimo eran la libertad y el orden, de modo que la casi totalidad del quehacer de Estado en lo interno venía representado por las funciones de política, en su más amplio sentido, y las de administración de justicia. Como criterio complementario se utilizó el de la necesidad de la administración fiscal. Y en cuanto al número de los órganos y sus dimensiones se tenía por inconcuso que debía ser cuanto menos, mejor, y cuanto más reducido, mejor. En aquellos planteamientos de estrategia política, el gasto público se vio siempre como coste y nunca como inversión, al revés de lo que sucede ahora, cuando se aprecia comúnmente no sólo el aspecto negativo del gasto público, sino también el positivo.

El fruto de la esterilidad de los planteamientos de estrategia política vigentes, para hacerse una imagen de la disposición más conveniente de los órganos del Estado, ha sido el tipo de Estado intervencionista, que es un tipo de Estado tosco y monstruoso en muchos aspectos. La corresponden-

cia entre esos planteamientos y este tipo de Estado no es, pues, casual, sino necesaria. Dudamos que el Estado intervencionista acierte a ser caracterizado por alguien de forma distinta a como lo hemos hecho. El Estado intervencionista se caracteriza por no negarse en principio o no aumentar prevenciones contra la extensión de sus competencias y de sus órganos. Pero su concepto, si esto es así, no envuelve indicación alguna respecto al sentido de la extensión de esas competencias, ni a la naturaleza de las mismas, como tampoco respecto a la jerarquía de los órganos y el papel de cada uno de ellos en el conjunto de todos. Históricamente, el Estado intervencionista es el resultado de ir agregando órganos y competencias al antiguo edificio del Estado liberal y a su quehacer, sin plan de conjunto, y a medida que han ido haciéndose apremiantes las necesidades de acción política. Es un producto de aluvión. Y aun cuando ello difícilmente hubiera podido evitarse, tal cosa no supone que no sea ya a todas luces indicado proceder a un planteamiento racional sobre los datos que proporciona la experiencia. De este origen y de este carácter del Estado intervencionista, vigente hoy en todos los países, resultan multitud de duplicidades de jurisdicción, falta de economía en la disposición y uso de los medios, así como un alto coeficiente de ineficacia.

El reconocimiento de la eventual necesidad de aumentar, desde una situación de partida, las esferas de competencia de la acción de Estado y el número y volumen de sus órganos, que es a lo que se reduce la idea del Estado intervencionista, corresponde en su imprecisión a lo que reclama el planteamiento de estrategia política vigente. Ese planteamiento es en sí mismo impreciso y vago y no ha conseguido alumbrar una imagen del Estado de contorno más definido.

### 3.º Segunda objeción a los planteamientos actuales de estrategia política: son un factor decisivo de complicación y proliferación legislativa, que se traduce en creciente pérdida de las condiciones de seguridad jurídica.

La segunda objeción que cabe hacer a esos planteamientos actuales de estrategia política es la de ser un decisivo factor de complicación y proliferación legal. Al decir complicación queremos designar lo opuesto a unidad y sencillez, en el sentido de que el conjunto de las normas respondan a un desarrollo racional y congruente de algunos principios simples y compatibles. El proceso de aumento de la complicación legal sería, según esto, lo contrario de lo que son los procesos de codificación. Y bien claro está que tal es el caso de lo que sucede ahora en todo el mundo y en todos los aspectos y rangos u órdenes de la actividad legislativa.

Los esquemas de estrategia política vigentes comprenden dos principios opuestos, cuyo modo de conciliación no se ha sabido encontrar: el principio de libertad o autonomía de los sujetos de derecho y el principio que proponemos llamar de tutela social. Al reflejarse en los desarrollos legislativos estos dos principios, para los que no se ha encontrado la fórmula de conciliación práctica, el Derecho positivo se convierte en un agregado asistemático de normas, de espíritu o intención equivoca, que permite todas las interpretaciones. Tal defecto se agrava por la dependencia estricta entre el contenido de las normas de Derecho sustantivo y las de Derecho adjetivo, que hace repercutir en corrientes de interinfluencia los defectos de un tipo de normas en las del otro tipo. Las dificultades de interpretación uniforme vician gravemente la administración de justicia, y todo junto se traduce en considerable y creciente pérdida de las condiciones de seguridad jurídica, que no pueden darse sin clara e inequívoca definición de los derechos y deberes amparados por una administración de justicia expedita e invariable, es decir, con criterios de interpretación legal, conocidos, fijos y acordes con el espíritu de la ley.

Por lo que se refiere a la proliferación legislativa, es otra manifestación o es consecuencia de lo que hemos llamado complicación legislativa. Cuanto pierde en calidades de sistema la legislación, lo gana en el número de las disposiciones y en el casuismo de sus desarrollos. El Derecho positivo se ha convertido en una verdadera riada, en una fronda impenetrable, donde es imposible hacer luz,

y con rasgos semejantes en todos los países. Y como fenómeno histórico simultáneo a este del aumento de la complicación legislativa y la proliferación de las disposiciones puede reconocerse en la más grave subversión en la jerarquía de las normas, por la cual podría formularse una especie de regla, diciendo que cuanto mayor es el número de las disposiciones—el número de las disposiciones y la complicación legislativa son las manifestaciones de un mismo defecto—mayor es la preeminencia que adquiere la circular sobre la orden, la orden sobre el decreto, el decreto sobre el reglamento y éste sobre la ley. Todos estos defectos se resumen en el desorden fundamental que representa la preeminencia de la circular y aun del mandato singular político o administrativo sobre la ley, que es en lo que consiste la pérdida de la seguridad jurídica.

### 4.º Imprecisión de los objetivos cardinales de la estrategia política actual.

El quid de estos planteamientos de estrategia política está en que responden a una clara visión de la insuficiencia de los planteamientos anteriores, sin haber conseguido una determinación positiva de los objetivos políticos que es necesario cubrir actualmente. El fortalecimiento económico es un objetivo de naturaleza tal, que en su nombre pueden hacerse cosas de todo punto contradictorias. No está definido lo que ha de entenderse por fortalecimiento económico, pues aunque puede haber coincidencia en estimar que todo aumento del volumen en la renta es fortalecimiento económico, lo cierto es que sin referencia a la estructura de esa renta el simple aumento de volumen puede tener las más diversas significaciones. El fortalecimiento económico como objetivo de estrategia política no encierra luz alguna de orientación para el hombre de Estado; y, sin embargo, es un objetivo tan desdibujado que puede cobijar cualquier idea preconcebida que se pueda llevar al tratamiento de estas materias. Están, pues, indeterminados los objetivos de estrategia política por este lado, con la agravante de que, por lo general, no se tiene conciencia de ello. Y por lo que se refiere a la aproximación creciente hacia una distribución equitativa de la renta ya hemos indicado cuanto hay en este objetivo de solución verbal estéril.

La vagoriedad en la formulación de los objetivos entraña una situación por la que, tanto el nombre de Estado como las gentes en general y quien estudia estas cuestiones especialmente, se sienten incapacitados para reconocer las conveniencias de medio a fin. Se puede tener la sensación de que no ocurre esto cuando se trata de alguna cuestión especial concreta, e incluso cuando se abordan diversas cuestiones por separado y sucesivamente, sin perjuicio de que en el balance general aparezcan frustradas las esperanzas, las ilusiones y las convicciones de todos. Esa vagoriedad en la formulación de los objetivos puede dar lugar a que, mientras todos los protagonistas de los diversos movimientos tácticos de una acción estratégica política se tienen por servidores de un mismo designio y se juzgan en la misma línea de convicciones, de hecho cada cual marcha por su lado, en detrimento del designio político principal y de la coordinación táctica, sin la que no cabe esperar éxitos de acción estratégica. Esta clase de defectos acumulados puede dar razón también de esos fenómenos, tan frecuentes en la historia política contemporánea, por los que una torre de éxitos parciales se resuelve en un gran descalabro total, que significa el fracaso de los planteamientos de estrategia política. Sabido es que las conveniencias estratégicas son de tal entidad, que a su luz un fracaso táctico puede aparecer como elemento necesario de una victoria más importante. Y a la inversa, una victoria táctica puede ser la explicación de un fracaso estratégico, por definición, más importante.

Volviendo, por todo esto, a la aseveración con la que iniciamos este trabajo, y a cuya prueba o evidenciación dirigimos todas las consideraciones, decimos que son mejrables los actuales planteamientos de estrategia política. A su vez, por lo que llevamos expuesto, queda indicado que tal mejora está ligada a una determinación material y positiva, de contenido inequívoco, de los objetivos de estrategia política, mediante la cual quedan enteramente configurados, también con precisión, los planteamientos de estrategia política.

(Continuará)

# LA CONQUISTA DEL "REY DEL HIMALAYA"

VERTIGO Y PERICIA A  
8.661 METROS DE ALTURA

LA EXPEDICION ITALIANA DEL  
PROFESOR DESIO, CORONA LA  
SEGUNDA CIMA DEL MUNDO



La cima del «K-2», segunda altura en el techo del mundo, en el misterioso e insondable Himalaya, fue coronada por la expedición italiana el 31 de julio pasado. En esta foto vemos al equipo del profesor Desio en plena marcha hacia el gigante

**L**ACONICAMENTE, escueta-mente, una comunicación por cable ha hecho conocer al mundo que el «Rey del Himalaya occidental» ha sido conquistado.

Ni un nombre, ni una imagen del que fué primero en clavar una piqueta, con una bandera tricolor en su mango, en la cima del indomable «K 2», fueron concedidos a la curiosidad y a la propaganda. Y es que el Godwin Austen no ha sido conquistado por un hombre determinado, ni es a un hombre solo al que el mundo debe rendir homenaje por la hazaña. El Godwin Austen ha sido la conquista, no ya de un grupo de hombres italianos puestos en mar-

cha a fines del pasado mes de abril, sino la conquista donde se suman los esfuerzos de muchos hombres, a través de todo un siglo de tentativas y de fracasos, para llegar a conocer las dificultades técnicas que ofrecía el fantástico «K 2». Expedición tras expedición, desde 1856 hasta 1953, fueron fracasando. Pero la experiencia que aquellos fracasos dejaron ha servido para que hoy, un puñado de hombres italianos, al mando del profesor milanés Ardito Desio, haya podido dar al mundo, a través de un lacónico telegrama, la noticia de que el 31 de julio último la meta ha sido alcanzada.

## CAMPAMENTOS EN LOS ALPES

En el despacho del presidente del Club Alpino Italiano, dos hombres se dan la mano.

—Se hará—son las palabras que pronuncia el más nerviosamente delgado de ellos.

La escena tiene lugar a mediados del año 1953 entre el profesor de Geología de la Universidad de Milán, Ardito, Desio, y el presidente del Club Alpino Italiano en persona. El presidente continúa:

—La labor ha de ser empezada inmediatamente si queremos que la expedición se ponga en marcha

la próxima primavera. Cuento con toda la ayuda financiera y técnica que el Club, pueda dar, y seguros estamos de que bajo su dirección, todo ha de marchar inmejorablemente. Un conocimiento exacto del Godwin Austen y de sus dificultades poseerán así los hombres que vayan a lanzarse a la empresa con usted.

—¿Con qué hombres cuenta usted?

—Si las pruebas a las que pienso someter a los miembros que vayan a tomar parte de la expedición no demuestran lo contrario, los guías, lo mismo que los científicos, serán italianos.

Pocas semanas después la ardua tarea de organizar la expedición comienza. Se solicita en primer lugar el permiso del Gobierno pakistaní, en cuyo territorio se encuentra enclavado el «K 2» y en la misma Italia, en el bello escenario de los Alpes, se empiezan las pruebas para la selección de guías.

Veintitrés hombres aspiran a formar parte de la expedición, expertísimos guías todos ellos. Comienzan entonces las difíciles pruebas de resistencia física y de habilidad. El profesor Desio y sus hombres trabajan en campamentos de invierno especialmente establecidos bajo rigidísimas normas de trabajo y disciplina. El escalado por cuerdas, la utilización de las nuevas bolsas de oxígeno construidas después de la experiencia del Everest, y sobre todo, la técnica de construir una especie de camino de cuerdas para mantener en todo tiempo comunicados los diferentes campamentos a diferentes alturas, son las cosas sobre las que Desio insiste más tenazmente.

Marchas forzadísimas, en las que el corazón de los hombres es puesto a prueba. Y, poco a poco, la selección se va haciendo. Destaca Puchoz, el aglísimo guía de Courmayer, fuerte y entrenadísimo; destacan Compagnoni y Rey. Luego, Viotto se revela; es apenas un muchacho, pero la montaña le atrae desde niño con una fuerza irresistible.

En cambio, los viejos escaladores, los consagrados, tienen el dolor de ver sus nombres excluidos de la selección: lo que su experiencia puede no lo puede ya el corazón.

Científicos, guías, todos trabajan en el durísimo invierno de los Alpes. Llega, poco a poco, el material, aprenden a usarlo, a salvarlo incluso, sin malgastarlo en el momento que no es absolutamente necesario, sin abandonarlo en las bajadas difíciles, aprendiendo a soportar más peso del que es normal soporte un escalador. Tampoco es fácil el nuevo sistema de fijación de cuerdas que Desio ha creado, que deben ser sujetas con garfios y unidas con cadenas en sitios donde la roca, el terreno, hace casi imposible la operación.

### EL TESORO DEL HOMBRE BLANCO

Una nube de chiquillos, de arrapiezos descalzos y polvorientos, persigue las docenas y más docenas de cajones monumentales que unos «chunzas» transportan en las afueras de Skardu. Los chiquillos se aprietan, se apinan alrededor de las cajas que contienen lo que se les antoja extrínfimo tesoro. Ganchos de formas

nunca vistas asoman en el interior de enormes cajones que un hombre de extraño atuendo abre poco a poco.

Los arrapiezos le siguen fascinados, con la esperanza de que reparta algo del contenido del tesoro entre los circundantes. Pero el hombre se limita a dar vueltas y órdenes. Hasta que los chiquillos, emocionados, ven que el mismo fantástico ser ordena abrir un sinnúmero de cajas—las más grandes, las que más riquezas pueden contener—porque quiere examinarlas. Corren los pequeños pakistaníes en cuanto la primera tapa es levantada, y nadie puede contener aquella turba de curiosos. Hasta los desocupados mayores empujan la cabeza—haciéndoles cosquillas la curiosidad—para asomarse al interior, cuando un ¡oooh! como de desilusión y de desaliento se produce en las filas de la pequeña tropa: ¡Cuerdas! ¡Solo cuerdas hay en las enormes cajas!

Si. De cuerdas estaba compuesto el tesoro del profesor Desio, el ser extraño que departía ayudándose por monumentales gestos, casi como ejercicios gimnásticos, en una mímica desconocida, por su fuerza, para aquellas gentes, y convenciendo a los «chunzas» de la región de la necesidad de subir hasta el último pincho de hielo del próximo inmenso monte.

Lo conocían los chiquillos de verlo pasar y de irle a pedir una moneda. Parecía importante y ausente, como si siempre tuviera que solucionar algo. Y no se parecía a nadie de los que ellos conocían. Hasta que con sorpresa vieron que, después de que aquel hombre había paseado casi mil veces del pueblo a la montaña y de la montaña al pueblo; después de que soldados del país vinieron a ayudarlo y con aviones volaron alrededor y por encima de la montaña; después de todo esto, decimos, más hombres que se le parecían habían empezado a llegar y a ir y a venir casi tanto como él. Detrás de todo esto, la llegada de las cajas había colmado la curiosidad de todos los pequeños habitantes de Skardu, y la fuerza de la inquietud pudo más que todo.

Hasta que un día cualquiera, al empezar a corretear hacia el sitio preferido por su curiosidad, su desolación fué completa: los hombres, las cajas y el profesor, aunque pueda parecer mentira, habían desaparecido.

Desio había llegado al Pakistán dos meses antes que el grueso de la expedición. Ayudado por el Gobierno y el Ejército, reconoció la base de la montaña y prosiguió sus estudios sobre el terreno y configuración del picacho. Poseía toda la información que las expediciones anteriores le habían legado y aún estaba impregnado de toda aquella triste experiencia que en diferentes ocasiones había costado la vida a seis hombres.

Los hombres de Desio no eran muchos: 10 guías y siete científicos, entre los que se incluía el doctor de la expedición. El espíritu de los hombres no podía ser mejor: espíritu de «equipos», que se había conseguido aun antes de salir de Italia. Los hombres sabían lo que quiere decir sacrificarse uno por todos o, mejor, to-

dos por uno o por dos, que son los que, a fin de cuentas, podrían alcanzar la soñada meta. Habían aprendido, pues, a ceder un puesto, a obedecer y respetar la voluntad de un solo cerebro, que se hacía responsable del triunfo o del fracaso.

### LA LUCHA CON LOS TITANES

Nada más hostil al hombre que el erizado escenario de roca viva y heladas pendientes sobre el que Desio y los suyos, ayudándose de cuerdas y «piolets», curvados ellos mismos bajo el peso del material necesario, han llevado a buen término la empresa.

Y no sólo esto. Las ventiscas de nieve, la atmósfera, irrespirable a cierta altura; el viento que azota los cuerpos, que los sacude, que los hace aparecer como cómicos «robots» en manos de una Naturaleza que se agita indignada contra la osadía del hombre, han convertido la ascensión en una batalla de pigmeos contra titanes.

La penosa escalada había comenzado a finales de abril. Sólo con decir que el primer campamento no pudo ser establecido sino a principios de junio, podemos imaginar lo penoso de la ascensión.

Sólo la preparación científica y técnica de los escaladores pudo vencer la inesperada inclemencia del tiempo. Sólo su voluntad de vencer pudo superarlo todo, y a cuatro mil metros de altura fué posible establecer el campo base, después de una etapa que había durado más de un mes.

Pero no sólo la Naturaleza le iba a ser hostil al grupo italiano. Asustados por las condiciones atmosféricas, los porteadores indígenas deciden abandonar la caravana y volver, descender hacia lo seguro de sus casas. Aun a ellos, acostumbrados desde niños a trepar por la roca y a luchar con las tempestades, el peligro, las dificultades, se les aparecen como monstruos imposibles de vencer. Una noche se ponen de acuerdo. Huyen.

Los expedicionarios deben entonces reconstruir la mermada caravana, buscar nuevos porteadores, esperar. En la huida de los indígenas se ha perdido material, que los aterrizados hombres han dejado abandonado en su precipitación por descender cuanto antes. Se recupera, se repara.

Luego se emprende de nuevo el camino.

### SOBRE TODAS LAS COSAS

El campamento número 2 se estableció a 4.900 metros de altura. Las condiciones atmosféricas seguían siendo pésimas, la temperatura, cada vez más baja. Un frío polar mantenía a los hombres refugiados en las tiendas. Y en las madrugadas, su interior, sembrado de la nieve que esparció la horrorosa ventisca, mantenía a los hombres ateridos, incapaces de continuar las maniobras de ascensión.

En estas condiciones, enferma Mario Puchoz. Se trata de una pulmonía. Y a pesar de los denodados esfuerzos del médico de la expedición, Mario, el más preparado, el mejor de los guías, muere el 21 de junio. Se le entierra al pie de la montaña, en una ceremonia sencilla, cargada de emoción para aquellos hombres que podían seguirle en la suerte. Y es

entonces cuando la suerte de la expedición se decide; los contratiempos inclinan un momento la balanza del lado del fracaso. ¿Se debe renunciar a todo y descender, abandonar lo que tanto esfuerzo costó preparar? ¿Se debe defraudar, una vez más, al mundo? ¿O se debe, por el contrario, continuar, con más coraje que nunca, superando las verticales paredes heladas, en un esfuerzo inaudito?

La respuesta de la decisión tomada en aquel momento la proporciona la bandera pakistani que hoy ondea a 8.611 metros de altura.

### UN PICACHO EN EL CIELO

El Godwin Austen, más conocido por el «K 2», es exactamente la segunda altura mundial. Sólo le supera el Everest en 277 metros; pero, en cambio, lo que pierde en altura lo triplica en dificultad técnica. Forma parte del macizo del Karacorum, que, a su vez, se considera incluído en el formidable sistema del Himalaya, cadena que, como se sabe, separa la península Indica del continente asiático.

Las cuerdas han sido los grandes ayudantes de la aventura. Excepcionales cuerdas, que Desio había examinado antes y comprobado su resistencia. Nada más. Una gran preparación técnica, un gran coraje, han hecho el resto. No en vano el jefe de la expedición había acompañado antes al grupo americano que fracasó en su intento de escalar la montaña.

Espaciadamente, en Rawalpindi, al pie de la montaña, se iban recibiendo cables que la radio de los alpinistas enviaba. Así, ansiosamente, el mundo ha ido sabiendo cómo continuaba la marcha. El cuarto campamento se hizo ya a los 7.000 metros, y luego se fue, gradualmente, participando el asiento de los sucesivos: a 7.800, a 8.500. Cuando llegaron a esta altura se encontraban al pie de la pared terminal que se alzaba perpendicularmente por encima de ellos, y habían superado ya las alturas alcanzadas por Houston en 1938 (los 7.900 metros) y por Wiesser en 1939 (los 8.370 metros).

Unos hombres sonrientes, curtidos, encerrados en sus anoraks como en cajas blindadas, metidas las cabezas en dos o tres gorros, según los casos, contemplaron el 30 de julio la inmensa aguja de roca y hielo, último obstáculo que vencer. Hasta el tiempo, en los últimos días, se había mostrado más benigno, como si el monstruo cesase en sus bramidos inútiles, en sus sacudidas tremendas para despedir al vacío aquellas lapas humanas. El picacho se destacaba límpido sobre un cielo pálido. El único inconveniente era que las bolsas de oxígeno hacia bastante que se habían hecho necesarias.

### MAS ALLA DE LA GIBA

Sólo una jornada se necesitó para culminar la empresa. La especie de joroba de roca que en 1939 había hecho fracasar la expedición Wiesner fué superada. En algunos sitios, la roca dentada se abría hacia el interior, ofreciendo peligros y riesgos sin cuento. Se hicieron más necesarias que nunca las cuerdas. Sobre



Este es el equipo que el profesor Desio seleccionó con plenitud y exigencia para llevar a cabo la difícil empresa de abatir el «K-2». Hombres jóvenes con experiencia y corazón en la escalada

la mole vertical y resbaladiza, los campones de los escaladores parecían no llegar a incrustarse nunca. Al fin, superada la giba, la cumbre se ofrecía cercana.

La ascensión a la cumbre debe de intentarse inmediatamente. Sólo dos hombres han de subir, mientras el resto del grupo permanece en el campamento que se establece en la base de la picota, y que hace el octavo; sobre ellos, una masa de hielo se alza hasta los 600 metros.

A las ocho de la mañana del día 31 de julio, bajo un cielo azul y un aire helado y transparente, los dos escaladores se ponen en marcha. Ansiosa, angustiadamente, se siguen sus peripecias desde el campamento. Se les ve ir ganando penosamente altura sobre la vertical pared resbaladiza, hacerse cada vez más pequeños, confundirse poco a poco con la roca, sumirse en ella, desaparecer.

Luego, ya sólo la espera. Caen la tarde y nada se sabe de los dos hombres. Ni una sombra se divisa desde el campamento y el desaliento empieza a cundir entre el grupo. Cada vez más largo, cada minuto tienen un significado de esperanza.

Hasta que la noche cae, se cierra y ya nada es posible. Se da la tentativa por perdida y se dispone una expedición de socorro que saldrá en la madrugada siguiente

a buscar a los perdidos alpinistas. Y todo se hace silencio y tristeza bajo las tiendas.

Es hacia la medianoche cuando, un ruido súbito, unos pasos, unas voces conocidas, se dejan oír en el campamento. Los escaladores, sin respiración, medio asfixiados, se ven rodeados de todos los compañeros, empujados hasta el interior de una tienda. Y allí, todos juntos, científicos y guías, oyen de labios de los vencedores el relato de la aventura.

La penosa ascensión, que comenzara de madrugada, se había visto peligrosamente amenazada cuando los escaladores llegaron a una distancia de la cumbre de 200 metros. Empieza entonces a faltar el oxígeno, haciéndose más y más escaso, hasta que las bolsas de oxígeno se comprueban vacías. De nuevo el dilema: ¿Qué hacer entonces? ¿Renunciar a seguir ascendiendo? ¿Proseguir? Y así, con un nuevo coraje, sin oxígeno en las bolsas, suspendidos sobre el abismo, y la tarde que comen-

Tres escaladores de punta en la expedición: Ubaldo Rey, Lino Lacedelli y Achille Compagnoni



zaba a declinar, consiguieron llegar a hincar sobre la cresta, por primera vez hollada, su piqueta de alpinistas.

## UN HOMBRE Y TODOS LOS HOMBRES

La Prensa mundial discute en este momento el posible nombre del escalador que ha llegado por vez primera a la cumbre del «K 2». La Prensa italiana concede el mayor número de posibilidades a Achille Compagnoni, uno de los más destacados participantes en la aventura. Sin embargo, no es más que una simple conjetura, ya que, según ellos mismos afirman, el nombre del héroe se encuentra en uno de los cuatro siguientes: Ubaldo Rey, Walter Bonatti, Lino Lacedelli y el mismo Compagnoni.

El profesor Desio ha callado hasta el presente momento el nombre del escalador que realizó la proeza; y, según todas las probabilidades, este nombre será cuidadosamente ocultado a la Prensa mundial. Es una decisión tomada por el grupo, una postura de pura hermandad ante el triunfo. La victoria pertenece al grupo, y es el grupo entero el que debe de participar en los honores del éxito.

## OTRA VEZ DE CARA AL MUNDO

No pensaban todavía en estos honores los protagonistas cuando la obra quedó culminada. Había algo más inmediato en qué pensar y a lo que poner inmediata mano: se trataba del descenso.

El descenso del «K 2» había sido desde antiguo uno de los más terribles problemas que se presentara a los miembros de anteriores grupos expedicionarios.

Desio había pensado reiteradamente en ello antes de decidirse a comenzar la ascensión. La manera de hallar con facilidad una vía de salida preocupaba al profesor milanés tanto o más que le podían preocupar los problemas de la difícil subida. No en vano existía el triste ejemplo de Wolfe, bloqueado con tres «sherpas» más en la montaña, sin que les fuera posible encontrar un camino de vuelta y así dolorosamente desaparecidos.

El problema del regreso encerraba, pues, riesgos mortales, tan grandes o mayores que los de la ascensión en sí misma. Si la expedición se hubiera visto perdida en un momento dado y fracasado su proyecto, era necesario que el grupo pudiera encontrar con rapidez el camino de retirada.

Atendiendo siempre a esta idea, Ardito Desio fué dejando marcado el camino de retirada. La inmensa cantidad de cuerdas acarreadas en el bagaje fueron dejándose fijas a la roca, señalando los lugares ya salvados en la escalada.

Es así como el descenso se ha podido hacer con tal rapidez, que los técnicos en alpinismo han quedado asombrados. Inmediatamente después de haber alcanzado la cumbre, el grupo comenzó a descender. Una fina niebla cubría la pared terminal, y el tiempo comenzaba a empeorar. Se hacía, pues, necesaria la vuelta e innecesaria la permanencia. Durante la noche del sábado 21, el viento sopló huracanado, las tiendas debieron de ser sujetas, ten-

sados los vientos. El viento llegó a alcanzar una velocidad superior de 150 kilómetros por hora; la nieve se amontonaba sobre el improvisado campamento...

Así que el domingo por la mañana se deciden a descender. El viento, al haber acumulado nieve y más nieve, había transformado enormemente el camino de descenso y lo hacía más difícil. Muchas de las cuerdas desaparecían bajo la nieve y el hielo. Otras habían sido arrancadas. Crestas puntiagudas aparecían al descubierto, en su hiriente roca viva, que el viento había desnudado.

Pero el descenso se realizó, triunfal, épicamente. Los escaladores cargaban con las pesadas mochilas de material, las bolsas de oxígeno, las tiendas... El domingo por la tarde la tempestad les sorprendió de nuevo; se hallaban entonces a una altura entre los 6.000 y los 6.500 metros, altura que según los expertos, debe considerarse de seguridad, por lo cual los expedicionarios se encontraron a salvo.

Echados los cálculos, la caravana había cubierto en un sólo día una etapa de 1.600 metros; es decir, una velocidad increíble, sólo posible con un perfecto conocimiento científico de la montaña y una habilidad admirable en los escaladores.

En los tres días siguientes se llegó a alcanzar el campo base, y desde allí, el profesor Desio envió un simple mensaje al mundo: «Todo bien».

## EL ESTUPOR DE LOS «GRANDES»

A la península itálica han ido llegando comunicaciones y más comunicaciones de todos los puntos del mundo. Familiares, amigos y compañeros de los felices conquistadores se sienten en estos momentos un poco protagonistas del magno acontecimiento.

En el Club Alpino Italiano, organizador de la expedición, se han recibido toda clase de felicitaciones. Unos de los primeros en telegrafiar para congratular a los expedicionarios han sido el coronel Hunt y sir Edmund Hillary, que el año pasado conquistaron el Everest. Al conocer la conquista del «K 2», Hillary ha manifestado que el acontecimiento suponía «una maravillosa noticia». Más tarde, la lista de felicitaciones se ha hecho interminable. La opinión de los técnicos al enterarse del triunfo de Desio ha sido que únicamente el valor y la preparación insuperables del grupo han podido vencer la enorme cantidad de dificultades que desde siempre se le han reconocido al Godwin Austen, y que han estado aumentadas en esta ocasión por la inclemencia del tiempo y las adversidades ya relatadas. En particular, los escaladores del Everest, que pueden apreciar, por su preparación, las dificultades de la victoria, han manifestado su estupor sin paliativo alguno.

«Es una magnífica conquista, una adquisición admirable», dice Erik Shipton, director ahora de una escuela de Alpinismo en Inglaterra. «Es una montaña extremadamente difícil, que presenta notabilísimos problemas técnicos», añade el mismo notable escalador, que conoce bien aquella zona por haber realizado estudios en aquel lugar los años 1937 y 1939.

## LA CAMPANA DE COURMAYER

Los guías, italianos también, pertenecen a familias modestas, de vida tranquila, en las que el hecho ha producido verdadera revolución. Padres, hermanos y demás han sido populares en un espacio de veinticuatro horas.

El primero en recibir la noticia por teléfono fué Emilio Rey, hermano de Ubaldo Rey, el guía de Courmayer. El hermano, también experto en alpinismo, quedó perplejo. Dió primero en asegurarse de la veracidad de la noticia, y, una vez convencido, cortó, casi bruscamente, la comunicación, y corrió a tocar la campana del Uffici de alpinistas para anunciar a todos la magna noticia, la noticia de que los alpinistas todos de Italia habían vencido en la cumbre del «K 2».

Pronto la noticia se difundió por Courmayer. Las calles de la pequeña villa bullían a continuación de gente que preguntaba, que inquiría, que discutía. Una de las cosas que más les preocupaba era saber quién había sido el primero en hollar la cumbre, y si este honor les había cabido a alguno de los dos hijos de la aldea: Rey y Viotto.

Poco después de saber la fantástica noticia, la familia de Viotto se retrataba sonriente: padre, dos hermanos y una hermana. Casi no creían en la realidad del momento. La madre, sobre todo, preguntaba asombrada:

—¿Volverá: volverá de verdad mi Sergio?

También Milán hervía de júbilo el día que se supo la noticia. Los centros oficiales ostentaban la bandera italiana en honor a la expedición Desio, e inmediatamente las autoridades quisieron enviar telegramas de felicitación oficial a los valientes alpinistas.

Sólo poco después de las diez de la mañana la señora Desio supo la noticia del triunfo de su marido. Presa de una gran emoción, puso dos telegramas a sus dos hijas, actualmente fuera de Milán, una en la costa adriática y la otra en Londres. El contenido era sencillo: «Papá ha vencido».

Y personalmente siguió contestando a todas las llamadas telefónicas que se recibieron en la casa.

## POETAS SIN PALABRAS

Algo hay de rotundamente poético en la empresa de estos alpinistas vencedores, y aun sin apurarnos, en la empresa de todos los alpinistas del mundo.

Algo hay de rotundo en su heroicidad desinteresada, sin público en el abrupto escenario que aplauda cada gesto. Hombres de hoy y de siempre que escuchan la llamada de la montaña, del mar o de las entrañas de la tierra y se unen en Dios. Anónimos ayer, héroes hoy, sacrificados mañana. No mueren nunca. Es una raza especial de poetas sin palabras, que, en nombre del hombre, investiga el misterio de la tierra.

El hombre que ha vencido a la montaña es tan sólo un símbolo: el de la Humanidad que interroga.

Maria-Jesús ECHEVARRIA

# APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

## 14 DE ABRIL, OCHO Y CINCO DE LA TARDE

### LAS ULTIMAS HORAS EN PALACIO



### ROMANONES CONCIERTA LA TRANSMISION DE PODERES

Por Francisco CASARES

LEGO el día 14, martes, tras de los jornadas agotadoras del domingo electoral y del lunes, en que se «mascaba» ya la inminente tragedia. A todos nos dominaba—para unos con regocijo; para otros, con amargura infinita—la plena convicción de que de día «no pasaba». La situación había de hacer crisis. La llegada del desenlace no se podía demorar más que unas horas. Los republicanos y los socialistas, se consideraban ya legítimos dueños del Poder. La chusma, enardecida, ebria de entusiasmo, se había lanzado a la calle, para gritar su júbilo. Cartelones, pancartas, litografías en que aparecía la gorda matrona con gorro frigio y una banda tricolor en el pecho, «ilustraban» las tumultuosas manifestaciones callejeras que se acompañaban, también, de los más procaces dictérios. Salí temprano aquella mañana de casa. Apenas había conciliado el sueño unas horas, porque me retiré, ya de madrugada, de la Redacción de «El Sol» y tenía que estar lo antes posible en la de «La Epoca», dejar ordenada la sección política—¡que tenía lo suyo!—y mar-



El conde de Romanones tuvo el encargo de negociar la transmisión de poderes en aquella fecha de 1931.—Derecha: Elementos izquierdistas proclaman la República el 14 de abril en la Puerta del Sol de Madrid

char a Palacio y a Gobernación. Además, ¿cómo iba a dormir, con la inquietud, con los nervios de punta? No creo que tenga que dejar constancia insistente y formal en estas Memorias mías de que yo era uno de los que no podían, en modo alguno, compartir el entusiasmo de los que habían ganado la partida. Mi condición de redactor de un diario conservador, monárquico, de orden, mis convicciones propias y hasta el modesto servicio que venía prestando al Régimen que se derrumbaba, al lado del Subsecretario, mi jefe y padrino, eran motivos más que suficientes para que estuviera profundamente afectado por el curso de los acontecimientos. Pero había, además, en mí, la visión anticipada de los hechos. Tenía la seguridad de que la República era la catástrofe; que se abría para España una etapa de luchas sangrientas, de discordias irreparables y que caminábamos indefectiblemente hacia el caos.

#### DOS REDACCIONES, DOS AMBIENTES

Era curioso el espectáculo, por sus transiciones bruscas, contrapuestas. Mi obligación me situaba, sucesivamente, en ambientes

y escenarios absolutamente dispares. Había pasado la noche del 13 al 14 en «El Sol». Allí, todo era euforia, alegría. Con algunas excepciones, los redactores se felicitaban del triunfo y no faltaban los que se veían ya ocupando altos cargos con la República. Don Manuel Aznar, el nuevo director, no había llegado todavía de La Habana. Estaba en alta mar, a bordo, cuando se proclamó el nuevo Régimen. El había sido llamado por los que acababan de comprar «El Sol» a Urgoiti, para dirigir un diario de significación monárquica, aunque de tendencia liberal. Y llegaría a Madrid con la República en marcha. La mayoría de los que formaban la Redacción—yo en realidad no estaba en su plantilla, a la que me incorporó Aznar, sino en la de la agencia Febus, a las órdenes de mi gran amigo, recientemente fallecido, Eduardo Ruiz de Velasco—estaban en las filas de la República. Y muchos de ellos se fueron, con Félix Lorenzo, a «Crisol», que se fundaba pocos días después. Pasé, como digo, aquella noche

Las Redacciones del periódico y de la agencia estaban juntas. No pude evitar el espectáculo de la algarazara, de los gritos jubilosos, y de los denuestos. Yo pensaba: ¿por qué esta gente no podrá exteriorizar su contento sin insultar y blasfemar?

En cambio, al llegar por la mañana a «La Epoca», la fisonomía de la Redacción era otra. Totalmente distinta. Las caras, largas. Los gestos, de visible contrariedad, y en algunos casos, de invencible temor. Todos me preguntaban, suponiéndome enterado, por mi puesto al lado de Marfil y por mi adscripción a un periódico de gentes republicanas: «¿Qué va a pasar?» Y la pregunta era, en realidad, inocente. Por lo menos innecesaria. En todos los ánimos estaba lo que iba a pasar. Redacté mis cuartillas, entregué el original al secretario de Redacción. Pérez Mateos, y salí corriendo hacia Palacio. Me costó ya mucho trabajo llegar hasta la puerta del Príncipe. Los grupos invadían las calles y ocupaban gran parte de la plaza de Oriente, sobre todo en el sector más cercano al regio Alcázar. Un escuadrón de Caballería—quiere recordar que de Húsares de la Princesa—se había situado en la explanada de Palacio, dando espalda, con los caballos, a la fachada de la calle de Bailén. Simbólico estar allí, como si se esperara una colisión, que no llegó, que no podía producirse. Las tropas se hallaban, en aquel lugar, como una salvaguardia moral. Pero nada más. La consigna era no disparar. En la puerta y en el zaguán había irusitada animación. Algunos de mis compañeros, los redactores palatinos, habían llegado ya. Y todos nos afanábamos por lograr noticias, que lógicamente suponíamos que habían de ser interesantes, sensacionales. Pero aquel día se hacía más difícil que ningún otro la labor informativa. Los personajes que acudían a Palacio no querían decir nada. Los que salían, después de haber estado en la cámara regia, se encerraban en un mutismo absoluto. La vida dentro del Alcázar, en aquellas horas finales de la Monarquía, tenía, por fuerza que ser diferente a la de todos los días. Estábamos seguros de que se forjaba nada menos que el epílogo de una institución secular y que se preparaba la marcha del Rey al extranjero, dejando para siempre su Patria y la casa en que naciera.

#### CONSEJO EN PALACIO. ROMANONES, GESTIONA LA TRANSMISION DE PODERES

Llegó el Presidente del Consejo, el ingeniero y caballero almirante Aznar. Fueron descendiendo de sus coches los Ministros, a los que la plebe, estacionada frente a Palacio, dedicaba ya, con desenfado que garantizaba la actitud silenciosa, impotente, de los agentes del Orden Público, sus dicterios a los Consejeros del Soberano, en trance de destitución. Llegaban, asimismo, palatinos, algunos amigos personales de Don Alfonso, como el doctor don Florestán Aguilar, al que vimos entrar y salir más de una vez. El general Cavalcanti, de paisano, cruzó también presuroso el zaguán. Luego se supo que había

mente al Rey y a proponer la resistencia. El duque de Maura, Ministro de Trabajo, estuvo dos veces, la primera para asistir al Consejo—último Consejo de Ministros de la Monarquía—y la segunda, para llevar al Monarca el texto de la proclama a los españoles, que Don Alfonso le había encomendado. Y, así, presenciamos aquella mañana el desfile, que acaso, de ser más firmes o menos acobardados los sentimientos de fidelidad y adhesión, debió ser mucho más numeroso.

Los Ministros dejaron pronto el regio Alcázar. No nos dijeron nada. Las preguntas de los informadores quedaban sin respuesta. Sólo en los esfuerzos por saber, por inquirir, por adivinar, pudimos enterarnos de que el conde de Romanones llevaba, al término de su visita a Palacio, una misión que podía ser definitiva: la de entrevistarse con el jefe de las huestes triunfadoras, don Niceto Alcalá Zamora. Se ha relatado muchas veces la entrevista en el domicilio del doctor Marañón. Yo no perseguí esa noticia. Mi misión estaba en los que todavía eran ámbitos monárquicos. Pero en Palacio supimos que la conferencia—que había de ser histórica—en casa del ilustre galeno se iba a celebrar. Y dimos noticia telefónica de ello a nuestros periódicos para que otros reporteros se pusieran en actividad. Por lo demás, terminó la jornada como otro día cualquiera.

Me fui al periódico. Terminé de despachar mi sección y acudí, todo lo prestamente que la turbamulta me lo permitía, a Gobernación. Allí estaba, en su puesto, con la misma serenidad que había demostrado en las jornadas precedentes, el Subsecretario. Le pregunté. Me confirmó lo que yo sospechaba desde que llegué por la mañana a Palacio. La salida del Rey era cosa resuelta. Marfil había llamado a Mola y a Sanjurjo. Estaba en comunicación también con el duque de Miranda. Se disponía telefónicamente la marcha. Se organizaba el que había de ser postrer viaje de Alfonso XIII por las tierras del país que había regido casi seis lustros, y cuya vida estaba a punto de entrar en una nueva, decisiva fase, que sólo Dios podía saber a dónde nos llevaría a todos.

#### LA PREPARACION DEL VIAJE DEL REY CAMINO DEL DESTIERRO

Una de las conversaciones telefónicas la escuché, porque Marfil la mantuvo en su despacho delante de mí.

—Sí, a Cartagena—decía el Subsecretario—. Es lo mejor... Le acompañará Rivera, el Ministro de Marina... La estación de Delicias, no obstante, estará dispuesta, como si fuera a salir por ella hacia Portugal. Es necesario despistar... ¿La hora?... Al caer la tarde... Pero cuanto antes, mejor... Sí, está todo acordado, lo que se demore, es aumentar el peligro... Llevará otro coche detrás con provisión de gasolina... Hay que evitar que puedan negarla en los surtidores del camino... Sí, he hablado ya con Sanjurjo... Todo está previsto...

Tres hombres—los tres han desaparecido ya; los dos gloriosos generales, con una mujer parecida,

de servicio; mi jefe y gran amigo, en San Sebastián, la consecuencia de una enfermedad nerviosa, cuando faltaban sólo unos días para la liberación de Madrid, que esperaba con ansiedad—se ocuparon de los preparativos de la salida del Rey. Sanjurjo, Mola y Marfil, que estuvieron en sus puestos hasta el último instante.

#### ACTITUDES, REACCIONES, CONDUCTAS

Almorce con Marfil en el Ministerio. La comida fué sobria, rápida y no tengo que decir que triste. Apenas hablamos. Yo respetaba el estado de ánimo de don Mariano, que no distaba mucho del que a mí me embargaba. De todos modos, con la confianza que siempre depositó en mí, me refirió las incidencias de la jornada. La situación de orden público no era todavía alarmante. La gente por el momento se contentaba con vociferar, con sus expresiones de desbordante júbilo y con sus imprecaciones soeces para lo que había sido derrocado. Pero si se dilataba la transición, podía impacientarse la chusma. Y la fuerza pública no haría nada por evitar los posibles desbordamientos. El Rey había dicho reiteradamente que quería evitar derramamientos de sangre. Me contó, también, la actitud de los Ministros. El nuestro, el marqués de Hoyo, no decía apenas nada ni tenía realmente una intervención decisiva en los episodios que se iban desarrollando. Era menos político que los demás miembros del Gobierno y no representaba, como alguno de ellos—Romanones, Alhucemas, Cierva, Bugallal, Maura—, equipos o partidos. Los que se mostraban más partidarios de dar por finiquitada la etapa monárquica, de ceder el paso a los ganadores de las elecciones municipales y supeditarse a la «voluntad popular», eran Romanones y García Prieto. Los militares estaban dispuestos a lo que se les mandase. Berenguer, en Guerra, y Rivera, en Marina, obedecerían. Bugallal y Cierva eran decididos partidarios de resistir. Mantuvieron, en el Consejo en Palacio, y en las conversaciones que habían tenido durante las tres jornadas transcurridas con los demás Ministros y otros elementos políticos y militares, que la lucha electoral no se había planteado para decidir el régimen que debía establecerse o perdurar en España. Y que los motines y las algaradas se dominarían fácilmente, como tantos otros disturbios que habían sido sofocados por la fuerza pública y por el Ejército. Se habló de la conveniencia y oportunidad de declarar el estado de guerra y hacer frente a la situación con todas sus consecuencias. Pero la mayoría era partidaria de la aceptación de la derrota y de la entrega del Poder. Romanones la había ya pactado. La suerte estaba echada y las cosas no tenían otra salida.

#### LA REPUBLICA AVANZA— NUEVAMENTE A PALACIO

En Gobernación se tenían pocas noticias de las actividades de los republicanos. Realmente era lo que menos interesaba. Si la solución y el desenlace habían de ser los que se preveían, ya llegaría todo en su momento oportuno. De

provincias se iban recibiendo informes que venían a tener el mismo cariz de lo que estaba ocurriendo en Madrid: algaradas, manifestaciones callejeras. En Eibar, se había proclamado la República, y en Barcelona se colocaban banderas rojas o republicanas en los edificios. En Madrid, unos mozaibetes con la colaboración de funcionarios de Correos y Telégrafos habían izado, también, una bandera tricolor en el balcón central del Palacio de Comunicaciones. Pero nada grave había sucedido. Algunos encuentros aislados, en tal o cual población, entre los agentes de la autoridad, menos remisos al papel que les correspondiera, y los manifestantes. Y, en general, calma expectante.

Me habló Marfil, durante la breve comida y en la charla de sobremesa, en su despacho, de las distintas reacciones y actitudes. Analizó conductas y se refirió a gestos y a decisiones personales.

—Y usted, ¿qué piensa hacer? —le pregunté.

—Yo ¿qué he de hacer?... Estar aquí, al pie del cañón, hasta que me releven.

No pude evitar la expresión de mis temores:

—¿Y si hubiera un asalto? ¿Y si entrasen aquí las gentes que gritan abajo en la Puerta del Sol?

—Pues, aquí me encontrarían. No puedo desertar. No olvide usted que yo soy militar. Creo que, aunque no lo fuera, entendería así mi obligación.

Y me animó:

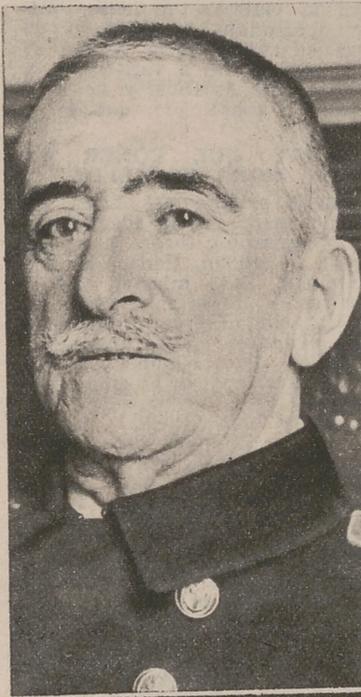
—Váyase usted a la suya...

Acaso en esta indicación estaban incluidas su voluntad y su deseo de que a mí no me sucediese nada, si es que algo desagradable tenía que suceder en el Ministerio. Yo me resistía. Nunca he presumido de valiente. De serenidad, sí. La revolución, los días amargos y dramáticos del Madrid rojo, y mi evasión—cosas y episodios de los que hablaré, detalladamente, en el oportuno lugar de estas Memorias—pudieron demostrarme a mí mismo, que si no soy intrépido, tengo esa otra condición: la de ser sereno y tranquilo. Pero Marfil insistía:

—No se olvide, Casares, de que es usted redactor de Palacio y que «La Epoca» debe dar esta noche una buena información. Es preciso que alcancemos la noticia de la salida del Rey. Y no se olvide tampoco de que si aquí soy su jefe, también lo soy en la Redacción del periódico. Yo le pido, le ordeno, que vaya a cumplir con su deber. Desgraciadamente ese deber ya no está aquí. Nos veremos esta noche. Si no me encuentra ya aquí, cuando termine, vaya a mi casa. Sus auxiliares se encargarán ahora de recoger mis papeles y los de usted. Y ya nos ocuparemos, tranquilamente, de ordenarlos cuando pase «todo esto».

No tuve opción. Me despedí de Marfil y me encaminé a Palacio Real. Todavía Real por unas horas. Me costó mucho más trabajo que por la mañana llegar. Lo invadía todo una masa que iba creciendo por instantes. Era imposible abrirse paso a codazos. Enseñar un carnet hubiera sido ilusorio. La fuerza pública, que había pasado ya a la posición de testigo mudo de los hechos, no podía tampoco ser una ayuda en aque-

llas circunstancias. Con grandes apuros, tardando casi una hora, arribé, al fin, a la puerta del Alcázar. Y allí a esperar. No pasó nada saliente durante las primeras horas de la tarde. Gentes que llegaban. Gentes que salían. El escuadrón de Húsares, en su puesto, en la misma actitud inactiva que por la mañana. Y la turba, enardecida, queriendo avanzar, en una oleada humana de flujo y reflujo, pero sin llegar a extralimitaciones peligrosas. Con ese movimiento de avance y retroceso y el enronquecer de las gargantas, se conformaban.



El almirante Aznar, quien entonces, 1931, ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros

### ¡OCHO Y CINCO MINUTOS!—HA MUERTO LA MONARQUÍA ESPAÑOLA!

Así transcurrieron las horas. Parecían inacabables. Desesperantes. Hacía las siete se notó más agitación en el interior. Poco era lo que se podía advertir desde el zaguán, pero algo nos indicaba que se estaba en los prolegómenos de la marcha. Los jefes de Palacio cruzaban constantemente presurosos y cariacontecidos, desde la puerta del ascensor hacia Mayordomía y la Intendencia. Otros se dirigían, atravesando el patio central, a las habitaciones llamadas del duque de Génova, lo que nos permitió colegir que el Rey iba a salir por la «puerta incógnita», para cruzar el Campo del Moro y abandonar la regia posesión por la Casa de Campo, hacia la carretera. A las ocho la animación precursora se hizo mayor. Y cinco minutos después—las ocho y cinco en punto de la tarde—salía de Palacio y se dirigía a la rampa del Campo del Moro, por detrás de las Caballerizas—que ya no existen—un coche descubierto. En él, con guardapolvos grises y grandes gafas, seis guardias civiles. Junto al que conducía, en el «baquet», el sargento que man-

daba siempre la escolta de Su Majestad. Era el dato que nos revelaba la triste realidad del momento, de un momento histórico, de incalculable trascendencia para los destinos de España. El Rey había dejado Palacio. Dentro de unos minutos habría dejado también Madrid. Unas horas después, España. La Monarquía secular había sucumbido.

### SOLO «LA EPOCA» ALCANZO LA NOTICIA. — TODO HABÍA TERMINADO

Corrí a un teléfono. Desde los de Palacio estaba prohibido hablar. Aunque las cosas habían cambiado, acababan de cambiar para siempre; los ujieres y subalternos mantendrían su obediencia a la orden. Era imposible intentar la utilización de uno de los teléfonos palatinos. La llegada hasta el café Español o hasta una portería de la calle de Pavía, más allá de los jardinitos del Cabo Noval, donde también había aparato telefónico, era empresa difícil. Pero no había más remedio, fuese como fuese, que llegar. Y dar la noticia. Era fundamental para mi periódico. Por otra parte, aunque con menos ganas, tenía que comunicarla a Febus también. Nueva lucha con las masas apretadas, imposibles casi de perorar. Y, al fin, el teléfono en mis manos. Dicté la noticia a un copañero de la Redacción. No podía contener la emoción que me domaba, y creyó que dije, casi llorando, esto:

—A las ocho y cinco en punto de la tarde Su Majestad el Rey, acompañado por el ministro de Marina, almirante Rivera, y el mayordomo mayor, duque de Miranda, ha abandonado Palacio, dirigiéndose hacia el puerto, donde embarcará para Francia.

No dije que ese puerto era Cartagena. «La Epoca» saldría unos momentos después, y aunque yo estaba persuadido de que sus lectores no eran de los que podían comunicar la noticia a otras ciudades y dar lugar a un incidente desgraciado, y aun convencido también de que las cosas se saben inmediatamente, me pareció prudente silenciar lo que sabía. Los demás periódicos de la noche, ya en la calle, no alcanzaban la noticia de la salida del Rey. La versión se haría pública en los diarios de la mañana. Yo había estado, poco antes, con Marfil y conocía las precauciones con que el viaje se había preparado. Incluso la maniobra para despistar, de organizarlo todo como si fuera a marcharse en tren por la estación de Delicias.

Di, pues, en esa forma la noticia. Y así la publicó mi periódico, único de los de la noche que insertó esa trascendente información: «El Rey Don Alfonso XIII se había ido de España.»

Los soldados de caballería abandonaron la explanada. Los vociferantes se aproximaron más a Palacio. El grito más repetido era éste: «No se ha marchado, que lo hemos echao...» La Monarquía española, secular y tradicional, había fenecido. Todo había terminado. Lentamente, deprimido como un borracho, sin seguridad en mis pasos—ni en los pasos futuros de mi Patria—los encaminé hacia Gobernación.

YO no sé si la ciudad de Avila tendrá otras perspectivas. Lo que no se puede dudar es que las murallas, mil años de piedra edificadas y sonora, están presentes en cada paso que se da. Son ellas, al fin y a la postre, las que cierran y abren los caminos. Las que recortan con su trazo, con su límite de pica y vencejos, los puntos cardinales de la ciudad. He aquí, pues, la razón importantísima y profunda de tener que hablar, necesariamente, de las murallas de Avila.

Estamos ya en el centro de sus soportales: en la plaza de Santa Teresa, que, viajera en lo alto del monumento, desafiadora de soldados, no teme mirar de igual a igual a la historia de Avila. Este centro del paseo abulense es lo que aquí en la ciudad, recordando pasadas albricias y mercados, se llama, simplemente, «el Grande».

De este centro primero de nuestro paseo, de nuestro contacto con Avila, pasamos a la alta fortaleza religiosa de la catedral. El maletero quiere ir al hotel a dejar, entre las maletas turísticas del día, la mía de las revueltas camisas y los libros y la negra y pequeña de la máquina de escribir.

Mientras él va yo no resisto la tentación de ver, ahora, inmediatamente, la gran iglesia, la muralla hecha iglesia, la catedral, que es también, en medio de tantas y tantas torres, el centro de gravedad de todo el ancho y conjunto bélico. Catedral que es también muro, paño y entrepaño y pañería de metros y metros de espesor de muralla.

Al entrar en el ancho zócalo en la inmensa plaza, que no otra cosa es ese gigantesco y hermoso trascoro de la catedral, siento una necesidad de frotarse las manos y aventar el frío con un paso gimnástico de losa a losa. En la iglesia, a esa temprana hora, no hay nadie.

Sólo ustedes y yo y una viejecita alerta, despejada, alegre, guños para. Una viejecita rezadora y casi de fábula que sin pensar si la catedral puede ser para nosotros una gran emoción de museo, atajadora de turistas mañaneros, nos dice: «Aquí no hay Santa Misa; en San Juan, en San Juan». Y lo dice, además, con un acento perfecto, con un acento redondo y sin réplica. Para la viejecita abulense, primer personaje maravilloso de estas cuartillas, a la iglesia se va a rezar y no a ver. Se va a lo vivo, que es Dios, y no a lo muerto e inanimado, que es la piedra.

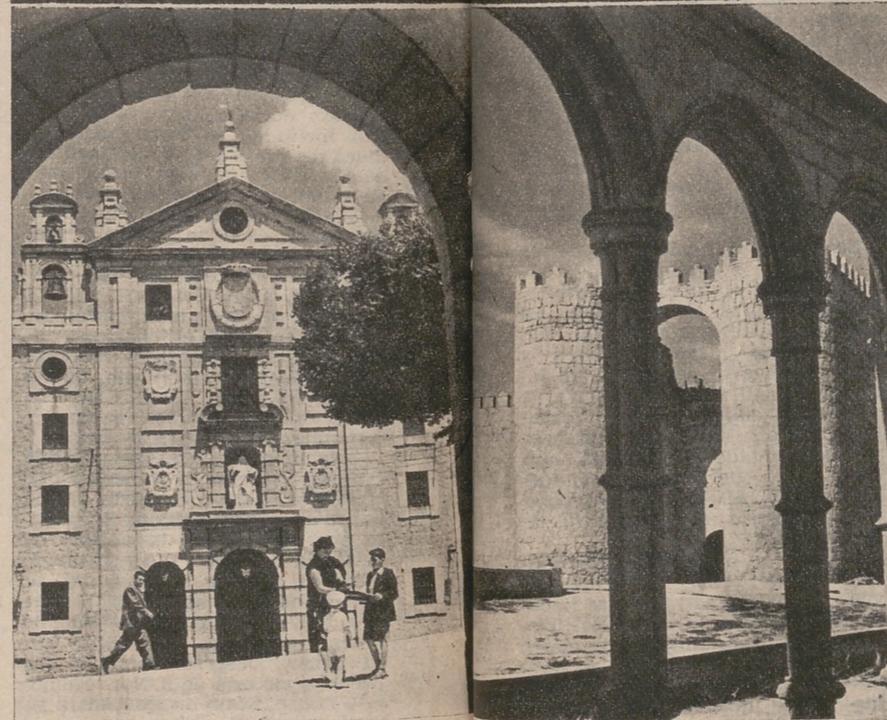
## HAY QUE PONER EN HORA EL RELOJ

Cuando salimos del hotel no sabemos nadie, ni ustedes ni yo, si es temprano o tarde. Si las horas de la ciudad tienen, en sus campanas, las mismas horas nuestras. Y no se sabe tampoco, en esta ciudad para el milagro, para el apunte de los muertos y vivos que debiera haber pintado en un gran cuadro el empedrado de Toledo, Theotocopuli, «el Greco», si hemos llegado con el alba o con la anochecida. Que toda Avila, ahora, en este momento, esponja el gran asalto de las campanas. De las campanas grandes y de las campanas chicas. De las campanas para el cañón y de las campanas para el Angelus. Que la ciudad entera, hundida en el vuelo fabuloso y sin descanso de millares de vencejos, parece disfrutar y esmerarse en ese su vaticinio campanudo. No hay más que ver a la gente para saber que ella conoce, en ese vago tender la vista hacia un lado o hacia otro, el campanario justo. Que conoce el itinerario de esas grandes cigüeñas, con su vuelo pesado de viejo «Junker», que cruzan el cielo de Avila con el mismo aire, entre cansino y apresurado, de las mujeres que se han retrasado en la plaza.

Andamos, ahora, por ese río seco que es Avila, por esas calles que son el cauce pedregoso de un agua que no existe, pero que uno busca y busca entre la piedra. Comienzan a aparecer ya, entre el rubio sol, los primeros turistas verdaderos. Los primeros hombres y mujeres de la camisa a cuadros. Los «Cadillac» negros, largos, como lo fueran en su día los troncos negros que arrastraban la diligencia y la carroza, sufren inesperados sobresaltos en cada subida. Se ve no están acostumbrados para este trote. Para este paso a paso. Por eso la ciudad hace ir y venir por todos los caminos, con alforjas cortas para la leche, y con grandes cuévanos de vara para los frutos, el animal de los animales: el noble asnillo. El borriquillo pelilargo, el «Platero» inocente, el asno suave y pelicorto es el señor de las duras y ásperas subidas que se inician allá por lo que fué el barrio mo-



# AVILA, PIEDROQUE VUELA



ro. Me he detenido muchas veces a su lado, en su inalterable y quieto reposo, para ver cómo le sentaba tanto ir y venir. Parece que bien.

Da pena, de todas formas, que estas grandes ciudades españolas, estas ciudades ejemplares, sean desconocidas por los españoles. Un gran grupo de viajeros rubiales, alegres, estudiantes con Kodak y tomavistas, se han metido con nosotros en el pequeño huerto de la Santa. Y la Santa, obvio es decirlo, es Santa Teresa.

Arriba: La general de la ciudad con sus murallas que limitan los cuatro puntos cardinales. Abajo: El convento de la Santa y la puerta del...

ce, era donde la Santa jugaba a los conventos con su hermano». Y extiende, ante la concurrencia un poco asombrada, una mano señaladora del minúsculo jardín, que se conserva igual que era en su tiempo. Dos inglesas, rubias y un sí o no extáticas, le miran encantadas. «En su deseo de imitar a los santos—dice el guía—concertó con su hermano ir, a tierras de moros, a ser descabezados.» Y añade, humilde y familiarmente, «era muy terca: al fin y al cabo fué la gran santa española». Y vuelto hacia mí, alerta y despejada la maliciosa y alegre cabeza que debió ser rubia, me dice: «Español, ¿verdad? ¡No hay como España!» Y salen sus palabras, la retinta goyesca de sus frases, con un ademán cantarín e inocente. Entreveradas todas sus imágenes a un paso ligero y gracioso.

Mi amigo Juan Aurelio Sánchez Tadeo, el perfecto guía de la ciudad, el que la sabe y la conoce descubriéndola un poco cada día, aprendiéndose cada mañana la lección como si fuera nueva, me cuenta cosas fabulosas y limpias del lego.

—Este hombre que ahora está en la iglesia de la Santa, al lado mismo donde anduviera aquélla sus primeros pasos, ha sido el perrero de la catedral.

—¿El perrero?

—Bueno, el encargado de que no entren en la catedral los perros.

No sabe uno, ciertamente, con toda piedad y con toda alegría, qué misterioso y plácido y tiblo destino el de ese hombre, guerrero de una grey de palo contra perro, hombre de oficio de otras épocas, que parece colocado perfectamente, al término de su vida, en esa su afanosa tarea de enseñar sin poder, y pudiéndolo al fin, la vida de una castellana recia, de una castellana pura e inigualable, a la que se le aparecía el Niño Dios con estas palabras: «Yo soy Jesús de Teresa».

Además, me dice Tadeo, tiene ocho hijos, a los que ha dado estudio y a los que ha hecho religiosos. Ocho hijos religiosos, en un hombre que vive de limosnas, en un lego bajito y rubicundo, que ha espantado los perros con un palo, tocado las campanas y corrido detrás de la malicia de los «otros» niños, es toda una colosal epopeya. Yo le mire en el momento justo en que se despidió de las inglesitas, de los norteamericanos fuertes, anchos y demasiado anchos, y tengo ganas de entrar de nuevo y recorrer otra vez el camino. «Aquí era donde la Santa construía ermitas con piedrecitas del jardín...»

## LA ATRACCION DE AVILA

He llamado por ese teléfono semiautomático del que protestan los abulenses a un viejo amigo. A José Ignacio Sordo

Todo en Avila es historia concentrada. La piedra rige todos los caminos

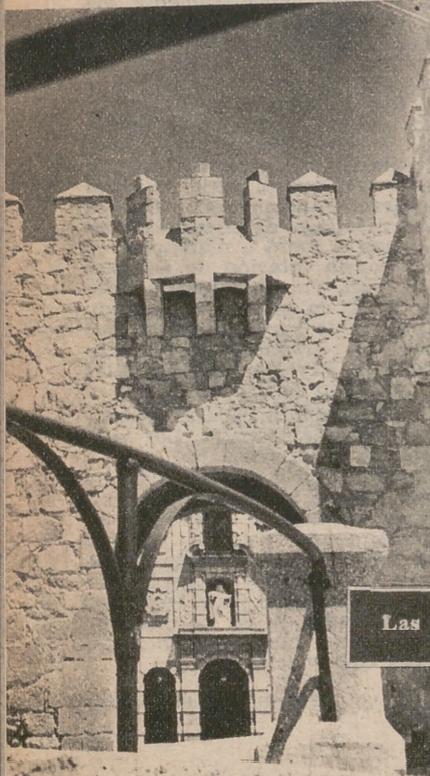
Molino, que lleva en Avila, hombre nacido en el Norte, la buena ventolera de los once años. Comemos los dos juntos, un plato frente al otro, las «gambas al ajillo», las gambas picantes y demasiado amigas del vino tinto, que por lo que he visto las ponen aquí de la forma que le gustaban al picaro de los picaros: a Estebanillo González el lego-romano del siglo XVI, y hombre siempre al lado de la bota.

Yo le pregunto por todo. Por su vida, que está ya plenamente entremezclada con la vida de Avila, y por la atracción de ésta. «Los que vienen—dice—, se quedan».

La provincia de Avila y aún la misma capital está por descubrir. No es todo nieve, ni frío. La provincia de Avila—canta Sordo—es fabulosa. Tenemos «ese «tenemos» suasorio y posesivo de los que están en casa— todos los frutos. De la región del trigo, a la región del tabaco y el algodón. Desde la altura de Gredos, hasta el mediodía casi extremeño y toledano de la «Andalucía de Avila».

## LOS QUE SE QUEDAN

Toda la ciudad está traspasada por el paso de los que se quedan. Sobremanera artistas. A los artistas, repentinamente, les asalta ese veneno sutil, ese hondo sortilegio de la ciudad quieta y silenciosa. Por sus calles, la «gancha» en la mano, el fuerte bastón de la tierra, anda y anda Guido Caprotti, el pintor italiano que tiene en Avila hasta un palacio: el palacio de Superunda, al que, por cierto, ha ido descarnando de las excrecencias del tiempo para dejarlo y convertirlo en la estampa que tuviera primitivamente. Guido Caprotti, con su visera y su porte erguido, que el otro día, en la pastelería de las «yemas de Santa Teresa» (la fórmula que según los abulenses



Las murallas en Avila están presentes a cada paso

han venido a comprar y a imitar desde todos los sitios, y, naturalmente, sin conseguirlo), tenía, como cualquier hombre de Avila, su tertulia. Allí, en el fondo de la tienda, estirado el gran corpachón, Guido Caprotti venía a ser uno más de los conquistados. Oficialmente viene en el verano, pero ya está aquí desde la primavera. Y con él, en esa familia de artistas incorporados a la ciudad está la mujer, dedicada a la miniatura, y un hijo escultor. Todos ellos, en el cinturón de piedra del palacio, representan, con nombres de todas latitudes, la presencia y la enseñanza del hechizo. Aquí llegan Chicharro, López Mezquita y una ingente, tensa y solícita peregrinación de los enamorados que vienen, como en los noviazgos entre semana del estudiante, a levantar la llama. Pero hay un nombre, sobre todos los demás, y fuera, naturalmente, de las dos figuras mágicas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, que circula como un aroma, y penetrante, por toda la ciudad. Este nombre es el de Enrique Larreta.

#### LA CIUDAD LITERARIA

La vida de una ciudad como Avila, ciudad hecha de un contorno inalterable, cerro amurallado que no deja perder ni uno sólo de los toques de las campanas, tiene que tener, y tiene, una emoción literaria. A tal punto es así, hasta tal punto es literaria y milagrosamente literaria la ciudad de Avila, que siente uno, el forastero, la sensación de vivir bajo un gran decorado de piedra, bajo una perfecta y espléndida representación de los Teatros Nacionales. Y no es, naturalmente, porque la vida abulense no sea sincera. Sino que todo lo de Avila, aun esa peregrina presencia acuciante de las murallas, tiene algo de extraño. Paseemos, para verlo, por el paseo del Rastro.

Es el paseo del Rastro, quizá sin comparación en el mundo, uno de los lugares más asombrosos de la tierra. Situado en la parte sur de la muralla, y al abrigo de ella, tiene ante sí el valle Amblés. Allí, en el fondo, porque el paseo es un mirador alto, extendido y verde, con los bueyes negros y rojizos a lo largo de un río quieto, el Adaja, el valle Amblés es un prodigio excesivo. Es un alarde de belleza bucólica que estremece un poco. Pues bien, en ese paseo, cortado de la roca viva, se sientan tocando la muralla con las manos, entre millares de vencejos, las gentes de Avila. Y no creo pueda existir mayor contraste, mayor decoración, que el gigantesco paño de muralla que ve, pacífico, como respaldo de una gran silla señorial y aguerrida, el paso de sus hombres. Esa situación de fuera de la realidad, de coser allí y de amarse allí, tiene que crear una porción de vida irreal y literaria, aunque él no lo sepa, en el abulense. Por eso, Enrique Larreta, el escritor argentino que creara a gran presión la novela histórica de una vida del tiempo de Felipe II, «La Gloria de Don Ramiro», sitúa los personajes y las leyendas, la verdad y la mentira, la ficción y el aliento, en Avila. Por eso, también, Enrique Larreta es

uno de los pocos escritores que tienen en una ciudad, viviéndose por sus habitantes, el gran cuadro de la novela creada

#### LOS BARRIOS QUE ESTAN FUERA DE LA MURALLA

Si dentro de la muralla se guardan los palacios y las campanas, fuera, por un lado y por otro, se extravierte la milagrosa vida humana de los que ocupan, casi en sus mismos asientos, los barrios moros y judíos. Hay que bajar, y ya estamos bajando, las pendientes y pedregales rutas del borriquillo que carga las ollas cortas de la leche. Y ya abajo, en la plaza del Rollo, en el barrio de Santiago, de fiesta y de cohetes estos días, la mirada hacia arriba se encuentra con la encandilada perspectiva de la muralla íntegra. Y más lejos, con mayor distancia, los ojos abarcan una impresionante visión: la ciudad es un muro, con su escolta de torreones y, dentro de ella, lo único que sobresale y vive es la arquitectura de la catedral. La catedral, que es el primer torreón vigilante. La primera de las crestas de piedra.

#### EN LA POSADA DEL TIO GORECHI. — LA VIDA HUMANA

La posada del Tío Gorechi, vieja casa burguesa, soportal con escudos, es el lugar de reunión y acomodo de las bestias de los tratantes que, todos los viernes, vienen al «mercado chico». Esta casa, en la plaza de la Feria, fuera de las murallas y en medio de un barrio popular y jubiloso, ha sido uno de los grandes hallazgos del buscar y el buscar por Avila la vida humana, la vida de las gentes.

Dentro ya de la casa, pisando las losas que han visto varios siglos, nos encontramos, otra vez de nuevo, con la verdad y la ficción. La hija de Tío Gorechi, que tiene ese sobrepeso y ese andar ligero que suelen tener a veces las recias mujeres que no se rinden a la edad, nos va enseñando la casa. «Aquí—dice la mujer, que tiene ya el pelo blanco, pero una fresca y alegre mirada azulena y jovial—en esta cuadra era donde dormían los soldados moros.» Y así lo dice, como si en ese mismo momento los durmientes moros levantaran, al lado de las mulas que cabecean en los pesebres, la morena cabeza. «Aquí—y señala con su gordezuela mano—es donde se bañaba la mora de que habla Larreta.» Con un asombro sin límites, bañado de la peregrina y fantástica suerte que nos ha llevado al corazón mismo de la aventura, voy extrayendo del saco sin pozo de la mujer, la trahazón de la vida con la novela. El pozal, el «baño de la mora», de piedra carcomida, ha sido cubierto, en su parte interior, de una capa de cemento para lavar la ropa, pero sigue teniendo ese noble peso antiguo. Por cierto que en la conversación la hija del Tío Gorechi se lamenta mucho de «no haber podido terminar de leer «La Gloria de Don Ramiro», porque me la quitaron. Pero fui reconociendo, hasta donde leí, todas las estancias.» Y está feliz y alegre la buena mujer de la gran ventura. El poeta Sánchez-Tadeo, que va conmigo, se brinda a traerle un

ejemplar, pero yo imagino que habría de hacerse uno para ella sola. Un ejemplar de Larreta, con firma del autor, para quien levanta, ante el viajero, el misterio de los personajes vivos y muertos. La posada del Tío Gorechi es, pues, uno de los escenarios reales de Larreta.

#### LA MUJER DE TIO GORECHI

En esta prodigiosa Avila, en esta prodigiosa ciudad que, aparentemente, no se mueve, circula una soterrada corriente de vida que, cuando se ausulta, sorprende. Quizá sea ése el secreto de su hechizo último. Por eso el hallazgo y conversación con la mujer de Gorechi, vida auténticamente oculta y casi desconocida para la ciudad (que, como máximo, ha oído hablar de ella), es uno de los mejores encuentros que caben hacerse. Entren conmigo.

La cocina ha variado de lo que fuera en su tiempo. Han colocado, donde estuviera el ancho hogar, una cocina corriente y vulgar. Una cocina para guisar los nuevos guisos, la carne sin pimienta. Pero Anita Puche, la mujer del Tío Gorechi, ha impedido que le arrebatan todo el viejo hogar. Por eso se conserva para ella, prodigiosamente entremezclada con su vibrante personalidad, un resto de lo que fuera la antigua «lumbre». Una ancha y tremebunda campana, negra y renegrida, retintada del negro del tiempo, baja hasta acercarse a Anita Puche. Tiene la mujer ochenta y cuatro años y está ciega. Colocada en su rincón, con el pañuelo negro atado firmísimamente a la cabeza, se presenta ante nosotros, sin trampa ni cartón, entre el humo ardiente de la paja, un fresco y vivo agua-fuerte de Goya.

La mujer, al hablar, da vueltas y vueltas a la «gancha», a la garrota, como si fuera este ininterrumpido girar el que pone en marcha misteriosamente su memoria. Una memoria altiva y fresca, que está pendiente de todos los detalles. Una memoria de ochenta y cuatro años de trabajos. Un gato minúsculo, un gato gatito, olvidado del mundo, aun de la leche que se ahuma al fuego, intenta perseguir y atenazar el movimiento ininterrumpido de la «gancha».

«Tengo la memoria y los sentidos cabales—dice—, sólo que no veo.» Pero mira firmemente hacia nosotros. Hacia nuestra voz. Tiene una cabeza limpia, en cierto modo desecada, dolorida y serena, que impresiona. Las manos, las manos que dan vueltas como una devanadera a la «gancha», son unas manos increíblemente finas y firmes. Unas manos, en cierto modo, amarillentas y sin peso.

Anita Puche nos vuelve a hablar de la casa: «A ver si acierta usted con el tesoro». Y he aquí, con toda su peregrina instancia, toda la novela en marcha. «Que hay aquí—dice la mujer, tranquila, sonriente, fuera de la vida—, que hay aquí; pero a saber...»

#### LOS DOS TESOROS DE GORECHI. — LA HERENCIA DE LA PUCHE

En esta pobreza limpia que

esas seis hijas que dejara el Tío Gorechi, y que se han ido casando y levantando la casa a pulso. todas, se puede decir, rodean y cercan este rincón del hogar. Como el gatito y la yesca y la paja, alrededor de Anita Puche sigue funcionando en todo su rigor la existencia. «Hace un momento, en ese mismo banco que está usted sentado, estuvo Guido Caprotti. Es muy campechano, pasa por ahí y viene a sentarse junto al fuego. Nunca permite que le traigan una silla, sino siempre ahí, en el banco.»

De la leyenda o la realidad del tesoro del moro pasamos a la no menos y fantástica de la herencia de América. Anita Puche, la mujer del Tío Gorechi, es prima carnal del español millonario Faustino González Puche, que ha muerto recientemente en Santiago de Chile. Esa herencia, terriblemente disputada en Alicante, es el segundo tesoro medieval de esta mujer. Con una sonrisa abierta, lenta, que se asoma a los ojos, la mujer señala esa constante de la fortuna: «Esperamos la fortuna, nos ronda, pero no acaba de venir.»

Cuando le pregunto por el origen del apellido Puche me contesta: «El abuelo era de Monóvar, de Alicante. Yo debo ser de los más directos parientes de Faustino González Puche.»

Cuando el fotógrafo lanza sobre nosotros el relámpago de su luz, la mujer se lamenta: «Debería de haberme puesto guapa.»

Al despedirnos quedan pendientes dos promesas: el envío de un ejemplar de «La Gloria de Don Ramiro» y otro de «El Español».

#### ITINERARIO EN TORNO A LA CIUDAD

Dando la vuelta a las torres, girando entre el duermevela ejemplar de la muralla, seguimos el rumbo de los barrios que están fuera de ella. Así hasta que el peregrinar nos lleva, junto al río mismo, a la iglesia románica de San Segundo, primer obispo de Avila. En el río, los pescadores, tres y no más, saltan de piedra en piedra. Un polvillo de espuma entierra los pies. Y también aquí, en esa cosa tan sabida que suele ser un río, volvemos a encontrarlos con la leyenda. Me dice Tadeo, el cronista pequeñín de la ciudad (que hay otro grande y oficial), el Tadeo amigo de todos y de todos amigo, que en el Adaja se pesca un pez que no se corrompe. Un pez con el fácil y divertido nombre de «cachón», que colgado con tripas y todo, se conserva sin señal aparente de corrupción. Gaspar Moisés Gómez, otro poeta de la revista «El Cobaya», eterno debelador de los versos de Tadeo, no quiere ser menos en esta ocasión. «Yo no creo eso de ninguna manera —dice—» Y ya está, otra vez junto al río, la discursión de sí Garcilaso o Alexandre.

La parte norte de la ciudad es, de todo el circuito, por donde asoma, un sí o no tímido, pero certero, el crecimiento de una Avila moderna. En esa parte, la más débil militarmente de la plaza, en la plena y rigurosa corteza de la tierra sin murallas se está levantando un grande, moderno y hermoso seminario. Y

en torno a las campanas, se ha ido edificando en el transcurso de estos últimos años barrios nuevos de trabajadores en los que, por cierto, se hiciera la experimentación social de la prestación de trabajo de los propios inquilinos. La Obra Sindical del Hogar, el Patronato «Francisco Franco» y el Ayuntamiento son los pecheros en la construcción de estas nuevas obras.

Más allá, al fondo del paisaje, limpiamente elegante y sobrio, se levanta lo que ha de ser un Colegio de Huérfanos de Ferroviarios. Dicen que dará alojamiento a trescientos muchachos. Sea lo que sea, invisiblemente, desde el Seminario al Colegio, se establece, idealmente, un nexo de futuras edificaciones. La ciudad, la ciudad quieta y milenaria, terminará por no caer en las murallas y, como los moros, irá a dormir al campo raso.

#### LA CIUDAD Y SU VISTA POÉTICA. EL GRUPO DE «EL COBAYA»

La ciudad en su seno íntimo guarda una penetrada y clásica preocupación poética. De vez en vez, dice Fernández Blanco, llega Camilo José Cela, cuenta una serie de cosas tremendas, las dice o las hace, y todo se bambolea un poco. Pero Cela, querido de todos ellos, forma parte, aunque sea de paso, de este cenáculo literario. La revista nació hace un año y tiene por santo y seña, por arribada última, ese gran nombre de «El Cobaya». Nació el título, ese primoroso nombre, al formar parte de la primitiva tertulia literaria un médico-analista que poseía varios «cobayas» para experimentación. Y de animal-experimentación nació, en seguida, la Revista-experimento.

Este grupo amable y joven se reúne, con espanto clarísimo de las parejas de novios, en los divanes del piso alto de un café. Forman, con Fernández Blanco a la cabeza, Quirós, Tadeo, Moisés y López Prieto, un grupo humano interesante que no debe olvidarse en este examen rápido de una ciudad como Avila. Este grupo une la Avila eterna, que dice uno de ellos, con la literatura española. En la Revista colaboran casi todos los que, de una forma u otra, establecen desde todas las tierras españolas o americanas su señal de amor a Avila.

#### NO SOLO DE POETAS VIVE LA CIUDAD. LOS TOROS, TOROS SON

Yo no sé si a Avila le gustan o no los toros. Sólo sé que en el



Los campanarios de la ciudad tienen voces milenarias

Bar Martí, como si estuviéramos en Sevilla, como si los palillos cantaran su música en la calle, unos muchachos tienen, entre cuadrillos de toros, una peña taurina. Los he cogido allí de improviso. Cuando «lo de Aparicio» se comentaba a fondo. Cuando se decía, así, bajo las murallas de Avila, que «tenía sangre torera».

Son todos muchachos jóvenes, jóvenes y fuertes. Biasas o camisas abiertas. Chaquetillas de rayas o buzo de mahón. Pero recogidos y graves. Como si anduvieran, ellos, serranos de Avila, entre altos toros negros. El presidente, un hombre joven, medio rubio, se llama Félix Sánchez Guerra. Me dice cosas sorprendentes. «Todos los días, en la plaza, entrenamiento de salón. Y de vez en cuando se hacen encerronas en la plaza con reses pequeñas. Hay gente —añade— que promete.» Se mira, por entre las caras de los mocetones, por entre los firmes brazos, para ver si es posible distinguir a alguien que vaya a ser torero de verdad.

—¿Y quiénes son los que sobresalen?

El muchacho muy serio, muy firme, contesta. «Pues verá. Apuntan cosas buenas Pepito Escudero, Alfonso Domínguez, Caro y Nieves.»

Cuando se acabó la ración de gambas al ajillo, comida ceremoniosamente por todos menos por el guía y poeta Sánchez Tadeo, que se dedica, perseverantemente, a los grandes bocadillos de lomo o de queso, estaba ya encima de las torres la fresca y fina noche de Avila. Ya en la puerta, en esa

Soportal de la posada del Tío Goriche, donde la imaginación del escritor Larreta forjó su famosa novela



último instante de vacilación antes de tomar el camino, me asaltó un muchachillo: «Que a mí no me ha apuntado». Y lo dijo tan serio y grave, tan recto y atento a mi pluma, que yo le pregunte: —¿Y tú quién eres?

—Yo soy —dijo el muchacho— el Niño de las Monjas. Hago los recados del Convento de la Granja, y por eso... ¿Ya me apuntó?

—Pues sí, te apunté.

### UNA PROVINCIA MARAVILLOSA QUE ESTA POR DESCUBRIR A LOS ESPAÑOLES

He seguido el consejo de Jose Ignacio Sordo, el convertido al hechizo de Avila y en tren, y a pie suelto, y a paso de mula y de coche he conseguido, con ustedes, asomarme a los maravillosos puntos cardinales de la provincia. Cuando llegamos a Arévalo, a las once y media de la mañana, el sol de Castilla, el sol de La Moraña, que así se conoce este campo de Arévalo cien veces recolector del trigo y el garbanzo, golpea con una quieta y dorada esperanza de mejores días: de los del sol de justicia.

La tierra de Arévalo, La Moraña, está formado geográficamente por unos cincuenta y dos pueblos abulenses. Por unos pueblos de nombres eufóricos y ejemplares que parecen haber cumplido su destino, su milagrosa hora musical, con llamarse así: Madrigal de las Altas Torres, (donde naciera Isabel la Católica), Aldea Seca, Flores de Avila, Fuentes de Año, Fontiveros, (donde nació San Juan de la Cruz), Bercial de Zapardiel, Moraleja de Matcabras. Y estos nombres, además, son los nombres de la tierra del trigo. Las tierras del trigo candeal.

### LA MORANA DEL TRIGO, DEL GARBANZO Y DE LA REMOLACHA

Dios ha querido que Arévalo, cabeza militar de un distrito que fué de lanza y horca, de una ciudad que tuvo sus «tercios de Arévalo» en las batallas clásicas del moro y del cristiano, tenga también un guía espléndido. Un mister Belvedere sin trampa ni cartón que contestará a todas las preguntas. Este hombre «de su pueblo» —como el dice— tiene un nombre fantástico, un nombre que bordea la broma y que es serio: Marolo Perotas. Pues bien, el comerciante y el poeta, el hijo pródigo y el hombre de negocios se reúnen y concretan bajo ese nombre. Con él va por el mundo y con él vive.

Marolo Perotas usa caballerescamente una chalina negra, gráfica y presumidora, que es, de todas las chalinas que yo he visto, una chalina exacta. Una chalina para los castillos y los trigos. Cuando se cruza Arévalo a su lado, la ciudad adquiere un contorno particular. En el bar Poveda, en la sombra de la cerveza, ante la plaza que ya tiene montado el gran tinglado de una plaza de capeas, desde todas las mesas se le saluda. «Aquí—dice—, uno de Madrid.»

Por estas tierras, las tierras del «craño», se produce el mejor garbanzo de España. Pueblos como los de Villanueva de Gómez, Papatrigo y Riocabao, levantan, con el garbanzo y con los trigos, los

mozos y la gañanía más fuerte. El clima, ese clima implacable que no deja cantar victoria nunca, ni a la sombra ni al sol, llega a los 40 grados en mitad de las eras y a los cuatro o cinco bajo cero en el invierno. Y hay que salir cada mañana, y hay que plantar y recoger cada tarde.

Todas estas tierras abulenses están desconocidas. Se ha ampliado de tal forma el nivel de vida, que Enrique Sánchez me dice: «El mercado es ahora un mercado de señoritos. Todos vienen ya con su buena «percha». Se ha acabado con la pana negra. Todo el mundo con su gabardinita.» Pero es que estos campos producen 60.000 toneladas de remolacha, que significan 60 millones de pesetas. Y esta región, campeona de una cosecha gigante, lleva a la estación los 1.000 vagones de patatas y los 200 de garbanzos.

El mismo Enrique Sánchez, otro personaje curioso y perfecto de estos campos, que fué maestro nacional, pero desertó porque lo que le gustaba era la burocracia, «el estar entre papeles», me cuenta detalles pasmosos: «En estos últimos años la región se ha transformado. Han aparecido los tractores, de los que tenemos, nada más en el campo de Arévalo, cuarenta y ocho.» La remolacha azucarera ha sido el gran acicate en el trabajo. Ha significado un aumento importantísimo en el nivel de vida de los campesinos, una entrada inesperada e importantísima. Por eso mismo, por la protección y el estímulo estatal a través de la gigantesca canalización de los créditos agrícolas y la propia prestación económica, «nada menos que unos mil quinientos motores de agua existen en la comarca», dice Sánchez, el apoderado de la Territorial. De la Unión Territorial de Cooperativas del Campo, que ha sabido escribir, con clara tinta roja y en las paredes de su edificio, esta divisa: «Unos por otros y Dios por todos.»

### LAS BODEGAS DE AREVALO Y LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO

Marolo Perotas tiene, entre otros negocios, uno fundamental: el de hacer, tener y vender vino. Pero las bodegas de este hombre, felizmente enamorado de la vida como servicio, son algo más que unas bodegas. De ser algo, serán, supongo yo, bodegas y archivos. Quizá archivos pequeñitos de Simancas.

Una de las bodegas Perotas, desahuciada la parte exterior para su derribo, porque se interpone a la gigantesca perspectiva del castillo, ocupa lo que fueran, en su tiempo, las mazmorras de la fortaleza. En la bodega o en la nave de la izquierda, en el hondo agujero, Marolo Perotas honra y enaltece la memoria de los arevalenses notables con grandes y gigantescas pipas que llevan el nombre del personaje famoso. Ahí están, pues, en las bodegas, justamente historiados y queridos, los arevalenses que fueron y que son. Desde Alonso Díaz de Montalvo, recopilador de los Reyes Católicos. Todavía queda otra nave, la del fondo, en la que también con grandes pipas se recuerda a la Prensa de Arévalo. A

cada uno de los periódicos que tuvo «la muy noble, muy ilustre, muy leal y muy humanitaria ciudad de Arévalo». Y todavía queda, por último, otra bodega.

### LA DE LOS BORRACHOS

En esta bodega, situada, por cierto, en las espaldas de su casa, el ingenio de Marolo Perotas ha querido perpetuar a los borrachos insignes de Arévalo. A los borrachos esos, «tan borrachos», que son borrachos históricos. Borrachos para ejemplo de los niños. Pero no se queda en eso sólo, sino que el Marolo Perotas poeta ha puesto un muy noble, picaresco y malicioso epitafio a cada uno. Veán éste.

*Tomás Pérez, alias «Codina»,  
de nariz ancha y ganchuda,  
rechoncho, mala persona,  
la despensa en el bolsillo,  
el insulto por corona  
y en el chaleco el cuchillo.*

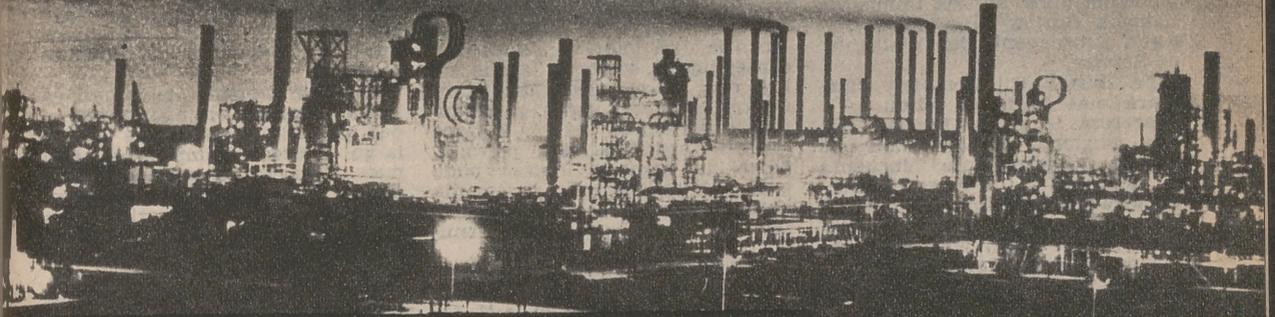
### PERO LA PROVINCIA NO ES SOLO TRIGO Y CASTILLOS

Las dos mesetas castellanas, la de la vieja Castilla, cruzada por el Duero, y la de Castilla la Nueva, cruzada por el Tajo, están separadas por el enorme macizo montañoso de Gredos. De Gredos, que termina por ser una enorme muralla, un telón de roca y de nubes, que divide y separa una y otra zona de España. Pues bien: esta división de la provincia de Avila sirve para crear uno de los más hermosos y significativos paisajes que cabe ver: el de la Sierra de Gredos, de un lado, y del otro, por su parte meridional, el de una tierra sobrecoyadora, la que llaman por aquí, felizmente orgullosos, «la Andalucía de Avila». O lo que es lo mismo: la provincia de Avila está dividida por una barrera de montañas hermosísimas, que forman ese nudo tremendo y espectacular que es Gredos. Pero esta separación hace funcionar dos geografías, como mínimo, contradictorias y diversas. La del campo de Arévalo, fuente del pan y del garbanzo, paisaje de castillos y de reyes, y la Avila meridional y barrroca, la Avila jardín, que produce, ¡quién lo iba a decir!, allá por Arenas de San Pedro y la Candeleda, donde la «h» castellana suena a «j» extremeña, que produce—repito—el naranjo y el limonero; el arroz, el algodón y el tabaco. Y un fruto exótico, el «kaki». El «kaki», un árbol de origen japonés, según Tadeo, del que se recoge un fruto rojizo, a la manera redonda y rojiza de los tomates, cuya pulpa, parecida a la miel, se toma, tanto a cucharada como a boca abierta.

Por todo eso es triste que ustedes y yo, al cabo de los tiempos mil, cuando Enrique Larreta, el argentino enamorado de Avila, está cansado de saberlo, vengamos a descubrir que Avila, la de los caballeros y los santos, no es sólo muralla o frío. Ni tan siquiera campanas o castillos, sino que es la perfecta visión de la España diversa: que partida en dos, arriba el trigo y abajo el naranjo, tiene en medio las góticas torres de la Sierra de Gredos. La cordillera para andar.

*Enrique RUIZ GARCIA  
(Enviado especial)*

# ACUERDO DE "BUENA VOLUNTAD" EN EL PROBLEMA DEL PETROLEO PERSA



Vista nocturna de las refineries de Abadán, consideradas como las mayores del mundo

## EL CAMPO DEL IRAN, TIERRA DE CHOQUES DE CODICIAS ENCONTRADAS

EL petróleo persa fué, antes que nada, un instrumento al servicio de fines religiosos. Aquella llama eterna, símbolo de Ormuz, el dios del bien, no era más que el resultado de la combustión de las emanaciones hidrocarbonadas del subsuelo. Lo conocían bien quienes estaban en el secreto, es decir, los sacerdotes, que arrastraban las masas con «milagrosas» llamas que «hacían brotar de la tierra».

Esto fué así durante mil años. De la tierra salía el fuego que alimentaba el altar de los dioses. Pero un día William Knox d'Arcy, ingeniero australiano, empujado por el viento favorable de sus negocios, llegaba a las remotas tierras de Persia. Abrió los ojos del Sha y agujeros en el suelo iraní. D'Arcy es el primer protagonista de esta aventura.

William Knox d'Arcy, dominante, trabajador sin tregua, mercader de oficio, consiguió reunir en Australia, en el plazo de seis años, una fortuna de dos millones de libras esterlinas. A sus treinta, el mercader abre un negocio fabuloso. Cargado de oro vuelve a Inglaterra. Las miradas de los más audaces negociantes caen sobre la figura de D'Arcy.

El mercader australiano abraza pensamientos de nuevos negocios a corto plazo. Una mañana, el francés Cotte y el persa Kitabgi visitan a D'Arcy en su casa. El francés y el persa tienen un proyecto de rentabilidad segura... pero en la lejana Persia. Nadie explotaba las fuentes subterráneas de aquel gas, en otro tiempo «milagroso». Sólo Morgan, un geólogo francés, había realizado un estudio de la riqueza potencial de aquel suelo.

Las fuentes de fuego del Irán ofrecían al hombre riquezas sin nombre. Para llegar al oro negro

había sólo que arañar la tierra. Pero Teherán quedaba muy lejos. Para un buen mercader la distancia es siempre corta. Sin más, D'Arcy envía hombres de su confianza a la capital persa para gestionar con el Gobierno una concesión, que por aquel entonces ya la Rusia de los Zares trataba en vano de conseguir.

No tarda el mismo D'Arcy en marchar también al Oriente Medio. Aquí se encamina al norte del país. Quiere ver los lugares donde Ormuz es adorado. Atravesada desierto, se une a muchas comitivas de hombres y camellos. Cuando le preguntan a dónde dirige sus pasos, qué hace por aquellas tierras, a nadie responde la verdad. A nadie confía su secreto. De vez en cuando descansa en un oasis. Y es él el que pregunta con cierta «ingenuidad» a quienes encuentra en el camino dónde están los fieles de Ormuz. También él quisiera adorarlo. Todo es inútil. Quedan todavía muchos días de pisar la arena caliente del desierto. Cuando D'Arcy llega a las tierras de Ormuz se dispone inmediatamente a hacer los primeros senderos. Más de diez millones de francos se le van en estas tentativas. La firme convicción del ingeniero australiano arrastra algunas empresas comerciales, que dejan su dinero estérilmente en los arenales persas. «D'Arcy es un loco; nos ha arruinado», dicen quienes poco a poco le van abandonando.

William recibe un día una gran sorpresa. No es el petróleo. El Sha se ha interesado por él. Quiere ayudarlo, y le confía la construcción de un pequeño ferrocarril. La suerte cambió. D'Arcy es recibido en un lujoso palacio y conversa largas horas con el Emperador de Persia. De sus manos recibe este documento: «Se acuer-

da y garantiza al ingeniero William Knox d'Arcy y a todos sus socios y descendientes, amigos y herederos, plenos poderes y libertad ilimitada durante sesenta años para explorar y perforar a su gusto las profundidades del suelo persa: en consecuencia de lo cual, todos los productos subterráneos por él reclamados serán de su propiedad inalienable».

Por todo ello, D'Arcy paga 200.000 francos oro—unos 20.000 dólares—al Sha, quien además se reserva el 16 por 100 de los futuros beneficios.

Ambos parece que obraron de buena fe. El Sha, con larga generosidad. D'Arcy blasonaba de unos amplísimos propósitos benefactores. Con frecuencia repetía sus deseos de que todas las ganancias habrían de dedicarse a la evangelización de los fieles. Los iraníes llaman hoy a D'Arcy «aventurero británico».

### UN AGENTE SECRETO INGLES SE ADUEÑA DEL DOCUMENTO IMPERIAL

Un mundo de intrigas pesa sobre el documento firmado por el Sha. A su olor se movilizan los industriales ingleses. Entran en juego grandes cantidades. Se pujan las ofertas. Hasta seis millones de libras le ofrecen a D'Arcy a cambio de un papel. Un papel que lleva el sello imperial del Sha de los persas. Pero D'Arcy dice, que lo que le preocupa es sólo la salvación de aquellas almas no evangelizadas.

La red de la intriga, una red cada día más tupida, apretaba más sus hilos. El mercader emprende un viaje al Canadá. Apartado del resto de los pasajeros, D'Arcy se entretiene en la lectura de un libro. Es un libro sobre historias misioneras. También, retraído y cerca del mercader, viaja un presbítero anglicano. Los dos traban amistad. William cuenta su vida al anglicano, le habla de sus propósitos.

Aquel misionero, poco antes de llegar a Nueva York, tiene una idea feliz: ¡El documento, de que le hablaba su amigo, podría ser-

vir de pasaporte para otros misioneros, puesto que en él se hablaba de socios, amigos del concesionario!

Cuando D'Arcy desembarca, el documento ya no está en su poder. Se encuentra en manos del «ingenioso misionero». Este no era, ni más ni menos, que el famoso judío Reil Rosenblum, agente, según unos, de una Compañía llamada Burma Oil Company, y, según otros, agente del Intelligence Service.

La Burma Oil Company cambiará más tarde de etiqueta y aparecerá la Anglo Persian Oil, que englobó la concesión de D'Arcy, y cuatrocientas cincuenta mil acciones de la First Mining, Sociedad esta última fundada en los comienzos por el mismo D'Arcy. Fueron los primeros accionistas de la Anglo Persian el Almirantazgo británico con un 56 por 100 del capital; la Burmah, con un 26 por 100, y el resto a «particulares». Así nació la Anglo Persian Oil Company, diplomáticamente transformada en la Anglo Iranian Oil Company, cuando los persas, en 1935, decretaron llamarse iraníes.

William Knox d'Arcy está decidido a retirarse del campo, dejan- do allí, como chatarra, sus torres de perforación. Hasta el 26 de mayo de 1909 todo el trabajo había sido inútil. Las escasas vetas petrolíferas que aparecían a la superficie se secaban a la mañana siguiente. Pero un día saltó por fin, para no volverse a ocultar, el primer chorro de «oro negro». Sus fuentes eran inagotables. El mercader australiano da gritos de alegría. Las fuentes aparecen en los alrededores de Majis-i-Suleiman, nombre solemne, por encontrarse allí las ruinas de un grandioso templo llamado de Salomón, aunque en realidad sería uno de los muchos dedicados a Zoroastro.

Casi al tiempo de aparecer en Majis-i-Suleiman las primeras gotas de petróleo aparece también el malabarismo bélico-diplomático de algunas grandes potencias, que en su codicia se disputarán la posesión de este preciado líquido. En las dos grandes guerras de nuestro medio siglo, el Irán, a pesar de encontrarse más allá de Europa, es

ocupada por tropas de uno de los bandos contendientes, «con el fin de preservar sus yacimientos petrolíferos». Y tras ello, el misterio, la intriga política y los servicios secretos en acción. Una red de espionaje da a las grandes potencias las más detalladas cifras de toda la producción petrolífera de Persia. Desde ahora, las guerras se aseguran y se montan sobre cimientos de petróleo. «La Historia dirá que los aliados han conseguido la victoria llevada sobre ríos de petróleo», dice lord Curzon, ministro inglés, al terminar la contienda del 14. Y tiene razón el lord. Gracias al petróleo persa, la Armada inglesa pudo gozar en esta guerra de aquella autonomía y eficacia que le hizo temible frente a muchos enemigos.

Churchill, el viejo político de nuestros días, era entonces primer lord del Almirantazgo en la Flota inglesa. En sus largos viajes a través de las rutas del Imperio, mientras reparte órdenes o se cala los catalejos, el primer lord concibe una idea revolucionaria. Piensa desterrar el carbón de las máquinas de los barcos, y en su lugar usar del petróleo como combustible. Con ello logra una fuerte economía en el tonelaje bruto y el consiguiente aumento de artillería, blindajes y velocidad.

Cuando la idea del lord, tras largas discusiones entre marinos y economistas, se lleva a la práctica, trae consigo consecuencias de mayor importancia. No es suficiente la cantidad de petróleo de que hasta entonces se sirve Inglaterra. El Almirantazgo británico va adquiriendo mayor número de acciones ordinarias y preferentes. Para ello se funda entonces la Sociedad Anglo Persian Oil Convention. Con esta creación producto de la diplomacia y política inglesas, el Gobierno británico llega a gozar del derecho de nombrar administrador en la Sociedad y disponer de la facultad del veto en determinados asuntos. Hasta el día de su nacionalización, Gran Bretaña consumía casi todo el petróleo procedente del Irán, cuarto productor del mundo, después de Estados Unidos, Venezuela y la U. R. S. S.

Ni el ingeniero australiano, ni

Cotte, ni Kitabgi el persa pudieron nunca pensar que aquella agua negra que manaba del mismo corazón de la tierra llegaría un día a convertirse en el centro de atención de las grandes naciones y atraer sobre sí la mirada codiciosa de muchos gobernantes y pueblos. El fuego de Ormuz había quemado y reducido a cenizas al mismo dios del bien para convertirse en llama que consumiría la ambición de muchos hombres.

El Irán, Persia, había vivido hasta entonces en una duradera paz política y disfrutaba de un largo sosiego. Tampoco el Sha pudo llegar a comprender hasta dónde le comprometía su generosidad al poner su imperial firma bajo aquel documento que, con sus mismas manos, entregaba a D'Arcy.

La ambición monopolista del Imperio Británico suscita la dormida codicia de otros pueblos. Rusia no se contenta ya con sus propios yacimientos de petróleo. Necesita más. No ve con buenos ojos el auge creciente de la Flota inglesa. Sabe bien que el poderío naval de la Gran Bretaña está basado en las minas de Majis-i-Suleiman. La posición geográfica de Persia favorece los deseos de Rusia. El Tudeh es un partido comunista iraní. Aquí encuentra la U. R. S. S. su puente de plata. El Tudeh es para Rusia un mágico instrumento político. Como siempre, antes de emprender la marcha el comunismo ruso formulará su obligado programa de «paz». Esa «paz» que es siempre prelude inevitable de la guerra. Norteamérica no se deja engañar. Mide escrupulosamente el peligro. Y el peligro se llama ahora, como tantas veces, Rusia. Por esto se ve obligada a vigilar y actuar de cerca los manejos del comunismo.

#### 68.000 TONELADAS DE PRODUCCION DIARIAS

Unos escuetos datos pueden revelar toda la entraña del problema.

Hay en el Irán una reserva de petróleo de mil millones de toneladas, a veces en tan buenas condiciones geológicas, que se encuentra a menos de cien metros de profundidad. Son dos las principales zonas de explotación:

a) El Louristán, donde los yacimientos se prolongan hasta los de Kirkuk, en Irak. Un oleoducto de 235 kilómetros une los pozos con la pequeña refinería de Kermanchak. Produce 430 toneladas diarias.

b) El Kuzistán, que es la principal base, comprende:

1.º Los 29 pozos de Majis-i-Suleiman, descubiertos en 1908 por el propio D'Arcy y explotados a partir de 1911, fecha en que un primer oleoducto de 214 kilómetros unió los pozos con Abadán. Un segundo oleoducto dobló al primero en 1916; y, un tercero, 1917. Los pozos de Majis-i-Suleiman producen 10.450 toneladas diarias.

2.º Los 23 pozos del Haft-Kel y del Ahwaz, descubiertos en 1928, y explotados en 1929. Por sus 28.000 toneladas diarias este es el segundo yacimiento del mundo en cuanto a producción diaria. Cuatro oleoductos de 233 kilómetros lo unen con Abadán.

3.º Los tres pozos de Gach-Sa-



Un momento de la reunión celebrada en Teherán entre representantes del Gobierno persa y de la Anglo-Iranian para tratar de la compensación a la compañía por la nacionalización

ram (1928-1940), de 5.400 toneladas por día, expedidas a Abadán por una «pipe-line» de 270 kilómetros.

4.º Los dos pozos de Naft-i-Sefid (1934-1945), de 2.450 toneladas por día. Un oleoducto de 52 kilómetros reúne su mineral con los de Haft-Kel y Majis-i-Suleiman.

5.º Los doce pozos de Agha-Jari (1937-1945), que serán los más importantes de Oriente y, tal vez, del mundo. Sus 20.500 toneladas diarias van a parar, por medio de un oleoducto de 136 kilómetros, a las refinerías de Abadán.

En todos estos oleoductos circula el petróleo por la simple fuerza de la gravedad, sin bombas. Su cifra de 68.000 toneladas diarias —unos 500.000 barriles aproximadamente— supone la mitad de la producción total del Oriente Medio, que, a su vez, puede considerarse que representa cerca del 50 por 100 de la producción mundial.

Abadán es una villa situada en una isla del río Chat-el-Arab, a sesenta kilómetros de su desembocadura, en el golfo Pérsico. Diecisiete petroleros pueden ser cargados al mismo tiempo en los quince muelles de que Abadán dispone. Su refinería es la más importante del mundo, por su capacidad de 20.000.000 de toneladas anuales. Cerca de 50.000 iraníes y 4.800 británicos mueven esta gigantesca industria, en la que unas 20.000 personas trabajan para otras empresas, al servicio de la Anglo Iranianan.

#### MILLONES DE LIBRAS ESTERLINAS Y FALTA DE HOSPITALES

##### La situación:

La situación financiera de la Anglo Iranianan Oil Company no pudo ser más halagüeña. Díganlo sus repartos: en 1938, 5.500.000 libras esterlinas; en 1942, 6.030.000.

Además de las instalaciones de extracción, de los oleoductos, de la refinería, puerto y aeropuerto de Abadán, tiene muchas filiales: en Egipto, la Anglo Egiptian Oil Diels C. Ltda.; en Francia, la Société Generale des Huiles de Petrole; en el mismo Irán, la British Tanker Co., que posee petroleros de una capacidad total de dos millones de toneladas y una flota envidiable con participación en otras compañías, cuya enumeración resultaría enojosa.

A poco de nacer bajo el nombre primitivo de Anglo Persian, se amplió en forma de gran consorcio monopolizador inglés, llamado Asiatic Petroleum Company, al cual se agregaron la Compañía Holandesa Ducht Eats y la de transportes navales Shell Transport Company, además de la organización de la Banca Rothschild. Ahora bien, el Gobierno inglés, por medio de la parte que había reservado para su Almirantazgo, siguió conservando la mayoría y el control efectivo de la Empresa Anglo Iranianan y del consorcio en que ésta actuaba. Al estallar la guerra del 14, casi todo el petróleo del mundo estaba controlado por la Asiatic Petroleum.

Ante tan suculento negocio, ¿qué piensa y cómo vive el pueblo persa? ¿Cuáles son las rela-

ciones entre la Anglo Iranianan y el Gobierno del país?

Huelga decir que una Empresa tan poderosa y tan bien respaldada es «un Estado dentro de otro Estado», que explota el sólo a pesar de ser extranjero, toda la riqueza natural del país. Es, por tanto, inevitable su injerencia en la Administración local. ¿Puede extrañar, pues, que tal situación suscite pasiones de nacionalismo?

Por otro lado, es muy grande la diferencia del nivel de vida entre los pertenecientes al mundo de la Anglo, ingleses o persas, y los del resto del país. Entre los adscritos a la misma Empresa se da, como es de suponer, su no pequeña diferencia.

Según datos de la Daily Compass americana, el valor del petróleo persa embarcado en Abadán anualmente es, en 1951, cien veces mayor que los ingresos nacionales del Irán y diez mil veces más que los ingresos totales de los asalariados iraníes, que no tienen relación con el petróleo.

No es que la Anglo Iranianan no pague nada al Gobierno iraní; éste percibe, como renta, 1,16 dólar por tonelada de petróleo producido; como impuesto, 22 céntimos sobre los seis primeros millones de toneladas, y quince sobre los restantes; y una participación del 20 por 100 en los beneficios. Todo ello reunido vendría a redondear la suma de siete



Vista de las famosas «pipe-lines» que conducen el petróleo de las grandes refinerías de Abadán a través de las montañas

millones de libras esterlinas, aparte otros ingresos asegurados por los gastos locales de la Compañía, como mano de obra, plan de vida del personal inglés, etc.

Con ese dinero podría subvenirse los gastos de industrialización y modernización del país. Pero el país, ni con ello ni con el proyectado plan del Sha, de acuerdo con Norteamérica, salió de su estado casi medieval. Persia, fuera de las zonas industriales, sigue siendo un desierto. Mulos, burros, camellos y personas, cruzan constantemente los caminos arenosos. Un índice elevado de mortandad infantil y un 80 por 100 de analfabetos. Miles de ciegos afectados de tracoma por falta de hospitales; la agricultura está en un estado de organización casi feudal, convirtiendo la riqueza en un perfecto monopolio. ¿No da para más el petróleo? De los quince puertos de Abadán siguen saliendo diariamente diecisiete petroleros cargados de «oro negro».

El pueblo, los que no participan del trabajo directo de las explotaciones, que son la mayoría, sigue sufriendo las calamitosas consecuencias de un progreso escaso en una tierra de clima poco hospitalario.

Del fondo de esta amarga realidad nace, naturalmente, un grito de liberación. Un ansia de nacionalismo, que tiene todos los requisitos de la más estricta justicia.

La Compañía comienza a distribuir beneficios en 1916, pero hasta 1920 no entrega, tras reiteradas reclamaciones de Teherán, un millón de libras esterlinas, como liquidación de todas las deudas. La Compañía se ha reservado millón y medio de toneladas, sin pagar cánón alguno. También esto lo sabe el pueblo. El Irán se ve obligado a comprar la gasolina, elaborada en sus mismas refinerías, al mismo precio que la Compañía la vende a la Armada y a las Fuerzas Aéreas.

Las iras y las protestas no pueden contenerse: «¡El petróleo es nuestro! ¡Hay que nacionalizar el petróleo! ¡Cuándo echemos a los británicos se acabarán nuestras penas, nuestra pobreza! ¡El petróleo es nuestra vida!»

### EL CUENTO DE LA CAPERUCITA ROJA

Los altos jefes del Tudeh, el partido comunista persa, están en contacto con el Kremlin. En las calles de Teherán se viven jornadas de intransigencia. El descontento aflora a la superficie política. Rusia, por otra parte, recuerda hasta donde llega, en las pasadas guerras mundiales, la eficacia del petróleo persa. Ahora no ignora el asombroso movimiento que todos los días se produce en el puerto de Abadán. Stalin, jugando al papel de la Caperucita Roja, como dice un corresponsal, no tiene inconveniente, saltando por encima de sus prejuicios antiburgueses, enviar un presente, un fastuoso regalo a la esposa del Sha en el día de su boda.

Sin el petróleo persa, ¡Mentira parece!, la suerte de Occidente, en una nueva guerra, sería muy dudosa. Habría la urgente necesidad de repartir la producción venezolana. ¡Bonito negocio para el Kremlin! Es como para frotarse las manos.

### NORTEAMERICA, DIQUE PARA EL KREMLIN

Los norteamericanos tienen presente un probable zarpazo ruso. A bordo del crucero «Kentucky» se presenta un día el almirante Colly Chester para inspeccionar y estudiar la cuestión de los armenios. Cuando salta del barco efectúa algunos sondeos en Mosul. Comprobada la existencia de nuevos pozos, el almirante vuelve a su país. Más tarde regresa a Mosul y, como particular, pide al Gobierno Persa una concesión. Abdul Hamid se niega para ofrecer la explotación de aquellos pozos a Inglaterra y Alemania. En 1920 se firma en San Remo un tratado anglofrancés sobre las concesiones petrolíferas de Mosul. De nada sirve la protesta de Norteamérica. Por fin llega la primera Norteamérica al hacerse los descubrimientos en Hasa, Inglaterra, ya molesta con su vecindad en el golfo Pérsico, intenta desalojar a los norteamericanos, por las buenas, ofreciéndoles seis millones de libras oro en concepto de indemnización. Norteamérica no hace caso a la oferta. Si los pozos petrolíferos le hacen mucha falta, más le interesa a Norte-

américa ocupar una posición que sirva de espeso dique a la expansión comunista. A la ambición económica de Stalin.

Con la última guerra llega la hora definitiva para los Estados Unidos. El Irán es la presa codiciada por Rusia. Decae el valor de la libra esterlina. El ministro persa de Hacienda solicita un crédito de Washington y mien tras Inglaterra y el comunismo soviético discuten por la división del Irán, los norteamericanos continúan su penetración sobre bases más sólidas que las simples concesiones.

### OTRA VEZ LOS AGENTES SECRETOS EN ACCION

Ni alemanes, ni holandeses, ni franceses, ni italianos se quedan con los brazos cruzados ante los pozos. El campo del Irán es tierra de choques, de codicias encontradas, de cruce de anhelos tortuosos.

Durante la primera guerra Alemania orienta sus pasos hacia la India. Wasnus, el cónsul germano en Bouchit, se disfraza de falso guerrillero persa por las cancillerías del Gobierno iraní. A toda costa pretende descubrir la existencia de pozos ocultos. Más tarde se producen unas sublevaciones junto al mar Caspio, a la voz de un falso derviche, que resulta ser un agente ruso. Al calor de la ocupación rusa el georgiano Kochtaria consigue que el Gobierno persa le dé unas concesiones en las provincias septentrionales. En agosto de 1919 Inglaterra firma un tratado con la desfallida Persia, reconociendo su independencia a precio de transformarla en un protectorado. Naturalmente, Rusia no se conforma con la conducta británica, y al poco tiempo las tropas soviéticas obligaron a las inglesas a evacuar Bakú, Emzeli y Teherán.

Persia sigue así siendo escenario de un malestar profundo y de continuas guerras y forcejeos políticos.

### PRIMER GRITO DE NACIONALIZACION

La situación es caótica. El Sha no gobierna más que en Teherán. En el resto del país, no ocupado por los ingleses, campean por sus respetos los jefes locales. En este ambiente surge la figura de Mohamed Reza Pahlevi Khan, general de cosacos que entra triunfalmente en la capital el 22 de febrero de 1921, y, después de pasar por los cargos de ministro de la Guerra, de presidente del Consejo, es nombrado Rey de Reyes el 17 de diciembre de 1925 «en nombre de la voluntad nacional».

Reza Pahlevi lleva dentro el grito de nacionalización. Pero primero expulsa del país a rusos e ingleses. Luego denuncia el Tratado de 1919, anula las Convenciones con los rusos sobre las provincias del Norte y consigue echar abajo el traspaso de la Ruso Petroleum a la Anglo Persian.

Queriendo aprovechar los yacimientos septentrionales, acepta las proposiciones de la Standard Oil of New Jersey, sociedad americana, que había sido apartada por Inglaterra de los petróleos turcos del Irak. Gran Bretaña, inquieta, negocia y obtiene una

parte a cambio de una participación de la Standard en los pozos de Mosul. Tres meses más tarde el Gobierno persa denuncia el contrato con la Standard.

Reza Pahlevi sigue siendo enemigo de la influencia británica. Necesitado de dinero y convencido de que el petróleo no daba al Trono el necesario, Reza Pahlevi da el primer grito de nacionalización; el 5 de diciembre de 1932 denuncia el contrato de concesión firmado en 1901, aquel contrato arrebatado a D'Arcy, y son declarados propiedad del Estado todos los terrenos explotados por la Anglo Persian. ¿Qué pasó? Lo de siempre: Inglaterra lleva el asunto a la Sociedad de Naciones, manda a Abadán los consabidos barcos de guerra y luego a negociar...

Resultado de las negociaciones, el Acuerdo de 24 de abril de 1933, precisamente derrocado por el grito de nacionalización de Musadeq. En virtud de este Acuerdo, válido hasta 1993, la Anglo Persian pagaría una renta anual de cuatro cheelines por tonelada de petróleo vendida en Persia o exportada, el pago del 20 por 100 de los repartimientos de las acciones ordinarias. Al final de la concesión, toda la propiedad de la Compañía pasaría al Gobierno. La concesión no será anulada por el Gobierno y las disposiciones no serán alteradas ni por una legislación general o especial futura, ni por medidas administrativas u otros actos cualesquiera de las autoridades ejecutivas.

Así están las cosas al caer asesinado Ali Razmara, último baluarte de la posición británica en Persia.

### ENTRAN EN JUEGO LOS ALEMANES

Firme en su anglofobia, Reza Pahlevi se inclina a los alemanes, de los que llegaron técnicos, máquinas y material. Una decena de Compañías alemanas se instala allí entre los años 1935 y 1936. Al mismo tiempo dos Compañías norteamericanas lograron un gran concesión entre el mar Caspio y Beluchistán. Y aquella antigua concesión del ruso Kochtaria es entregada a la compañía Franco-Iranienne de Recherches, fundada en 1930, pero cuyos documentos y derechos eventuales son recogidos por el Gobierno persa en 1950.

Cuando comienza la segunda guerra mundial las cosas se plantean de otro modo. Reza Pahlevi tiene que abdicar el 16 de septiembre de 1941 en favor de su hijo. Inglaterra y Rusia, volviendo a las mismas, ocupan de nuevo el Irán con el pretexto de despejar la vía del «Transiraniano», camino de abastecimiento de la U. R. S. S. Y, por último, ¡cómo no!, se firma un sorprendente Acuerdo anglo-ruso-iraní restableciendo la vieja Convención de 1907 y reservándose la U. R. S. S. la parte Norte y Gran Bretaña la parte Sur del país. ¡Buena ocasión para reavivar el apetito de petróleo! Buena ocasión, que es aprovechada por los rusos.

### LOS ZARPAZOS DE RUSIA

En 1944 reclama Rusia concesiones en el Azerbaidján, que no logra gracias a la oposición anglosajona. Pero cuando llega la hora de que las tropas ocupan-

tes tienen que salir de Persia, según lo previsto en el Acuerdo, los rusos, haciendo el ruso, dicen que no, o por lo menos se hacen los remolones. Y, por si fuera poco, el 16 de noviembre de 1946 estalla una sublevación en el Azerbaidján provocada por Moscú con la colaboración del partido comunista iraní Tudeh. La activa participación del ejército ruso, la actitud pasiva de la O. N. U., a cuyo Consejo de Seguridad es llevado el asunto y la importancia de otra sublevación de los kurdos, también promovida por los rusos, hace capitular al Gobierno persa, que acepta la autonomía del Azerbaidján y la constitución de una sociedad petrolífera ruso-persa, con el 51 por 100 de las acciones en manos de la Unión Soviética. El negocio está hecho. Las tropas rusas se retiran.

Mas el Parlamento iraní no ha aprobado la sociedad. Con la pelota en el aire, una rebelión del Tudeh motiva que el nuevo Gobierno de Teherán, alentado por una actitud favorable de Estados Unidos, enviase tropas contra los separatistas del Azerbaidján. El general Ali Razmara pacifica la provincia, hace huir a Moscú al jefe del Tudeh, domina la sublevación de los kurdos y ejecuta a su cabecilla.

Fué aprovechada la ocasión. El Gobierno decretó la disolución del partido comunista, invalidó el acuerdo petrolífero con Rusia y concerta con Estados Unidos, en 1947, un acuerdo para el envío de Misiones militares y concesión de créditos de importancia.

Mientras tanto la Standard Oil of New Jersey y la Sacony Vacuum Oil Co habían firmado un contrato de compra con la Anglo Iranian de veinte años de duración.

#### UN TESORO SOBRE EL QUE ESTA RECASTADO UN DRAGON

Los beneficios crecientes de la Anglo Iranian iban avivando el apetito persa. El Gobierno pide mayor participación en las rentas, que da lugar a una propuesta británica de aumento hasta seis chelines por tonelada vendida o exportada. El malestar cunde en la calle. Y una manifestación callejera de estudiantes contra la explotación del petróleo por extranjeros empuja al Parlamento a crear una Comisión Parlamentaria del Petróleo, cuya presidencia es entregada a un anciano de setenta años, descendiente de la antigua dinastía de los Kadjar, derrocada por Reza Pahlavi, riquísimo propietario territorial y jefe del grupo parlamentario llamado Frente Nacional, partido extremista, hostil a toda injerencia extranjera en los asuntos del Estado. Este hombre es Mohamed Mussadeq-es-Sultaneh.

Entra en escena Mussadeq. Para lograr su deseo tiene que pasar sobre el cadáver de Ali Razmara. Tal vez por eso, agradecido, puso en libertad al asesino.

Astuto, apasionado, muy dramático y llorón, de oratoria efectiva para mentes simples, se lanza a sus setenta y seis años a la conquista de la fortaleza británica en el Irán. Se coloca en lo alto de las olas del ultranacionalismo, aventado por el ladino partido comunista y la tremen-

bunda fogosidad de la secta religiosa.

«Estos desdichados tienen un tesoro sobre el que está recastado un dragón», decía. «Estos pobres que no tienen para satisfacer su hambre ni con qué cubrir su desnudez poseen una riqueza, una riqueza inmensa que sirve para asegurar los placeres y goces de extranjeros mientras que ellos son presa de la pobreza, de la enfermedad y de la ignorancia y nadan en un océano de miseria y desdicha.»

Conclusión inevitable: «Hay que nacionalizar el petróleo.»

En el Parlamento, en diciembre de 1950, después de expresarse en parecidos términos, lanza una especie de condenación bíblica que habría de caer sobre los encogidos diputados de la mayoría o sobre sus descendientes. Y para asustar más a los recalcitrantes propietarios territoriales, que constituían la mayoría, empieza a manejar cifras reveladoras de las ventajas de la nacionalización. Los propietarios territoriales, de por sí conservadores de su semifeudal posición, no tienen valor para oponerse.

Nada contuvo el prestigio del general Ali Razmara, pacificador del Azerbaidján y hombres en quien el Sha tiene puestas sus

esperanzas para realizar su proyectada transformación económica social del país. Valido de su prestigio y templanza, anglófilo más por táctica tal vez que por otra cosa, intentó negociar con el Gobierno inglés.

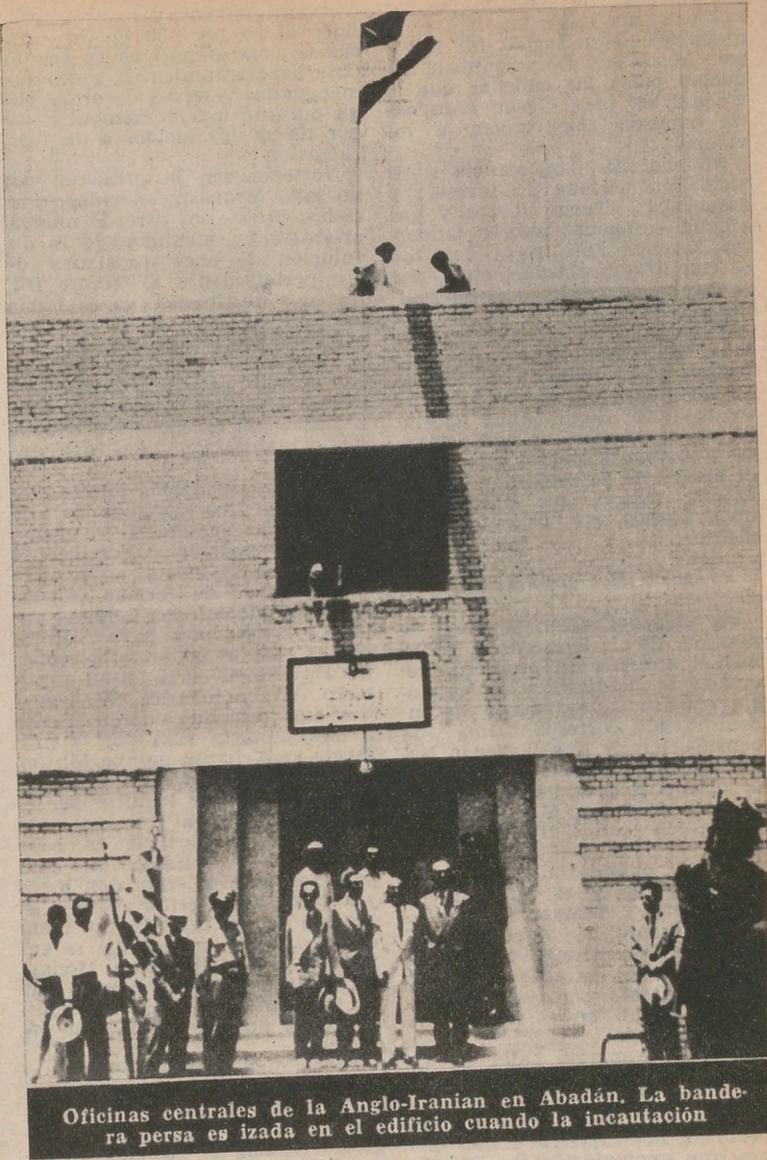
Pero el Frente Nacional, el de Mussadeq, responde: «Nos negamos a toda conversación con la Anglo Iranian. Lo que nosotros pedimos es la nacionalización, pura y simple, del petróleo, porque no reconocemos la validez de la concesión que ha sido hecha a una compañía extranjera.»

Oprimido entre dos fuegos, los partidarios de Rusia y los regresivos señores semif feudales en el orden interno, y entre Rusia y Norteamérica en el externo, Razmara quiso procurar una posición de equilibrio. Una bala acabó con todo.

Después de su asesinato se aprobó la nacionalización. Cuando llega la hora de aprobarla no había nada que discutir. Fué muy gráfico el grito de un espectador de la sesión del Parlamento: «¡Unos gramos de pólvora han bastado para conseguir esto!»

#### MUSSADEQ TIENE VISIONES

Mussadeq pretende tener visiones proféticas. En un discurso dijo: «¡Unos gramos de pólvora han bastado para conseguir esto!»



Oficinas centrales de la Anglo-Iranian en Abadán. La bandera persa es izada en el edificio cuando la incautación

ce: «Una noche soñé que se me aparecía un individuo que irradiaba luz de su rostro. Me habló así: Mussadeq, ve a quitarle al pueblo persa las cadenas que le traban los pies. Desde entonces no concedo importancia a mi vida.»

No concedía importancia a su vida, pero llevaba un revólver y aseguraba: «Tengo fuerza y habilidad suficiente para defenderme. Lo que Dios haya decidido se cumplirá inevitablemente; por tanto no necesito guardaespaldas.»

Y no lejos de sus espaldas estaba la organización «Fidayam Islam», secta religiosa de exaltada xenofobia. Su fundador y jefe absoluto, Sayid Abul Kashani, es un anciano de barba blanca y turbante negro, que desde la alcoba de su casa, donde pasa el día, rige a sus partidarios, unos 100.000, en Teherán solamente.

### EL ARTE DE LA ESCENA

La nacionalización se pone en marcha. El día 26 de abril la Comisión aprueba un proyecto previendo la liquidación de la Anglo Iranian, la entrega de la indemnización correspondiente y la constitución de una Sociedad Nacional de Petróleo. Al día siguiente dimite el presidente del Consejo, Hussein Alá. Y a la mañana siguiente subió al Poder Mussadeq.

«Ahora, cuando la voluntad del Todopoderoso y el esfuerzo del Parlamento devuelven al país su mayor fuente de riqueza tenemos todos nosotros la firme convicción de que la adecuada utilización de esta gran riqueza permitirá al país en el futuro una vida tranquila y segura.» Estas son las primeras palabras de Mussadeq.

El Sha promulga la ley de nacionalización de la industria del petróleo. Los ingleses decían que era una expropiación.

Mussadeq, verdadero prodigio de astucia, sigue adelante entre presiones extranjeras y dificultades económicas. Lo mismo se encara con el Sha y el Tribunal Internacional de La Haya, que se desmaya y llora en el Parlamento. Maneja su edad y estado físico como excelente resorte para conmovier. Con sus setenta y seis años a cuestas viaja por Washington, Nueva York y La Haya. En todas partes discute. Hace que el Sha abandone el mando nato del Ejército y le mantiene apartado de la vida diplomática, obligándole a no intervenir en la vida del país.

Se incauta de las instalaciones de la Anglo Iranian y desafia las amenazas verbales de la Escuadra inglesa. Cuando las hecatombes económicas se le vienen encima

por falta de venta del petróleo, reduce al 50 por 100 las importaciones, crea impuestos especiales para los terratenientes, agota las menguadas reservas de oro y paga durante mucho tiempo el 30 por 100 de los sueldos a los funcionarios.

Norteamérica le presiona por un lado mediante enviados especiales. Rusia, por otro, le halaga, arteralmente, insinuándole la devolución de once toneladas de oro perteneciente al Tesoro iraní, cuya restitución ya se había usado como cebo otras veces.

En medio de esta tormenta toma Mussadeq. Casi solo. Porque los que le empujan, fuera del Frente Nacional, no son de fiar. E incluso al mismo secretario de esta organización tiene que encarcelar.

Cuando le conviene dimite teatralmente, pero cuidando de asegurarse la sucesión a sí mismo con unos poderes y condiciones que desea. En efecto, en seguida es encargado de formar Gobierno, a lo que rehusa. Impone entonces condiciones para volver: plenos poderes en materia económica y reducir en la mitad el número de funcionarios. En aquellos días responde enérgicamente a una protesta rusa por la presencia en Teherán de una Misión militar norteamericana. Al fin, además de hacer triunfar su tesis en el Tribunal Internacional de La Haya, consigue en julio de 1952 la autorización del Sha para formar Gobierno. Con besos y abrazos de la gente entre sí es acogida en la calle la proclama del Sha. Aquel mismo día se entrevista Mussadeq con el Monarca. En toda esta conmoción cae al suelo una lápida de Churchill que daba nombre a una calle de Teherán.

Pocos días después recaen sobre el viejo y cómico Mussadeq el ejercicio de los plenos poderes. Rechaza proposiciones angloamericanas de arreglo. Los comunistas teheranos empiezan su actuación con algarabías y alteraciones del orden público en las calles de la capital. Mussadeq dice que está dispuesto a darle la lucha al comunismo.

### DEL PODER A LA CARCEL

Cuando el Monarca regresa de sus vacaciones, Mussadeq no acude a felicitarle, por el año nuevo, según costumbre. «El Monarca nada tiene que hacer en el Irán», es una frase que el viejo epiléptico acostumbra a repetir ahora.

Por primera providencia Mussadeq disuelve el Parlamento. Después apela a un referéndum. Mussadeq quiere ser un hombre profundamente «democrático». En el referéndum obtiene el 99,9 por 100 a su favor. En las calles de

Teherán hay bullicio y alegría. El 18 de agosto de 1953 sale el Sha de su país. Rusia no pierde ocasión de practicar su guerra fría. Mussadeq comienza por no parecerle tan absurdas las teorías de los Tudeh. Pero su Gobierno no dura mucho. El contragolpe del general Zahedi no se hace tardar. Zahedi ni es procomunista ni siente simpatías por los ingleses. Mussadeq, el hombre del petróleo persa, es acusado de traición al Sha. Pena de muerte pide el fiscal. Al reo se le acusa también de disolución ilegal del Parlamento y causa de debilitación del Ejército.

Con un abrigo raído, el acusado se presenta en la Sala judicial. «Yo me defenderé», dice, rechazando a su abogado defensor. Después de gemir y taparse la cabeza con las manos se levanta y trata de repartir a la Sala ejemplares de su defensa.

En última instancia el juez le condena a tres años de prisión.

### TRIUNFA LA DIPLOMACIA DE BUENA VOLUNTAD

Ha sido clausurado el ciclo de perturbaciones. Al cabo de tres años de forcejeo, en que Mussadeq jugó primero la carta norteamericana y luego la soviética, se ha llegado a un acuerdo entre Persia y un consorcio petrolífero occidental. Rusia ha quedado fuera. Persia pagará a Inglaterra 25 millones de libras como indemnización, pero percibirá 150 millones en tres años. El acuerdo durará veinticinco. La Compañía Nacional Petrolífera Iraní, que se hizo cargo de la industria nacionalizada, seguirá explotando el yacimiento de Naft-i-Shah y las pequeñas refinerías de Kermans Sha para atender las necesidades del país. El consorcio atenderá los mercados externos internacionales.

Ocho compañías integran el consorcio: el 40 por 100 para las cinco compañías norteamericanas; 40 por 100 para la Anglo Iranian; 14 por 100 para la Royal Dutch Shell, y el 6 por 100 para la Compagnie Francaise des Pétroles.

El mundo occidental ha salvado un grave escollo, un gran depósito de petróleo dispuesto a arder en conflagración universal.

«Ha sido un triunfo de la diplomacia de buena voluntad», se ha dicho en el Departamento de Estado. «Es una contribución a la estabilidad del Oriente Medio», han recalcado en el Foreign Office.

Por medio han estado los buenos oficios de Norteamérica.

JIMENEZ SUTIL

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

# "¡NADA DE CAMBIAR EL TERCIO!"

"Dele usted el monterazo al picador y déjese de garrambainas", dicen los aficionados a los toros ante el gesto de algunos matadores



La fotografía no es de ahora; recoge el momento dramático en el que caballo y picador salen por los aires. ¡Dichosa época aquella!

## UNA CORRUPTELA NUEVECITA

Por Luis FERNANDEZ SALCEDO

EN el mejor escaparate de una buena librería aparece de pronto un libro que logra avasallar a los demás, no sólo por su posición *centripeta*, sino porque de la parte superior de sus páginas emerge un cartoncito verde o azul que dice: «Acaba de aparecer.» Su reinado es efímero porque en seguida pasa por la calle uno de esos bienhechores de la Humanidad que modestamente se llaman bibliófilos y se lo lleva a casa. Tras unos días de paréntesis la citada obra florece en todas las librerías. Pocas semanas después es arrumbada para dar paso a otra publicada recientemente.

A los dos meses aparece tímidamente en las librerías de lance, y al año remonta trabajosamente la cuesta de Moyano, hasta que al fin entra en el fogón de la cocina, que es el purgatorio para los malos volúmenes.

Y ésta es la vida de un ejemplar que hay que tomarla como la dan.

Reconozco que esto no parece el principio de un artículo de toros y, sin embargo, nos ayudará mucho a filosofar sobre los modos taurinos, es decir, aquellos gestos que, como los libros y tantas otras cosas, tienen un nacer, un crecer, un culminar, un decaer y un morir.

Un buen día Manolete se encontró con una mano sin fuerza. Fudo presentar el consabido certificado facultativo, pero esto hubiera sido la ruina del empresario y el desencanto de un público que no tenía más que una ocasión anual de prodigarle sus aplausos. En vista de ello optó por sacar un estoque de juguete que no pesaba nada. El gesto fué muy celebrado, como cosa circunstancial, pero en seguida encontró cientos de imitadores. Todas las muñecas hicieron

«guá» al mismo tiempo, y la venta de vendas y esparadrapos en las visperas de corridas es hoy uno de los más saneados ingresos de las farmacias, y empleamos el adjetivo porque el dinero viene de los sanos.

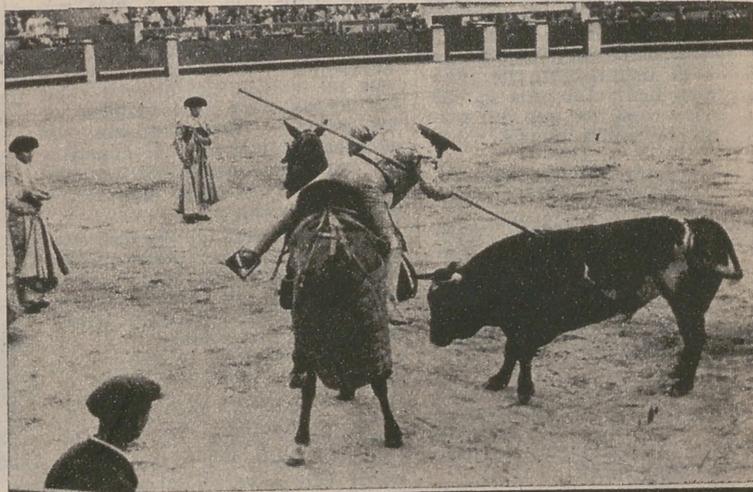
No sólo se imitó en esto a Manolete, sino en el modo de andar, en el gesto de morder la esclavina, en la manera triangular de doblar el capote... Un espectador que presencia junto a mí muchas corridas, cada vez que ve esta manera de llevar la capa nos dice: «Llegó doña Cuaresma, dentro de plazo, con su gran bacalada bajo del brazo.»

Y como él se ría mucho, nosotros nos reímos de verle reír. Pero no es precisamente de esto de lo que hoy vamos a hablar, sino de una corruptela nuevecita que acaba de aparecer, como los

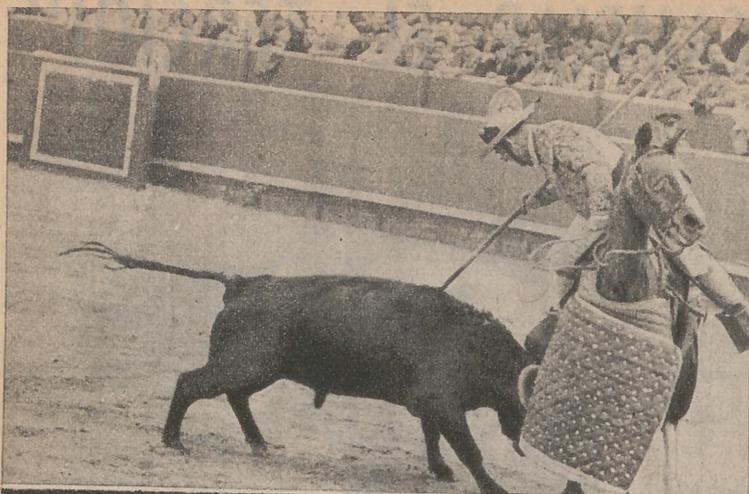
libros: nos referimos al funesto monterazo.

### UNA NUEVA MODA EN LA FERIA DE SAN ISIDRO

Al parecer, en cierta ocasión, un lidiador joven se desesperaba viendo cómo rápidamente tendía hacia cero, en virtud del castigo sufrido en el primer tercio, el poderío de un toro que le había correspondido, dotado de tan buenos sentimientos que bien pronto le creyó capaz de proporcionarle las dos orejas, que le hacían mucha falta. El nervosismo regulaba deficientemente la circulación de la sangre, que le congestionaba la cabeza, golpeándole fuertemente en las sienes. Para despejarse un poco se quitó la montera en ocasión de estar mirando al palco presidencial. El presidente creyó que aquello era un saludo y, como estaba destocado, le contestó agri-



El picador, somnoliento y confiado, descabeza un sueñecito mientras pica «larguero vaina» en ese torito de recorte



La polémica está en el aire. Y en el ambiente del redondel se discute sobre la conveniencia de cambiar el tercio

tando el pañuelo. Sonó el clarín. Continuó por sus pasos la lidia del toro, y al final el triunfo del diestro fué definitivo, y ni que decir tiene que se llevó las dos orejas del astado y aun el rabo por añadidura. Conociendo el carácter supersticioso de los toreros temimos que esto llegase a hacer escuela. Pero apenas se repitió el gesto en los años sucesivos. Ha sido ahora—en la gran feria de San Isidro—cuando la nueva moda del monterazo ha hecho eclosión (como libro que aparece de pronto en todos los escaparates). La costumbre es absurda, inconveniente e intolerable, y de su extensión son las principales víctimas el presidente, el propio diestro y, como siempre, el público.

Para el presidente representa una coacción vergonzosa que le deja en el mayor de los ridículos. Es, en efecto, bochornoso que, teniendo un asesor técnico y un asesor artístico, mas quince o veinte señores muy competentes encaramados en los escaños superiores, que constituyen una especie de «Alto Cuerpo Consultivo» y, en último caso, estudiando las reacciones del público—que hace el papel del coro en la tragedia griega—, sea preciso acatar el dictamen, no pedido, de la parte interesada para cambiar de tercio, con segura reincidencia en el siguiente... ¿Cómo resistir a la insinuación del fenómeno que dice: «Librame de castigo a mi toro, ya que, en otro caso, no me podré lucir.»

#### LA DISCRECION DE PEPE LUIS

Pepe Luis—gran torero en todo momento—, en una de sus últimas tardes de triunfo en Madrid quiso indicar excepcionalmente al presidente su deseo de que tocase a banderillas, y para ello le dijo a alguien que estaba entre barreras:

—Voy a salir con el toro hacia las afueras. Cuando esté lejos de las tablas haz que telefoneen al presidente diciendo que le ruego toque a banderillas.

Todo salió a pedir de boca. Pepe Luis no restó autoridad a la autoridad y, en caso de que ésta no hubiera accedido a su deseo, tampoco le habría echado el público encima, puesto que na-

die se dió cuenta de la maniobra. La figura del presidente, con unas y otras cosas, va quedando tan empuñada que... En una de las últimas corridas le decía un padre a su hijo:

—Aquel señor es el que manda en la plaza...

¡Y los que le oyeron se tronchaban de risa!

#### TRES EQUIVOCACIONES

Lo malo es que para el matador tampoco esta moda es conveniente, porque se equivoca en el 90 por 100 de los casos.

Primero, porque el toro, que parece apagado al pronto, muchas veces en banderillas se refresca y saca luego un genio nuevo y sin desgastar en la muleta y hace andar de cabeza al espada.

Segundo, porque hay toros muy bravos que no demuestran lo que son hasta que han sido reiteradamente pegados, es decir, hasta la tercera o cuarta varas, perdonando, como si dejáramos, las ofensas que se les hacen en las dos primeras. Si entonces se toca a banderillas corremos el riesgo que el animal se quede inédito, siendo de advertir que estos toros que van a más son los auténticamente bravos.

Tercero, porque hay toros muy gordos que se apagan debido a que no pueden con el sebo y las carniceras, con gestionándose en los primeros encontronazos con el picador, por lo cual constituye para ellos un eficaz remedio la sangría moderada que el puñazo les produce.

Por cualquiera de estas tres razones, y aun por otras que pudieran argüirse, la faena soñada no sale. Pero en el toro siguiente, a pesar de todo, se repite el sistema, por si acaso.

Para el público, la modita que pa decemos como un sarampión es todavía más mala. Porque los espectadores van a ver la corrida entera y no la parte que le divierte más al matador, y se da el caso de que mu-

chisimas veces éste pide el toque a matar, sencillamente para evitar a los peones el sufrimiento de no saber cómo poner los palos a un toro que, precisamente por no ser claro, necesita mayor castigo. Y esto es absurdo, ya que cuando pisa el ruedo un bicho interesante que se sale de lo vulgar, por bueno o por malo, el público tiene derecho a disfrutar viendo lo bien que se le lidia o a desesperarse al comprobar cómo nadie se sabe la papeleta.

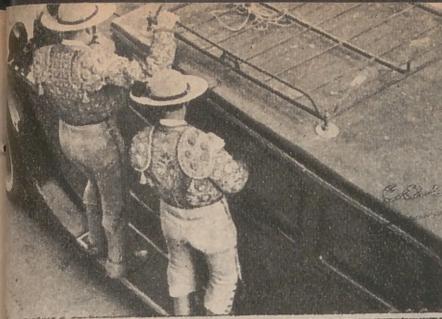
Yo mismo no cambio un puñazo, por malo que sea, por siete manoletinias viudas o cuatro rechazos del montón. Eso de que el público quiere faenas de muleta largas es uno de los muchos cuentos de camino que por ahí circulan. Que dé un matador dos pases de tanteo, siete naturales estupendos, tres de afiligranado adorno y un volapié superior hasta las cintas... y ya verá lo que es entusiasmo. Lo que pasa es que la mayoría de los actuales muleteros necesitan para centrarse que transcurra un buen rato. Es decir, que aburren al toro con veinte muletazos bonitos para que luego pueda empezar lo bueno (como en el cuento de la solitaria) y aun lo bonísimo, o sean los pases naturales... cuando hay casi la seguridad de que el toro no va a tomar la muleta o lo hará sin pizca de acometividad. Esto es igual que construir una casa empezando por el tejado. En definitiva, que los aficionados tienen derecho a ver completo el espectáculo... Pensad en lo que ocurriría en un teatro en donde estuviera anunciada «La Verbenaz», al terminar el maravilloso prelude, saliese un actor a telón corrido para decir: «Respetable público: Como las chicas del conjunto son muy guapas, para que ustedes las admiren cuanto antes vamos a empezar por do del mantón de la China, ná» y nos saltamos el nocturno, en vista de que la limonada purgante no la toma nadie ya, y también la escena de los jugadores de tute, puesto que todos sabemos en qué está el *quid pro quo* de las cosas.»

#### ENTONCES, ¿POR QUÉ?

Luego si el escamoteo de parte de la lidia no beneficia ni al presidente, ni al espada, ni al público... ¿por qué se practica? La explicación, a mi juicio, es la siguiente: En el pasado invierno los banderilleros y los picadores reclamaron unas justísimas subidas de honorarios, que los matadores estimaron excesivas. Vino el consiguiente tira y afloja, o sea lo que en lenguaje diplomático se llama «las negociaciones». Y una vez más los espadas se salieron con la suya, presentando la cuestión en los siguientes términos:

El toro ha sido picado. ¡Buena pica, sí, señor! Con un poco de suerte tal vez el picador no hubiese abandonado el hierro en la carne del toro





El picador, siempre en el estribo, se dirige en el coche del diestro a la plaza

minos: «Señor piquero: El sueldo que usted reclama supone equis pesetas por puyazo; la cantidad es excesiva; pero para dar una prueba de nuestra buena voluntad la aceptamos sin reservas. Ahora bien, la modestia de nuestros devengos no nos permite pagar a ese precio más que la mitad de los puyazos actuales; así que, por nuestra parte, la cuestión queda zanjada en estos términos, o sea que se sube el sueldo a tantas pesetas con obligación de actuar en la mitad de ocasiones en el conjunto de la temporada.»

Con el banderillero el razonamiento fué similar y, en conclusión, el aumento ha quedado arreglado para la sufrida clase de los subalternos sin pensar en que los que de verdad resultan económicamente débiles (sobre todo al salir de la calle de la Victoria) son los espectadores, los cuales, por cierto, ya han dado muestras de mal humor ante el gesto que comentamos, a pesar de que cuando tenía, como los libros, el cartelito de «novedad», pudo incluso sorprender a los incautos.

### LOS TRES REMEDIOS

El primero consiste en aceptar la nueva moda con una restricción, pero no acuática, sino apendicular. Cuando un diestro pida el cambio de suerte se le concederá sin vacilar. Mas como ello supone la confesión paladina de que el toro no vale dos reales, no le será otorgada, haga lo que haga con él, ni rabo, ni oreja, ni pata, ni viscera de ninguna clase, ni tampoco se le permitirá dar la vuelta al ruedo para que no se canse inútilmente.

El segundo remedio es más espectacular y eficiente. Se respetará la urbanidad del monterazo pero los tiros irán dirigidos en otro sentido. El matador se descubrirá delante del lancero de tanda para decirle humildemente: «¿Quiere usted hacerme el señalado favor de permitir que sea yo el que mate el toro, ya que para eso me pagan?»

La escena, sin duda, resultaría emocionante, porque, como «también la gente de pica tiene su corazoncito», es muy posible que el fulano se decidiese a emular a Trigo picando al torito con el regatón. («Los toritos de Veragua,—como el agua,—blandos son,—y lo digo,—pues de Trigo—les asusta el regatón.»)

Hay todavía un tercer medio que está muy de moda en las relaciones laborales. Me refiero a la cuestión de las primas. El trabajo a jornal cunde poco; la faena a destajo supone una deficiente

calidad en la obra ejecutada. Pero el término medio existe y es tribo de pronto, y sobre él unas primas a la producción para estímulo eficaz del obrero. Aquí no serían a la producción, sino más bien a la falta de producción... de castigo excesivo. El matador diría al piquero: «Vas a ganar 3.000 pesetas por corrida, y por cada toro que me llegue vivo a la muleta, 1.000 pesetas más.»

Vale la pena de ensayar cualquiera de los tres métodos. Os aseguro que, unos más que otros, todos serán eficaces. Hay quien cree infundadamente que no hay más remedio que picar rematadamente mal..., y no es así. Con los toros de moda, los caballos de ahora, los petos en uso, los picadores de hoy y el modelo de casquillo que se estila se puede picar—si se quiere—discretamente. En las pasadas corridas de San Isidro salió un toro muy protestable. En un tris estubo que le mandaran al corral. ¿Por qué no fué retirado? Pues porque el picador se limitó a hacerle cosquillas con la vara, ya que si hubiese apretado, el animal, que tenía menos fuerza que una gaseosa de... ésas, se hubiera venido al suelo. Este hecho es siempre de fácil comprobación en circunstancias análogas, es decir, cuando el matador no quiere que le echen el sobrero.

«¡DALE, BERNABÉ!»

Siempre se ha dicho que el teatro ilustra mucho, y en efecto, coincidiendo con los albores de la temporada, el público ha comprobado como un matador vestido de violeta daba órdenes al picador para el más fácil acabamiento del toro. Teníamos una vaga sospecha de que esto era así; pero ya hemos quedado absolutamente convencidos, y por eso resulta abusivo al buen aficionado el gesto del espada pidiendo al presidente con lágrimas en los ojos: «¡Por favor, saque usted el moquero, que me quedo sin toro!», porque sabe que, muy bajito, le acaba de decir a su subalterno: «Profundiza y barrena... hasta que salga el petróleo.»

A la fiesta de toros no le va bien la hipocresía. Por eso el público de Madrid no se incomodó con Cagancho aquella aciaga tarde en que, muy apurado, ante un sexto toro grande y bronco, le dijo a Catalino con voz levantada: «¡Dale, Bernabé!» En el silencio de la plaza, la súplica del gitano cobraba un aire trágico. Y el público, siempre bonachón, le permitió al famoso piquero despacharse a su gusto. Bien está. Pero lo peor del caso es que ha seguido la tolerancia con matadores de peor estilo, picadores más sanguinarios y toros a tamaño reducido y más ingenios que un pichoncito del tiro.

Afortunadamente todo va a pasar pronto, pues ya se advierten claros síntomas de que, cuando un matador se quite la montera, el público le ha de increpar diciendo: «¡Nada de cambiar el tercio! ¡Cambie usted de subalterno, que es mucho más sencillo, o, en último caso, déle usted el monterazo al picador y déjese de garambainas!»

Luis FERNANDEZ SALCEDO



NO SE DEJE "AFEITAR"...  
¡AFEÍTESE VD. MISMO!



**KRON-VEST**  
pruebelo y observe

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitado KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

# CARRETA DE ROMEROS

## EL OMNIBUS DE LA FANTASIA, CAMINO DE COMPOSTELA

I

Verás la maravilla del camino  
camino de soñada Compostela  
—¡oh monte lila y fiavo!—pere-  
grino

MIENTRAS el señor de la boina a lo Larreta recitaba a Machado, yo pensaba, muy orteguiana, que congresos y jornadas literarias son, ante todo, hombre y su circunstancia. Las circunstancias, de momento, bajo un sol de pena capital; esperando su contenido de literatos hispánicos, dos autobuses.

Mi autobús —ómnibus— respiraba un clima confianzudo familiar, de carramato de titiriteros. Muchos escritores viajaban con sus esposas, alguno con su nieta, otro con su mamá. Y no faltó el castizo con su flirt, que se importó de Alemania. Los congresistas, solcos o individuales, pensábamos, con sospechoso rencor, que los casados eran unos frescos, pues se hacían invitar por partida doble. Los casados pensaban, a su vez, en la cuenta que tendrían que pagar por su cónyuge, puesto que no estaba invitado. La Comisión Organizadora lo había decidido así. Y una vez que se supo se alojó la tirantez que existía entre los bandos de individualistas y familiares. Siempre produce cierta placidez el observar que también la economía del prójimo está deteriorada.

Completo mi ómnibus con sus hispanistas en varios idiomas, niño guapo, mamás, abuelas, nietecitas, esposas gordas y flacas y rubita en su punto, como Teresita. En el colmo de la organización, por si había accidentes, Carlos Otero, vigía de mi ómnibus, nos había metido un padre menudito y claretiano. Gran previsión, cuando las carreteras están bacheadas y los medios de locomoción son inciertos, llevar un «páter», que puede prestarnos los más urgentes y últimos auxilios espirituales. El padre es Jesús Tomé. Veintiocho años rubios que aparentan veintiuno. El y yo hemos sido los más madrugadores en este sol de fuego para ocupar un buen asiento.

Gente conocida en España: Fernández Figueras, con su Teresa; Juan Gich, con su madre; Gerardo Diego, con Germaine; Federico Muelas, con sus filipinas... Más allá, el hispanista Van Praag; Germán Soriano, dominicano atezado con aire entre militar y cura Merino, muy simpaticote; el portorriqueño Alegría, con su esposa, señora de mucha clase, y su rionisima nietecita; Goyeneche, con el ingléslo Chaptman. Un plantel de todos y siempre elocuentes colombianos. La salvadoreña Antonia Galindo, maestra nacional—en su país, claro—, autora de cuentos infantiles y con aire de scribrina guapisima de la Macarrona, una novelista chilena. El señor académico filipino Barceló, que duerme. Otro filipino que cuando se duerme entre y ante nosotros tiene cuidado de quitarse previamente los zapatos. El bolivianito con su papá y Oswaldo Lira. El señor de la boina, Carlos Otero, galleguito de Lugo, distinguido, delgado y paciente. Y muchos más...

II

EL MILAGRO DE FRAY HERNANDO DE VILLACASTÍN, Y SATURNINO...

Vale la pena el pulverizarse concienzudamente

EL ESPAÑOL.—Pág. 46



riñones y demás vísceras en un ómnibus por pasar por el pueblo de Villacastín, donde hay una hermosa iglesia. Entre el bonaerense Juan Carlos Goyeneche y yo, como entre Suárez Carreño y yo, hay mutuas alergias. No simpatizamos en nada. Pero, en justicia, hay que reconocer que Goyeneche sabe de cosas de España mucho más que muchos españoles. Entiende y tiene simpatías por ellas. Así es él el más erudito, el que nos puede explicar al padre Tomé, a la familia Gich, a Chaptman y a mí la historia de fray Hernando de Villacastín, el maestro en arquitectura de Herrera. Que hizo esta hermosa y fuerte iglesia, en cuyo ábside, en una hornacina, se ostenta un San Sebastián con sus clavadas flechas dándole aire guerrero.

La iglesia está cerrada. Dentro se halla Saturnino, el sacristán ciego.

—¡Saturnino!...

—¡Saturninooo!...

Saturnino, además de ciego, parece sordo. Está allá arriba, campañeando con gloria. Nos ayudan a llamarle las vecinas que cosen sentadas en la sclana y un gallo bélico con aire de capitán de los tercios de Flandes. Al cabo baja Saturnino. Ciego, pero no feo, ni siquiera desgraciado. Nos enseña la iglesia; por dentro, sobria y noble, desprovista de la flora intestinal del gótico y del plateresco. El pueblo tiene señorío. Hay algunas casas, con zapatas, de una gracia sobria. Pero domina el milagro de la iglesia, que trazó fray Hernando de Villacastín.

III

HISPANISTAS. CASTELLANOS. Y TRUCHAS

A un descendiente de un conquistador, llámese Ojeda, Vera, Hurtado, Casa León, Vascónez, le gusta la España castellana, la no flamenca, más fernandina que isabelina, y anterior a Felipe el Hermoso. Le revienta la España afrancesada, aflamencada, con las muletas del gótico tardío, la hinchazón del plateresco y la locura de los chapiteles.

Tienen razón. Son peces de sangre noble, como la trucha, que es princesa del agua. Antes de morir quieren remontar hacia la primera fuente, al agua límpida y primera, donde les desovó Castilla la románica. La de Soria y Avila. Todos ellos llevan grabados en su cultura el verso de Manri-

que, que se saben de corazón y memoria. El recomianda en que dejen de ficciones extrañas, que tienen yerba secreta sus sabores.

Los hispanistas americanos insisten en la búsqueda de la primera Castilla, la sobria madre razeadora. La van pidiendo, sin andar mucho.

Y vuelven muchos a su América pensando que acaso lo mejor de madre Castilla está en ellos, americanos. En sus filologías y en lo que guardan como reliquias de los conquistadores. Objetos y vivencias. Sangre de ciertos apellidos extinguidos ya en España.

Y la primera Castilla, la que sonríe, de Jorge Manrique a Machado, pasando por los milagros de Quevedo y fray Luis de León, está ahí, a su lado, en arquitectura. Vigorosa y honesta, con firme belleza de soldado que, semidesnudo, descansaba, armado de su coraza de músculos, en el milagro de la iglesia de fray Hernando de Villacastín, maestro del arquitecto Herrera. El enlazó la fuerza militante y creyente del románico, la que vibra en las torres guerreras de la catedral de Sigüenza con la fe de Felipe II.

Mientras algunos estaban discutiendo sobre la Castilla que no veían, un hispanoamericano, Juan Carlos Goyeneche, nos la señaló en el milagro de fray Hernando de Villacastín. Esos milagros en que si uno fuera ateo—y no lo es, ni Machado consiguió serlo—nos harían amar más a la España católica. Hacer buena la confesión de Claudel, que no puede dejar de ser católico.

Por ver la iglesia nos quedamos sin refrescar en el bar. Que éste era pequeño milagro para el San Sebastián de fray Hernando de Villacastín, en desquite a nuestros compañeros que por un vaso de cerveza perdieron la ocasión de tan auténtica hermosura. Pero... ¿por qué, de veras, de veras les importa tan poco el arte a los escritores? A no ser que ejerzan crítica. Y les paguen por ello.

#### IV

#### FRASES HECHAS. LA AUTÉNTICA CASTILLA. FLAMENCOS DE VALLADOLID Y ALGUNOS MAS. EL CABALLERO DE OLMEDO

Llanura achicharrada que lleva a Valladolid. Olmedo, donde ocurrió el trágico crimen que dió lugar a una de las más bellas comedias de Lope:

*Que a la noche mataron  
al caballero  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

Más allá, Medina. Montes lunares.

*Sombras le avisaron  
que no saltase  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
al caballero,  
la gala de Medina  
la flor de Olmedo.*

La maldición del caballero de Olmedo, con su estela de leyenda negra, sigue pesando sobre España, propagada, y esto es lo que duele, por ciertos de nuestros mejores amigos, los hispanistas que nos buscan ceñudos y pintorescos. Ya dice en mi ómnibus, al ver tanta sequedad, un hispanista alemán:

—¡La verdadera Castilla!...

Y lo malo no es que lo diga, sino lo que papantean en asentimientos muchos del autobús literario. Da gana de darles de coscorriones, así en todos los pinares de Soria y Burgos; en los encinares y peñas de Santander; remojarles en ríos y regatos y darles el último chapuzón en el Cantábrico. Pasarles por el puerto de Béjar, hacerles que se coman todo el verde que tiene toda la auténtica Castilla, la gentil, la jugosa. La de bosque, montaña y río. La que es vergel majestuoso. Llevarles luego por la ruta del Quijote y chapuzarles en Ruedera. Pero Ortega sacó la moda de hablar de la paramera, y todos seguiremos hablando de eso y de la entelequia política al pisar Castilla.

#### V

#### GABRIEL Y GALAN. LA INDISCIPLINA DEL PADRE TOMÉ. GERARDO DIEGO

Ya por Olmedo, los postes cuentakilómetros del camino se han puesto a cantar muy alegremente «A Gijón, tantos kilómetros».

El solo nombre de un puerto de mar y villa asturianos da frescor al camino. Vamos hacia León. El paisaje se endulza de verdes. Distraídas por el paso del ómnibus, mujeres fuertes, de ojos claros, sin achicharrar la blanca carne, y con un pañuelo atado a la cabeza, tapándoles casi las cejas. Acaban las casas de tierra y el aire pierde sentido mineral. Vamos hacia la cuna de España, hacia el León que tuvo Reyes antes que en Castilla el Conde Fernán González empezara a dar leyes. Hay una chica redondita y guapa, con un pañuelo rojo atado a la cabeza castaña, de pelo fino y forma bellísima. España gentil. Sonríe al ómnibus.

El padre Tomé se me está confesando. Ya le han secudido sus revistas literarias dos poetisas venezolanas. Una, alta; otra, menudita; ambas inseparables.

El padre Tomé sigue sus confesiones. Es devoto de la Virgen. Y, por ende, de San Juan de la Cruz. Yo, del Espíritu Santo, devoción poco extendida, que se debía fomentar entre intelectuales, a ver si se nos iluminaba un poco la mollera. Y, por ende, de fray Luis de León, cuya religiosidad inteligente me va más que la mística arrebatada de San Juan. Recomendado fray Luis, con todos sus poemas neoplatónicos al padre Tomé.

El padre Tomé colabora en la revista «Angelus», claretiana, de sacerdotes o presacerdotes, y con buena poesía. Tiene unos versos muy bellos, en los que hay dos imágenes expresivas y acertadas,



para retratar la humilde soledad del ordenado. Habla en ellos de las manos calentándose en el tazón del desayuno.

Buen poeta y moderno, el padre Tomé. Suspira su inquietud literaria.

—Yo antes no escribía así... Claro, era tan jovenito... Y algún superior se me ha quejado. ¡Ay este padre Tomé, que ya no escribe esos versos tan bonitos a lo Gabriel y Galán!

—Entonces, padre Tomé, váyase usted con Gerardo Diego, que presenta en estas jornadas una ponencia sobre reivindicación de Gabriel y Galán...

## VI

### PULCRA LEONINA. DON CELESTINO OLIDEN. EL TALISMAN

Con la noche, entre discusiones literarias, se nos ha echado encima León. Graciosa, bella, limpia, moderna. Recuerdos de su pasado romano Legio y de los Reyes godos, y de Quevedo. Historia. La catedral es importantísima para el turista. Pero casi tan importante como la catedral, pues de pan también vive el hombre, es el hotel Oviden. De don Celestino Oviden, que no me ha dado una chica por la propaganda. Hotel particular, sin caer en las garras de las Sociedades Anónimas.

Aunque la catedral es sonriente y franco, a las once de la noche es más importante la sonrisa del conserje del hotel. No hay habitaciones. Han llegado unos autobuses cargados de americanos y de dólares. Pero particularmente, una se acerca al conserje con el viejo sésamo ábrete. El documento mágico, que si no lo ve no lo cree. Ganzúa de hoteles.

—Oiga, por favor, yo soy periodista. Necesito una habitación.

Tiro el carnet al desgaire, sobre el mostrador, con ademán aburrido. Hay habitación. No sé de qué argucias se habrá valido Fernández Figuerola, que, con su Teresa, ha encontrado también habitación en el hotel. ¿También carnet de Prensa?

La ciudad está abarrotada por diversas peregrinaciones camino de Santiago. No se encuentra alojamiento. Al fin, se acomoda a la mayor parte del ómnibus en un albergue de nombre dulce, sonoro y significativo: Hotel Orejas. Otros, en casas particulares, y algunos, en otro cuyo nombre no recuerdo. Los que, disgregándonos de la expedición, hemos encontrado buen acomodo, somos mal mirados.

Las circunstancias son ahora a la mesa de otro hotel. En aras del periodismo y la confraternización hispánica me siento con los filipinos.

## VII

### EL ESPAÑOL EN FILIPINAS. HOTEL OREJAS. LOS POBRECILLOS ESCRITORES

El mayor, el señor don Emeterio Barceló. Platirino con gafas.

—Nosotros, los filipinos, somos malayos, de Oceanía... Nada de chinos ni de japoneses...

Bueno... Es extraordinario lo bien que está organizada la cuestión de las razas por el ancho mundo. Todos estamos orgullosos de la nuestra.

Esto, con el talento y el sentido común, es lo mejor repartido por la Divina Sabiduría.

Don Emeterio es un prohombre en su país. Correspondiente de nuestra Academia, hombre de la generación conservadora, anterior a Pemán, ha realizado un gran estudio filológico donde demuestra que diez mil voces del tagalo son de incrustación española (debe ser algo así como eso de las voces latinas incrustadas en el inglés).

Por esa mala pata que persigue y cocea a los sabios distraídos, resulta que ese trabajo, ¡de toda una vida!, se ha perdido durante la guerra mundial. Comprendo las angustias de este docto filólogo, bajo su palabra, si no tiene tiempo de rehacer sus textos.

El otro filipino, el señor Reyes, más joven, con algo de aire gallego, me explica que no me apure, que un amigo suyo ha descubierto doce mil voces españolas incrustadas en el tagalo.

En fin, que la filología está de enhorabuena. Siento que no esté a mi lado el profesor de Columbia para comunicárselo. Se pierden diez mil palabras, pero se encuentran doce mil. Hemos salido ganando. ¡Qué le vamos a hacer, don Emeterio! Que parezcan, aunque no sean, suyas.

Se habla de religión, propaganda por nuestros frailes en la nación de las miles de islas. De periodismo. Cada día se habla más inglés. Y se escribe. El señor Reyes Ortega me explica que la gente joven admira a Faulkner y escribe en inglés. Entre otras cosas, porque los periódicos de habla inglesa pagan mejor. La panacea es la de siempre: el dinero. Un periódico español en Filipinas, subvencionado por España...

Agria y avara, como contribuyente, le contesté al señor Barceló que son ellos, los hispanistas filipinos, los que deben subvencionar ese periódico. El amor, cuando cuesta dinero es más amor. Aparte de que Filipinas es próspera. En sus chozas de nipa los nativos tienen televisión y frigorífico. A esto se llama una civilización técnica.

Llega la hora de pagar la cuenta; cada uno la suya. Yo pienso que para las mujeres, en su intimidad, sólo existen dos razas de hombres: los que, no nos dejan pagar nada y los otros. Encontramos más fascinación viril en la primera raza. Lo demás, cuestiones y pamemas para antropólogos. Hay cierta marejadilla. Filipinos, españoles y algún que otro hispanoamericano están preocupados por cuándo se les entregan las dos mil pesetas con que se paga nuestros trabajos —ponencias— en el congreso. El filólogo de la boina, sonriente, apunta en su cuadernito, sin poder evitar que yo lea por encima: «Gente plebeya y económica... Se pasan todo el viaje preguntando cuándo les van a pagar...»

Es una vergüenza que en Europa latina el escritor suela ser síntoma de pobre. Pero es aún mayor vergüenza que no lo disimulemos. Así pasa luego eso que cuenta con tanta gracia Baroja cuando él, con otro grupo de ilustres, quiso saludar a una marquesa. Esta repuso:

—«Los escritores? Sí, que pasen, pobrecillos...»

Esta noche parecen casi todos escritores de la marquesa barojiana. Para mayor ludibrio, los autobuses salen a las siete de la mañana. Recuerdo al Gobernador Del Moral, Gaspar Gómez de la Serna, Martínez Val y García Pavón, organizadores de las Jornadas Literarias por La Mancha. ¡Oh autobús, oh «jeep», que nunca arrancaste antes de las once de la mañana de ningún pueblo de la ruta de Don Quijote! Gracias te sean dadas por su cortesía con los «pobrecillos escritores».

## VIII

### EL SATURNINO DE LOS CANONIGOS DE LEON

Con Teresa, un grupo de «pobrecillos escritores», Fernández Figuerola, Alfonso Armas y yo, hemos madrugado. A las seis y media plantamos nuestras prendas y banderas de ocupación en los puestos delanteros del autobús. Luego, a ver la catedral. León es una ciudad bella y supercivilizada, donde antes de las ocho de la mañana no rebulle un ánima por la calle. Un vistazo a San Marcos, a la casa donde vivió Lope de Rueda, al palacio arzobispal, construido por Gaudí. A Santos Torroella, como catalanizante, todo Gaudí le parece muy bien.

—Está hecho con queso de Villalón—dictaminó. Goyeneche y el ex gordiano Chaptman ya están buscando el Saturnino que ha de abrirnos paso a la catedral. Es un Saturnino algo avieso en el mirar. Revienta de satisfacción al decirnos:

*Casi sin darte cuenta...*

será un experto en

**CONTABILIDAD**  
(Teneduría de Libros)

\*  
CALCULO MERCANTIL  
REDACCION

TAQUIGRAFIA \* ADMINISTRADOR  
MECANOGRAFIA \* CORRESPONSAL

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro  
de  
Cultura  
por  
Correspondencia



gan para que no abra antes de las siete y media...

Nos mira de arriba abajo, despreciándonos... ¡Qué se puede pensar de unas personas que a las siete de la mañana aun no se han acostado! Porque levantarse a estas horas, en León, ni las beatas. Las calles es án sin abrir aún. En los bares, los cierres sin alzar. ¡Oh León, ciudad sana, comodona, bonitamente urbanizada, adornada de piedras antiguas, que duermes a pierna suelta, mientras los «pobrecillos escritores», achuchados y voceados como gallinas por Carlos Robles, ingresamos—¡son las siete y media de la mañana!— en el ómnibus!

Adiós, León de los canónigos inteligentes, del hotel confortable, del poeta Eugenio de Nora y de Victoriano Cremer, el lírico que nos anatematizó a todos los frívolos desde «Espadaña», antagonista hijuela de la gran revista «Garcilaso». Adiós, León, ¡cómo te cuidas!

## IX

### ASTORGA, ALPUJARRENA. ADEMÁS, LOS CHURROS. EL POETA PANERO

Los semblantes de los que han pernoctado en el hotel Orejas son más bien dramáticos. Sólo se han afeitado los barbilampifios. El ómnibus de las letras más parece el ómnibus de los forajidos.

Entramos en Astorga, con sus bellas iglesias, sus recios muros. Ciudad umbría misteriosa y cerrada. Aquí transplantó Felipe II los pocos moriscos alpujarreños que quedaron vivos después de lo de D. n Fernando de Valor. Mi corazón de chica de Guadix siente amor por esta ciudad. Aquí van los más bellos trajes regionales; las danzas, guerreras y misteriosas; los cantares, ingenuamente desvergonzados:

*Maragato pato,  
rabo de cuchar  
cuántos años tienes  
para irte a casar.*

Aquí se mezclaron los cabellos rubios y los ojos azules de los godos con el fuego de la España africana. Sobre aquí Concha Espina escribió una inexacta pero hermosa novela: «La esfinge maragata». Recuerdo a mi amigo López Sancho, de Astorga, el Isidro de «A B C». Y a este poeta, Leopoldo Panero, tan poco Gabriel y Galán, con su voz de bordón, que ha señalado con una bandera orgullosa, en el mapa internacional de la poesía del siglo XX, la ciudad donde nació. Sí, dentro de muchos años se hablará de Astorga diciendo: «Aquí nació Leopoldo Panero». Aquí se compran las estupendas mantecadas. Se comen unos churros insultantes en su atroz tamaño. Teresa hace un gesto muy elegante con la pobrecilla escritora. Se va a la cocina del bar ella misma para traer mi café. Ya tiene clase una mujer para servir a otra. Me deja boquiabierta.

## X

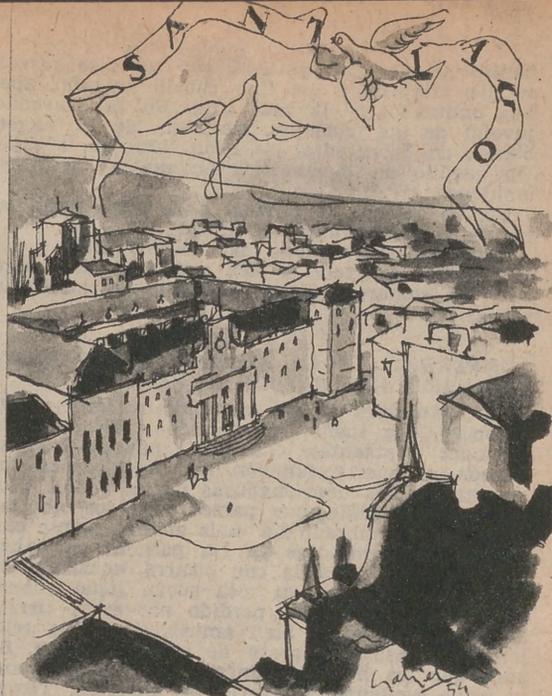
### VILLA FRANCA DEL BIERZO. CON JOSE MARIA PEMAN, GIL Y CARRASCO Y ALGUN ESCRITOR MÁS. LOS ALMIBARES DE LEDO. RECUERDO DE DON ALVARO CUNQUEIRO

Camino lleno de curvas y frondosidades. La España, fuerte y jugosa, que hacía escribir, maravillado, a Alfonso el Sabio: «¡Madre España, qué hermosa eres!»

Esta, no la de las estepas y secarrales, nos va incorporando a Europa por el camino de Santiago. Arboles nobles, nogales y castaños, bordean el camino. Se comprende que esta tierra, con su punta de misterio, fuese amada por los templarios. ¿Por qué desapareció, finalmente, en España la nobilísima y refinada Orden? Es curioso que el fallecido bastión de Europa aun tenga campeones sentimentales dentro de mucha literatura. No, el Temple no ha muerto.

Villafranca del Bierzo... ¡La que armó usted, José María Pemán, cuando en un artículo, infausto, de «A B C» citó con desgaire andaluz «un patán de Villafranca del Bierzo»!

Pero en Villafranca no hay patanes. Es una gente antigua. Hay dos razas. Una, de facciones en las que estampan aún su poderío los orgullosos señores del Temple. Descendientes de aristócratas, con planta orgullosa. Caballeros quebradizos, de aire claro. No sé cómo sería Gil y Carrasco. Recuerdo a los Válgoma, especialmente al que se murió, hermano de Carlos y de Dalmiro. Dalmiro de la Válgoma, algo tan sutilmente refinado como es un genealogista. Y los otros, esbeltos y rubios, con algo de Van Dyck. En esta villa, donde cada piedra está cargada de biaso-



nes, no hay patanes, sino decadentes. Viejas simientes medievales.

Otra raza también en esta comarca. De la gleba. Morenos en cabello y ojos, de mirar tímido y casi devoto. Deben ser los descendientes de los antiguos criados de los monasterios. Son humildes, pero no bárbaros. Y extraordinariamente antiguos. No todo ha de ser literatura y cientos de casas nobles rodeadas de árboles, cabe un río de cuadro de Ruysdael. Vayamos a lo que se hace. Los almibares de Ledo. Almibares en que la conserva tiene todo el tesor del fresco fruto y el perfume, más mayor dulzor. Almibares que se deben consumir totalmente en la comarca. Rara demostración de cómo a veces la dulcería seglar puede competir con la de los conventos. Paladear un fruto de Ledo es paladear civilización. Miles de años de historia.

En la plaza está la confitería de Beberide.

—¡Eh, Beberide!... ¿No te acuerdas de mí?...

Estuve hace años aquí. Beberide fué, en cierto modo, un compañero. Ilustró en «La linterna» las crónicas de González Cereales—hoy redactor jefe de «Informaciones» y marido de Carmen Laforet—. Yo he descubierto sus dibujos mirando revistas atrasadas. Y la verdad, no lo hacía mal.

Beberide se ha enterrado en su viejísima Villafranca. No tiene almibares. Ni hay tiempo, por exigencias del itinerario, a que nos los busque. Tampoco podemos comprar el buen vino de Villafranca, limón, oro y rosado. Vino extraordinario. La villa tiene buenos químicos, que no tienen que envidiar a los franceses. Este vino, Alvaro Cunqueiro nos descubrió que lo venden en Madrid en una tasca de detrás de la plaza de la Cebada. Vino digno del rey Artús, como diría don Alvaro. Lo paladeamos con Eusebio García Luengo, que entonces era frívolo y me intentó enseñarme a bailar el chotis, y con el uruguayo Carlos Gurméndez, entre otros. Ya hacíamos hispanoamericanismo.

Tristes, sin almibares y sin vino, serios productos de la civilización occidental, seguimos por tierras de templarios.

## XI

### NUESTRA SEÑORA DEL BIERZO

Verdor y maderas nobles. Nogales, troncos de castaños abandonados aquí y allá. El problema de estas tierras es encontrar artesanos. No hay apenas. Casas nuevas y chozas viejas, con techos cónicos, de bálago. Un pueblo de nombre bellissimo, «Ambasmestas», impronta del poderío castellano. Un paso difícil, antaño amado de ladrones, Cazabelos. Una vaquita, otra vaquilla, varias vacas pastando descaradamente en un prado vertical, riéndose e infringiendo las leyes de la gravedad. Flores, perfume, humedad. Torreones derruidos, huellas de la ruta jacobea. Sentada sobre un árbol derribado, grave y elegante, una moza. Los ojos perdidos en el verdor fronterero; pero, en realidad, se está mirando a sí misma. Mirando

dentro de su alma antigua, con sus ojos garzos, su piel trigueña y ese fino cabello castaño, apenas ondulado, de la raza aria. En la gravedad juvenil de las facciones, hermana de la Virgen blanca de la catedral de León. Mas no lo sabe. Un gestillo de melancólica envidia al paso del omnibus.

Yo, en cambio, te envidió a ti, moza hermosa, por la robusta finura de tu raza.

Adiós, nuestra señora del Bierzo; Dios y los hombres te den todo el bien que le pedimos para ti y tu comarca. Hasta siempre, sonriente europea.

## XII

### PONFERRADA Y LA ALEGRIA DEL CARBON. EL OMNIBUS MUERTO

La Naturaleza se va poniendo majestuosa. El autobús tiene sueño. A un lado y otro, montes redondos y potentes. Galicia es nodriza robusta, y León, su puerta, también. Asoma el carbón sus esquinas en las descarnaduras de los valles. Flor musgosa, moradilla, que parece como los ojos del carbón. Un sembrado de maíz ambrosamente cuidado, desabrochándose ya las panojas su pajiza casaca. Casas techadas con pizarra, encaladas en gris... Y hasta una en rosa sucio. ¿Qué minero de acento andaluz irá perdido por estas tierras húmedas? Viviendas bien amuebladas. Una relojería con rico escaparate de relojes en oro. Sí, para que los mineros compren. Por aquí asomó su brillo opulento la alegría del wolfram. Torres cuadradas, con recuerdos de Big y Ben, son, más motivo que sostener un reloj, regalo de la otra posguerra mundial. Riqueza nueva, de no más de un siglo. Gente bien vestida. El bienestar tocando de belleza una ciudad chica, ni fea, ni bonita. Sobre los montones de carbón, sentados, siempre rubios, los mineros. Miran el omnibus con aire jaquetón y un sí no es despreciativo. En América un minero gana más que un periodista. Los sindicatos de carbón—sin matiz político alguno—son la organización gremial más poderosa y temida por Wall Street. Alguno de estos hombres, que ojea despectivo nuestro autobús, lo hace así porque no le parece hermoso. El se comprará un día un coche moderno y perfilado. Se jugará la vida en la peor mina. Sólo es cuestión de esperar que suene otra vez la hora del wolfram.

Me gusta esta gente, gracias a la que se aprieta el hogar en torno a la cocina y se puede escribir en un despacho caldeado. Esta gente, que engendra hijos soberbios y bien alimentados a costa de un diario sacrificio de trabajo. Está bien el milagro de fray Hernando de Villacastín. Pero, entre la entelequia de una Castilla polvorosa y decrepita y la realidad de una región minera, destripando sus entrañas al compás del siglo XX, prefiero la segunda. Hay flores en todas las galerías de las casas, aunque están tiznadas de carbonilla. En los pueblos de la Castilla lunar, ni una sola maceta en una sola ventana. Tierra en el paisaje, en la arquitectura.

El omnibus, barco de difuntos. Sólo están en vigilia Teresa, Fernández Figueras, la familia Gich, el niño boliviano, la boina a lo Larreta y yo. Bien delante, Carlos Otero, en el abaqueta, con el chófer, José Antonio, haciéndole compañía desvelada, como se debe hacer cuando se va con quien trabaja.

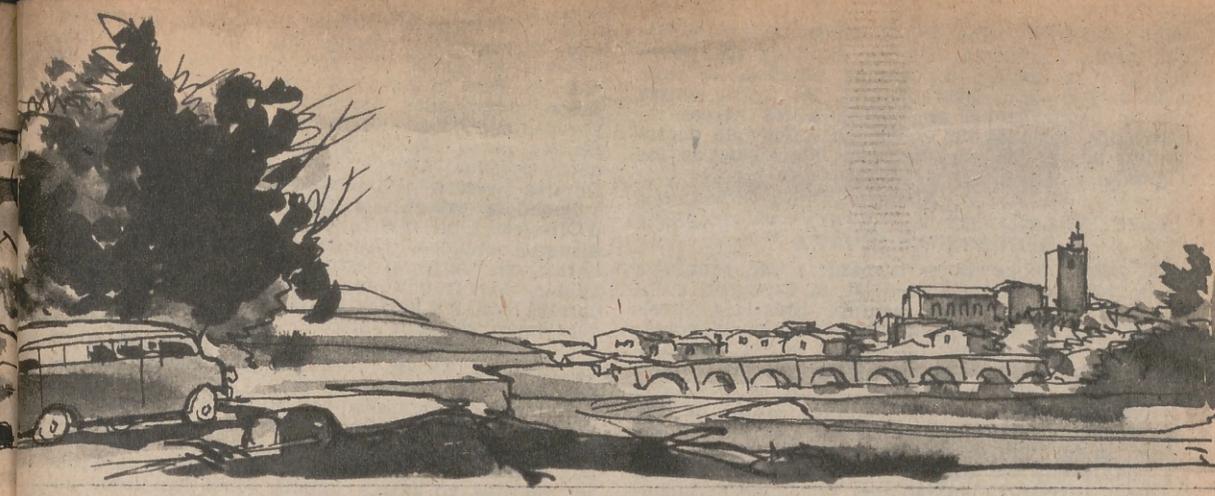
Todos feisimos cuando duermen. A muchos se les cae la mandíbula. Espectáculo poco reconfortante. La muerte, al menos comunica dignidad a los rostros. Da ganas de bajarse del autobús, fúnebre carro de fantasmas, y ponerse a charlar—si me admiten—con los hombres vivos que clasifican el carbón. Terminaré siendo un muerto ambulante por las carreteras españolas? Por fortuna, el mareo de alguien despierta al omnibus. Mientras tanto, Antonia Galindo:

—Oye, Eugenia, tú que te quedas con todo el autobús y eres de armas tomar..., ¿por qué no pides una peseta a cada uno para el chófer? Trabaja mucho.

—Bien. Como soy de armas tomar, pediré un duro...

Así ha sido. El padre Tomás, el tesorero, Teresa, la más activa peticionaria. Pero nunca comprenderé cómo yendo cincuenta y tantos viajeros en el autobús no se han reunido más que treinta duros para el chófer. Aquí fallan las matemáticas.

Entrada en Lugo. Carlos Otero está muy contento, porque es su tierra. Más flores, más verdor vivo, más árboles nobles. Las primeras «co-



reddoiras», caminitos en zanjas, entre dos prados, sombreados de árboles. Galicia. Y la carretera, como española, ensanchándose. Da alegría ver que al tráfico rodado de España se le han quedado chicos sus caminos. España entra en el siglo XX. Más piedras nobles. Cristales en las galerías. Las casas sueñan con el mar. Un parque bonito. Catedral extraña. Catedrales de Galicia, con más misterio que las de Castilla. Hotel delicioso, prerrafaelista, con vitrales de colores y comedor en invernalero. El hispanista Van Praag me pregunta por Fernández Flórez, gallego ilustre, si los hay, y novelista universal.

## XIII

### SANTIAGO: ORATORIA, BUEN PAN Y CANCIONES DE TUNA

Otra vez más carretera. Santiago, remítanse ustedes a la Prensa y a «La Casa de la Troya». Santiago, abarrotado de peregrinos del mundo. En «El Asesino», donde iba a comer con frecuencia el ex Rey de Inglaterra, duque de Windsor, no se puede comer ni una vieira. En el café bonito, donde suelen ir estudiantes y militares, conocido en los pulpitos por «la perdición de Santiago», ni tomar un café. A la puerta del hotel Compostela, la Comisión Organizadora. Panero, González Robles, Nieto...

Pilar Narvión, elegantísima con un chal con dorados. Carmen Castro de Zubiria, fina y aguilera, el sombrero bien colocado sobre el lindo cabello entrecano. Amira de la Rosa, con Caballero Calderón, que se ha dejado una barba impresionante.

Inauguración ritual de las Jornadas Literarias. En Fonseca, Joaquín Ruiz-Giménez sigue pareciéndose a Cary Grant, pero con aire más distraído y el pelo rizado. Sánchez Bella, Legaz Lacambra, Starkie e infinidad de hispanistas europeos.

Elocuencia con distintos acentos. Oratoria, arte intransmisible periódicamente. ¡Qué bonito es Fonseca! ¡Recuerdan ustedes la canción de los estudiantes?

*Sola, sola, sola se queda Fonseca.  
Triste y callada queda la Universidad.  
Las aulas, las aulas, abandonadas,  
y los libros y los libros empuñados  
en el Monte de Piedad.*

Hay que cantarle con mucho va y viene, y con calderones, para que la letra estire a la música. Luego viene aquello tan romántico:

*Está la calle mojada  
que parece que llovió.  
Son lágrimas de una nena  
porque a su amor perdió.*

Y ahora se queja ella:

*¿Tú te acuerdas cuando me decías  
a la luz de la pálida luna:  
«Yo no puedo querer más que a una  
y esa una, mi vida, eres tú?»*

¡Qué bella es la canción de los estudiantes de Santiago! Tiene la dulzura de Rosalía de Castro. Y la ventaja, impresionante para quien escribe en castellano, que sus versos no lloran en gallego.

Aquí dió cátedra Santiago Montero Díaz. Aquí, por la plaza de los Literarios, la zumbona estudiantina santiaguesa, al salir de una conferencia de cierto maestro pelmazo e insigne, lo sacó en hombros con ánimo de echarle al pilón de la fuente.

Cóctel de recepción. Bien servido. Alcalde simpático. Hay que dejar Santiago, con su extraordinario románico. Con su barroco compostelano que hace soñar en Bizancio. Con sus confesionarios políglotas. Hasta para los fieles de lengua húngarica. La estatua de Rosalía en el parque discreto. Perfume de magnolias. El espléndido pan de esta tierra, trabajado como quizá no se trabaje ninguno en España. Molletes de Santiago—¿pan de Boas?—, que no tenéis nada que envidiar a la mejor creación del panadero francés. Santiago, ilustrado de muy buenas librerías. Ciudad con gran clase. Su salsa, ciudad de invierno y orbayo. Es cuando está más bella.

## XIV

### LAS DOS AMERICAS. LOS DOS BENAVENTES

Primera sesión del Congreso. Amira de la Rosa pide un minuto de silencio por don Jacinto Benavente. Entre el sesenta por ciento de los que realizamos esta pequeña velada necrológica hay su guasa. Lo más joven del omnibus de las literaturas hispánicas asistió a un Benavente: el de sus mejores obras. Incluso llegó aplaudir medio siglo de teatro español, en las últimas producciones sólo manera, del inteligente viejecito.

Pero cintajos, elegías, funeral..., ¿ya para qué? Benavente, que en su vida tomó posesión del sillón de la Academia, se hubiera sonreído cuando tenía nuestros afics de semejantes minutos de silencio.

\*\*\*

Las mejores ponencias de este Congreso se desarrollarán en Riazor. Playa chica, provinciana, encantadora. Bañeras que ceden la caseta y cuidan de la ropa a precios angelicales. Una gruesa maroma desde la playa al mar como seguro, para que los no nadadores no nos ahogemos. Niños por todas partes. Entre la arena, algún poeta joven que otro.

Eduardo Cepeda, nicaragüense, muy inteligente. Premio nacional de poesía en su país a los veinte años. Cinco mil córdobas, que son veinticinco mil pesetas.

—¡Vaya nombre bonito que tiene tu moneda!

—Por favor, Eugenia... Pon que yo no soy de los suramericanos retóricos.

—Y Pablo Antonio Cuadra, ¿qué?

—Es un místico. Es el único retórico que perdonamos los jóvenes.

—No me gustan los místicos. Me gusta la fe con manos...

Jaime Ferrán, premio de poesía «Ciudad de Barcelona», protesta. El pertenece a esta joven y ultimísima generación de poetas catolicísimos. Pero, coré, cede la palabra a Cepeda.

—Yo voy a hablar de la influencia del paisaje en el lenguaje poético.

—Está bien. Sobre todo Pablo Neruda, torrencial. Y el «Martín Fierro»...

—En España estoy haciendo un estudio sobre filósofos españoles. Toda la filosofía, desde Séneca a Ortega...

—¡Hum!... ¿Filosofía española? ¿Por qué no pones moralistas?

Es curioso, una no cree en la inexistente filosofía española. Suárez, el concepto del ente: un chisporroteo de Gracián; Ganivet y Balmes fueron, ante todo, sociólogos y políticos. Ortega y Unamuno, entes por dilucidar. Y la joven América, la no retórica, cree en nuestra filosofía.

## XV

### POR QUE CORUNA SE LLAMA CORUNA. LA TORRE DE HERCULES

El faro de La Coruña es carlostercista por fuera, y por dentro, romano. Ese buen Rey, alcalde de Madrid y de Nápoles y de otras muchas ciudades españolas y americanas, se dió cuenta de que la recia torre romana, donde se escribe el abolengo de Coruña, se estaba desmoronando. Y la forró en sobrias piedras dieciochescas. Otra verdad tan bella es que fué Hércules quien construyó la torre como dolmen funeral de las cabezas de la hidra que, océano más, mar menos, mató por aquí y enterró debajo el faro.

Coruña romana es para muchos una Coruña céltica preferible. El más ilustre rey de los celtas construyó su Babel personal. Quería otear las tierras del otro lado del mar. Y, construida la torre, se subió a lo alto de ella. Vió verde Erin y Gran Bretaña. Y, como todas las babeles, hubo dispersión. El rey de los celtas, mucho antes que Julio César soñara en civilizar levemente Britania, se marchó a fundar otras ciudades y razas en tierras insulares. Dejó como huella de su paso por tierras suevas esta columna, a la que un día vinieron a rendir tributo las sombras románticas del héroe inglés sir John Moore y de lady Stanhope. La niebla es llanto de ella, buscándole a él.

La torre de Hércules da nombre a la ciudad. Aquí alguna gente española—peninsular—se pierde en disquisiciones bizantinas y erradas.

Del viejo nombre de «columna», Coruña. El grupo eme ene da efie, vulgarísimamente. La ele, letra traviesa, amiga de cambiarse de sitio con sus hermanas ele y erre, escoge otro sonido lido. Y de columna a Coruña, nombre de abolengo romano, si los hay...

Esta lección de filología nos la dió, porque otros no la supieron, el venezolano Francisco Vera Izquierdo. Que así descubrimos que se llama el filólogo de la boina sonriente.

## XVI

### UN POQUITO DEL NOVENTA Y OCHO AUTENTICO. «CUBA Y PUERTO RICO SON...»

*Cuba y Puerto Rico son  
de una paloma dos alas,  
reciben besos y balas  
en el mismo corazón.*

—¡Qué bonita esa copia, señor Alegría! Una habanera, ¿no?

—La hizo una poetisa portorriqueña...

—Cree que era letra española...

—Español de América... ¿Sabe usted que en Puerto Rico nunca se arrió la bandera? Por la noche, cuando no veía nadie, se consintió que bajaran la bandera española...

Va a seguir explicándome algo. De pronto las lágrimas le cortan la palabra. Anciano guapo, algo más joven, pero no mucho más, que pueda serlo Azorin, un noventa y ocho. Se siente lo que debió ser una tragedia nacional y colonial vivida con autenticidad, no en faramallas literarias.

El señor José S. Alegría es escritor. Tiene anotado mucho folklore de su patria. Me regala un libro de narraciones: «Retablo de Aldea». España y Puerto Rico, que se fué con las colonias. Libro romántico y preciso. Caracola sobre un piano antiguo. Sí, claro, claro, escriban mejor los del noventa y ocho literario. El noventa y

ocho científico, como don Santiago Ramón y Cajal, hacia la guerra. Cuando se haga sin pasiones y a la luz de una verdad española, la revisión de toda esa generación, se les podrá acusar de no haber tenido en cuenta a los héroes repatriados, comidos de fiebre. Ni a los que defenderían su lengua española por los siglos de los siglos...

### XVII

#### ANECDOTARIO DE LA SABIA Y DISERTA COMISION QUINTA

El grupo de escritores hispánicos nos reunimos para trabajar. La más esencial, la Comisión quinta. En su mayor parte, asuntos prácticos. Presidente, Manuel Arce Valladares, dominicano poeta. No pudo llegar hasta la víspera de la clausura. Muy guapo. Rubio oscuro, con perilla. Retratado por Alenza. El día de la clausura se descubrió descendiente de los conquistadores. Habló de Pérez Lugín. Terminó recitando unos versos en gallego en los que se ponía de rodillas delante de la madre España. Recitar versos en lugar público y en el correspondiente idioma vernáculo es inconveniencia que suelen realizar los poetas, cosas que pasan hasta en las mejores familias. Pero... ¿por qué de rodillas? Lo siento, señor Arce, los españoles no nos merecemos tanto. Créame. Ni nadie...

El relator de la Comisión quinta, director de la revista «Índice», Fernández Figueroa. Belicoso, entre otras razones, porque es ex combatiente.

Tiene, además, madera de buen diplomático. Gran jefe de protocolo.

«¡So, guapa!...», dice Fernández Figueroa. Y la oratoria, al no sentirse llamar por su nombre, para. Y hasta se calla. Un poco disconforme.

Sin embargo, en mis narices y en las barbas de todos los concurrentes, que creían por palmos según escuchaban, esa bestia parda de la oratoria se desmandó. El auditorio se desmayaba de ocultar bostezos. Una pensaba en sus cosas. Y un periodista, muy correcto, interpelló: «Perdón... Esa palabra no la he entendido... ¿Quiere repetirla?» Todos los no oradores nos volvimos con acombros a mirar al dicente. ¿Qué más da una palabra que otra? Ya sabemos que lo que se trata en estos casos es de hacer juegos florales. El interruptor siguió con gesto impasible.

«O éste es tonto o se quiere quedar con nosotros...», pensaba una. Se quería quedar. La interrupción secó el atortolado río oratorio. Luego vino otro periodista. Este, español. Habló de las importaciones de libros. Las evaluó en kilos. El año pasado se importaron cuarenta mil kilos... El anterior...

Figueroa pestañeó. ¿Habría oído mal? Kilos o libros. No, eran libros.

—Por favor, padre, que no le he entendido bien... Esos kilos de libros... ¿Se refiere usted a libros en rústica o encuadernados? Porque el peso varía entonces...

Hubo perplejidad, que no respuesta. Y yo me di cuenta que el interruptor era tan inteligente como Camón Anar... O por lo menos como Luis Filgueira Valverde. Que, con don Victoriano García Martí y Sebastián Juan Arbó, fueron honra y prez de la quinta Comisión.

El portugués Ossorio de Oliveira es también tipo interesante. Antropólogo ultracivilizadísimo. Hispanista «rara avis» en Portugal. El resto, sentimentales o sumbones.

A la salida, el del rostro pétreo me interpelló: —Oye, ¿cómo se llama ese señor español que se le nota en la cara un enorme esfuerzo muscular para parecer inteligente...? Le cuesta mucho trabajo simular ese gesto.

Me desmontó, como dicen en la bella Italia. He tardado yo, y algunos ilustres amigos míos, unos diez años en descubrir el enorme esfuerzo muscular. Y un venezolanito que viene a España a cazar la «capra hispánica» lo descubre al primer día. Está visto que los viajes ilustran mucho...

### XVIII

#### CONSECUENCIAS PRACTICAS. LA DEMOCRACIA, MAL SISTEMA

Alguna tomada en el salón de sesiones del Ayuntamiento de La Coruña. Rico, con el barroquismo del siglo pasado.

Ponencia presentada por el uruguayo Carlos Lacalle. Sobre una oficina de traducciones de obras españolas. Esta oficina estará en contacto con las editoriales del mundo. Hay una desoladora proporción entre las obras de autores españoles por el

mundo de lenguas europeas y el resto. El pasado año se vertieron setenta mil libros a distintos idiomas. De éstos, sólo setecientos de autores españoles. Pese a los ciento veinticinco millones de hispanoamericanos. De los setecientos, en su mayor parte clásicos: Cervantes, Calderón, Gracián... De los modernos, en proporción ínfima, por no decir ridícula: Ortega, Cela, Mallorqui y Concha Linares Becerra. ¡Vaya potaje!

Ponencia presentada por el portugués Ossorio d'Oliveira. Una revista peninsular, lusohispana o hispanoportuguesa. Nos desconocemos entre los dos hermanos. Como si estuviéramos vueltos de espaldas. Me francisqueo que será Portugal quien correrá con los gastos de la revista. Simpático y gentleman el señor Ossorio. Recordamos que don Miguel de Unamuno sí hizo propaganda, auténtica y eficaz, de la literatura portuguesa, que es buenísima.

Ponencia presentada por Eugenia Serrano. De la publicidad del libro en la prensa deportiva, que es la que alcanza mayor tirada. Un tanto por ciento sobre superficie no comercial para hacer revistas en forma amena sobre los libros actuales. El lector de periódico deportivo o es rabiosamente popular o aristocrático, de economía saneada. Convendría llegar hasta este público mediante la propaganda.

Aunque se aprobó la tal proposición es una bodega. Los escritores se visten con gabán para andar por la playa de Riazor; a los deportistas les traen sin cuidado los libros, al equilibrio del «Mens sana in corpore sano» pasó ya. O fué siempre un sueño.

Hay quienes se llaman deportistas, pero son «hinchas». No nacen deporte. En compensación, tenemos gente que se dice escritores, que tampoco escribe, como no sea sobre lo que escriben los demás. Equilibrio triste.

Ponencia presentada (también), por Eugenia Serrano, sobre la creación de bibliotecas —coordinando con Información y Turismo— de literatura actual, española, en hoteles, paradores, centros públicos. Daría una salida al libro español, según aclaró Sánchez Bella, de diez mil ejemplares más por tirada. Propaganda con la obra. En Inglaterra, para estas bibliotecas de tipo público, hay un presupuesto por individuo, de diez pesetas por año. En España, de cincuenta céntimos por individuo y año.

Ponencia presentada por el argentino señor García Bellid. La creación de doce premios «Cervantes», por valor de cinco mil dólares cada uno, y bienales. Para libro escrito en español. Jurado internacional. Fondo económico internacional. Géneros: novela, teatro, ensayo, poesía... Y ¡ay! guiones radionovelas, cinematográficos y televisivos.

Este ha sido el caballo de Troya del Congreso. Los de la radio, Fernández Figueroa y Federico Muelas, protestaron. Conceder el premio a un guión no es atribución de unas jornadas literarias. Los guiones son género híbrido. Aliterario.

Al fondo del aula del colegio donde nos reuníamos se oía decir:

—Ya verás, y luego le darán el premio internacional a Esquivá... Por mí que se lo den. O mejor a Suárez Caso, que es amigo mío...

Pero no fué necesario meter un premio tan falduco y alegre, como los televisivos, entre presuntos premios Nobel de la Hispanidad. Un grupo de escritores y universitarios, capitaneados por Fernández Figueroa, protestamos. Caímos en la ingenuidad de pedir votación. Derrotados por cuatro votos por los televisivos, Fernández Figueroa, Nieto y yo nos pronunciamos por el fascismo. ¡Oh, las componendas democráticas!

Don Ricardo Gullón, don Luis Rosales y don Luis Ponce de León fueron los que llevaron a buen puerto la nave del presunto premio televidente. Luego, una serie de ingenuos merodeantes del periodismo y la literatura, que creen será para ellos. ¿Quién será el magnate suramericano que subvencione tal premio? Le imagino seráfico y propietario de una cadena de televisión, Figueroa, García Nieto, Federico Muelas, Walter Starkie, Camón Anar, el propio García Bellid y muchos más, cuyo nombre siento no recordar, fuimos derrotados ominosamente por la mayoría. A García Bellid le habían metido la enmienda de cine-radio a la fuerza. García-Yebra, con guasa, añadió:

—¿Y por qué no televisión?  
Y televisión fué. El señor García Bellid, que tiene aire caballeresco, es un argentino simpático, correcto y llano, que cuenta con gracia anécdotas como ésta, sucedidas en su país:

Telegramas de final de elecciones: «Las electio-

nes se han celebrado en el mayor orden. La oposición huye por el monte».

García Bellid ha escrito una biografía de Rosas, el tirano argentino. Hay unos hermosos versos americanos que dicen así:

*Argentina, robada a culatazos  
en el vapor del alba, castigada  
hasta sangrar y enloquecer, vacía  
cabalgada por agrios capataces.*

*Te hiciste procesión de viñas rojas,  
fuiste una máscara, un temblor sellado,  
y te sustituyeron en el aire  
por una mano trágica de cera.*

La «mano trágica de cera» es la de Rosas. Me temo que la biografía de García Bellid sea reivindicadora de esta mano. Pero no me gustaría que fuera reivindicadora. Siempre que se asiste a una votación democrática, aunque sea de habas contadas y por asuntos que valen un comino, se sale rabiosamente dictatorial. Suspirando por ti, tiranía.

*¡Oh, dama sin corazón, hija del cielo!*

Son versos del mismo.

### XIX

#### FINAL DE UNAS JORNADAS. EL PAZO VALLE-INCLANESCO. LO QUE ESCUECE

Las jornadas se deshilachan. Visita a un pazo gallego. Una maravilla, de no sé qué marqueses, con vistas al mar. Fachada cubierta de buganvillas, fusia sangrante. Los suramericanos recuerdan el pazo de las sonatas de Valle-Inclán...

—Así era..., seguro...

—¿Eh? Para mí esto no es un pazo valle-inclanESCO. Es primero un pazo auténtico.

—Valle-Inclán es extraordinario. Todo él. Todo el Ruedo Ibérico. Sólo le falla «Tirano Banderas».

—Ya; a usted, como suramericano, le escuece «Tirano Banderas»... A nosotros, a lo peor, «La reina castiza».

### XX

#### DON RAMON MENENDEZ PIDAL NACIO EN CORUÑA. EL «SANTO D'OS CROQUES»

Coruña, ciudad antigua. Con un barrio viejo bellissimo, dignificado de conventos, de frontales románticos, de plazas arboladas y silenciosas, como ésta de Santa María, en la que nació —si bien de padres asturianos— Menéndez Pidal. ¿Cuándo habrá una lápida en esta noble casa, con cordón y cimera, conmemorando el hecho, sin duda fausto, para las culturas hispánicas? ¿Por qué esperar más?

Nuestro guía, por la ciudad, el erudito señor Castillo. España cuida y sostiene amorosamente sus ciudades, gracias a estas gentes. Gracias a ellas hemos visto una Coruña nueva, por antigua, médula de la ciudad alegre y moderna, que en muchos años, en desangelados viajes, no descubrimos jamás. Gracias, muy de veras, por su amena sabiduría, señor Castillo.

Vera Izquierdo se queda con los Sindicatos Pesqueros. Algo así, con Luis Filgueira Alvarez de Toledo, como su huésped por un día. Otra vertiente de España. Para mí hoy, y siempre, la de las manos que trabajan la más veraz e importante. Asiste a un reparto de no sé qué beneficios sociales a viejas pescadoras. Es besado por ellas. Antes hemos comido auténtica comida gallega. Hemos estado en un barquito, tras cuatro horas de feliz travesía, por este Atlántico, que es algo más ancho que los treinta y cuatro kilómetros del Orinoco venezolano. Vera Izquierdo ha podido ver, sin componendas, cómo la merienda de la tripulación era igual, si bien más abundante, que la nuestra. Ahora comienza un contacto de un suramericano con algo distinto del guante blanco de las jornadas literarias. Ahora sabe problemas y realidades de la España pesquera de altura y bajura. Y con un poco de pena —aunque mis compañeros de pluma hayan ganado esta mañana en grupo su jubileo en Santiago— el coche de los Sindicatos me lleva a Fonseca. Apenas media hora para recorrer una larga y difícil carretera. Muy bien por el chófer Clausura. Siento una voz que yo conozco, pero que mucho.

—... Santiago, montado en su caballo blanco...

Pues es un peninsular Giménez Caballero... Sí, sí... ¿De qué color era el caballo blanco de Santiago...? García Martí dice una frase acertada. Camón Aznar está nada barroco. Germán Soriano, militar dominicano.

Cierra el rector magnífico Luis Legaz Lacambra. Recuerda otra España, la erasmista, la de Carlos III. Las palabras de Legaz Lacambra me sue-



El profesor Walter Starkie, acompañado de un grupo de periodistas, ante un crucero en Betanzos

nan a silencio, a música callada. A España, corte en palabras y larga en obras, como hierro viciado.

Se han clausurado las Jornadas de Literatura Hispánica. ¿Han servido para algo?

Pues sí. Habrá: Oficina de Traducciones, doce premios «Cervantes», pues Alfredo Sánchez Bella, infatigable, ya ha tenido —y obtenido— ofertas de personalidades americanas para subvencionar esos premios; se hará una revista lusohispana, o hispanoportuguesa, o ibérica, como quieran llamarla; se venderán más libros a nuevas bibliotecas públicas.

¿Se abrirá un Instituto de Cultura Hispánica en Venezuela? La palabra es del señor Vera Izquierdo.

Todo futuro, si bien inmediato. La realidad presente está en que el ómnibus de las literaturas hispánicas ha paseado a unos cuantos escritores del mundo por las tierras jugosas, y europeas, y atlánticas, del camino de Santiago. Donde la organización haya tenido quiebra, España, madre España, muy hermosa, ha puesto su mano gentil y subsanado el error.

Diálogo directo, personal, entre gentes de la misma generación, pero de diversos continentes. Esto es importante.

Se ha podido ganar el jubileo. Rezar al Santo d'os Croques. Sí, el santo de los coscorriones. No, no es Santiago. Es el maestro Mateo, el galleguino —Luis Filgueira Valverde—, que ha demostrado con su jugosa erudición que el maestro Mateo fue gallego. Terminado el Pórtico de la Gloria, el maestro se retrató, humilde y arrodillado, en piedra oscurecida por el tiempo, como un fiel más, a la entrada de la iglesia. Hay una tradición antigua según la que, dándose unos coscorriones, con el «Santo d'os Croques», la inteligencia se comunica. Las madres llevan allí a sus niños para cumplir el rito popular.

La catedral estaba abarrotada de peregrinaciones, de luces, de cantos. Y el maestro Mateo, menudo y humilde, como fiel que llega con retraso y ha de salir corriendo para volver al trabajo, junto a la puerta. Yo cumplí el rito, el mismo de hace once años, bajo la mirada benévola de tres elegantes curas gallegos. Veremos si el coscorrón hace el milagro.

Eugenia SERRANO

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# ENCUENTROS CON THEODOR HEUSS

Editado por Hans BOTT y Herman LEINS

Begegnungen  
mit Theodor Heuss

EN la portada de este libro no figura el nombre del autor. Podría decirse quizá que el autor de este libro es el pueblo alemán. Pero no sería totalmente exacto, ya que colaboran en él figuras extranjeras altamente representativas de las artes, las ciencias y la política de Europa. Fue preparado por Hans Bott y Hermann Leins, como homenaje al Presidente de la Alemania occidental con motivo de su setenta aniversario. Cien personas destacadas en la vida actual de Europa—principalmente de Alemania—cuentan en breves ensayos sus encuentros a lo largo de la vida fecunda de Theodor Heuss. De manera esquemática, los autores de los ensayos han sido agrupados bajo los epígrafos de la política, los escritores y periodistas, el arte y la literatura, las ciencias, etc. En realidad se trata de una selección representativa de casi todos los aspectos fundamentales de la vida alemana e interesantes aportaciones extranjeras.

Como muestra de la variedad y de la unanimidad en la alabanza de uno de los artífices principales del resurgimiento alemán después de la terrible catástrofe de la última guerra, resumimos únicamente para nuestros lectores las aportaciones a esta obra de Konrad Adenauer, el canciller de Alemania que, juntamente con el homenajeado, ha sabido encauzar por rutas de brillante y pacífico renacimiento las virtudes del pueblo alemán; Hans Carossa, el poeta lírico representativo de la más fina sensibilidad alemana, de profundo humanismo y de franciscana ternura en sus poemitas dedicados a los gatos; Basilius Ebel, el abad de la famosa abadía benedictina de María Laach, que hace una amena disertación erudita sobre los conceptos cristianos de limitación del poder y del bien común como finalidad de su ejercicio, y André François-Poncet, el alto comisario de Francia en Alemania, que por razón de su cargo ha seguido de cerca la actuación de postguerra de Theodor Heuss y cuyos juicios adquieren singular importancia por ser representativos de Francia, del país que en sus relaciones con Alemania puede dar la clave de una solución auténtica de una gran parte de las dificultades europeas.

El libro fue editado en enero de este año, y la reciente reelección de Theodor Heuss para el Presidente Federal de Alemania, como candidato unánime de todos los partidos, le confiere un valor de actualidad inmediata que viene a sumarse a los muchos que ya tiene para la valoración histórica de una figura política de primera importancia. «Begegnungen mit Theodor Heuss». Editado por Hans Bott y Hermann Leins.—Rainer Wanderlich Verlag, Tübingen, 1954.—695 Págs., cuarto menor.

## HANS CAROSSA (poeta)

En los primeros años de mi actividad como médico, pensaba que nada había más sencillo que cuidar enfermos y escribir además, de vez en cuando, una buena poesía. Sin embargo, más tarde, me enseñó la vida que el estado de ánimo de la ensañación, del que a veces brotan los versos, no siempre se acomoda al sentir y al hacer del médico, especialmente cuando éste limita su arte a los órganos internos, en lugar de centrar su atención en el hombre completo, o cuando siente como poeta la vocación de lo lírico. Ambas cosas me ocurrían a mí.

Escribir una prosa como la que yo deseaba, densa, auténtica y, sin embargo, tan etérea que se balancease en el aire, me parecía cosa tan inasequible, que ni siquiera lo intenté. Durante mucho tiempo consideré el verso como mi única forma de expresión, y como entre los hombres de mi generación ejercía una gran influencia la poesía de Richard Dehmel, mis estrofas sonaban con el mismo ritmo y los mismos tonos que aquel poeta. Durante dos años no hice prácticamente más que copiarle. Luego, cuando ejercía la medicina en Paussau, y empecé a librarme de la influencia dehemeliana, me encontré con que mis versos eran rechazados por los directores de numerosas revistas, en una época en la que ya me había dado cuenta de que los versos no impresos prácticamente no existen para el mundo.

Por consejo del doctor Max Heberle, un brillante abogado, cuyo yerno había de ser años más tarde el poeta Klabund, empecé a leer unos cuernos azules, «Die Hilfe», que semanalmente editaba Friedrich Naumann, el hombre que despectaba las mayores esperanzas no sólo en los círculos académicos, sino en todos los de la juventud alemana.

Me decidí finalmente a enviar a esa revista una amable carta acompañada de un par de poesías breves. Puse en el sobre la dirección berlinesa de Friedrich Naumann y durante los días siguientes los enfermos ocuparon todo mi tiempo.

En mi breve carrera literaria había conseguido ya reunir correspondencia de diversos hombres de letras a los que tenía en gran estima. Recibí entonces una carta, tan corta que al principio pensé que tendría que ser una negativa. De todas maneras me consolaba la idea de conservar, con los otros, el estimado autógrafo de Naumann. Pero al fijarme con más detenimiento, vi con sorpresa que la carta llevaba la firma del doctor Theodor Heuss, nombre que me parecía haber visto en algunos números de «Hilfe». Este hombre no sólo me decía que aceptaba mis versos y que me fijaba una remuneración por ellos, sino que con breves palabras me alentaba para que hiciera nuevos envíos. Nadie hasta entonces había hecho conmigo semejante cosa.

BASILIO EBEL (Abad de la abadía benedictina de María Laach)  
Cuando visitó por primera vez el Presidente

Federal Theodor Heuss la Abadía de María Laach, los frailes entonaron para saludarle los «Laudes Festivae». Se trata de unas aclamaciones en forma de letanía que han resonado desde siglos en la recepción de altos dignatarios. Están formadas por peticiones a Cristo y a todos los miembros del Reino de Dios y por votos para que desciendan las bendiciones sobre el huésped. Ya en el Lunes Santo del año 774 se cantaron con motivo de la primera visita a Roma de Carlomagno los «Laudes Regiae» con arreglo a la costumbre franca. En el canto de salutación de los frailes para el Presidente Federal se le designaba, a éste dentro del marco de los «Laudes Festivae» como «Germaniae almae patrie supremus moderator». Al Presidente Federal correspondía la designación de «Supremus moderator». Preguntó por el sentido de estas palabras y por el uso de las mismas en el pasado y en el presente.

La raíz de esta palabra «moderator» es «modus», la medida, y también el fin, la regla. «Moderari» significa, por lo tanto, guardar la medida, el buen orden y el «moderator» es el que guarda la medida, el que conserva el orden justo de todas las cosas dentro de su ámbito vital, el que administra y dirige con mesura a los que le han sido confiados.

Cicerón usa ya «moderator» como nombre de Dios: «Como ven (los filósofos) que sus movimientos (los del mundo) son limitados y regulares y que todo está dirigido con un orden estricto (omnia ratis ordinibus moderata) tiene que llegar a la conclusión de que en la casa celestial no hay sólo un habitante, sino también un director y un rector (rector et moderator) y al mismo tiempo un arquitecto de una obra tan grande, de unas dotes tan grandes.» Dios es «moderator». Según Cicerón, no es la lejanía absoluta que vive en el cielo y que no tiene la menor relación con el mundo. Por el contrario, Dios rige al mundo con arreglo a un orden estricto, le da el principio, el contenido y el fin. Es rector y ministrador.

De manera análoga, Cicerón llama al Jefe del Estado «moderator», pero no sólo en el sentido de que es conductor del Estado, «tentador del poder supremo y de todos los derechos, puesto que pregunta: «¿Sabes también cuál es en nuestra opinión la misión primordial del conductor (moderator) de un Estado?» Y unas líneas después nos da la contestación: «El fin de ese conductor (moderator) del Estado es la felicidad de sus conciudadanos». Por lo tanto, la misión principal del «moderator» no consiste en afanarse por lograr la gloria personal ni el poder, sino dirigirlo todo al bienestar de sus conciudadanos.

En el transcurso de los siglos se han transformado las formas de Estado. El Presidente Federal ya no reúne en su persona el poder del Emperador o del Rey medieval. Sin embargo, a él le ha sido confiada la dirección prudente y mesurada del Estado. Así, cuando los frailes de Laach saludaban al Presidente Federal con las palabras de las laudes festivae: «Para el conductor supremo de Alemania, de la patria querida, y para todos sus ciudadanos hasta los límites del país: los tiempos felices, la paz jubilosa de la protección del Omnipotente», se ponía de relieve que reconocían y honraban en él al consagrado al pueblo, al ejemplo, al representante de aquel que, como «supremus moderator», conduce y rige a los pueblos todos. Luego, la oración de esos mismos frailes pide para él dotes y fuerzas para una conducción sabia y comedida del Estado, que se ejerza en representación de Dios para elevar y multiplicar al pueblo.

**ANDRE FRANÇOIS-PONCET** (Alto comisario francés en Alemania).

Es una alegría para mí poder expresar mi consideración y mi sincera amistad por el Presidente Theodor Heuss. Reconozco y saludo en él a uno de esos alemanes singulares de amplia cultura, que con una sensibilidad siempre despierta y abierta a todo el mundo ha llenado todas las cosas de sabiduría y claridad, una de esas personas de las que en la vieja Francia se dice que son «un honnete homme».

El joven Theodor Heuss, alumno de Bretano, quería ser economista. Y lo fué. Y lo sigue siendo. Pero no se ha limitado a esta primera ciencia suya. Sus dotes han hecho de él periodista,

historiador, escritor, profesor y político. Y, a pesar de todas esas dotes extraordinarias, su personalidad ha seguido siendo fundamentalmente armónica. Porque, sobre todo, es un artista; tiene buen gusto y, como es capaz del humor y de la ironía, jamás corre peligro de caer en la pedantería ni en la vanidad. Ningún honor, halago ni adulación puede hacerle perder su hermoso equilibrio.

Para él, la política y la ética son inseparables. Estoy seguro de que si le propusiera la frase «la política es la ética en acción» la firmaría sin vacilar.

Su vocación de patriota imbuido de la fe en la grandeza de su patria se ha puesto de manifiesto en una época significativa de la historia alemana, en la que las ideas de expansión colonial y de «política mundial» suscitaron el entusiasmo de los jóvenes e inflamaron sueños y anhelos apasionados. Estoy seguro de que siempre habrá visto esto con grandes reservas. Me doy cuenta de su sentir a través de su maestro Friedrich Naumann, que, como su amigo Paul Rohrbach, estaba convencido de que la verdadera fuerza de Alemania —ese gran país de intercambio centro-europeo— radica en la actividad creadora y fructífera de su economía, en el seno de la paz, y no en la voluntad de poder que se apoya en la idea o en la ilusión de una superioridad militar. Porque Theodor Heuss odia el exceso, ama la medida. Los mejores hijos de Alemania serán siempre aquellos que, siguiendo las huellas de Goethe, traten de vencer a sus compatriotas de que la verdadera sabiduría está en la contención, en la humildad, en la justa medida.

En ningún país del mundo es fácil ser Jefe del Estado. Resulta esto mucho más difícil cuando se trata de una República sin tradición republicana, sobre la que pesa gravemente el recuerdo de Weimar y que, nacida en la derrota, en medio de sus ruinas, tiene que echar raíces en un suelo todavía ocupado.

Después de haber sufrido pérdidas personales que le han afectado hondamente, Theodor Heuss desempeña la misión que le marca la Constitución, con tanta rectitud, celo y honradez como bondad, dignidad natural y elegancia.

**KONRAD ADENAUER** (Canciller de Alemania occidental).

Los políticos que mantienen durante muchos años su actividad pública, saben unos de otros, aunque no tengan contacto personalmente. Así, yo conocía la vida y los escritos de Theodor Heuss desde hacía muchos años, y fué una casualidad que no nos encontramos en Berlín durante la época weimariana, a pesar de que su actividad en el Reichstag y mis funciones en el Consejo de Estado prusiano deberían habernos hecho coincidir.

Por eso fué en cierto modo sorprendente que entrásemos directamente en contacto por primera vez en el Consejo Parlamentario en 1948. Allí se puso de manifiesto —a partir de puntos filosóficos diferentes— cierta comunidad fundamental en la práctica política, concretamente, la tendencia a dejar madurar las cosas sin impaciencia, aprovechando las escasas posibilidades que se presentaban. En el Consejo Parlamentario hubo una cooperación que se caracterizaba por el respeto a la opinión ajena, de tal modo que pudo surgir una verdadera comunidad de trabajo.

La relación numérica de las distintas facciones confería a Theodor Heuss una posición singular dentro del Consejo Parlamentario. La situación aritmética obligaba a Theodor Heuss, como presidente de la facción del F. D. P. (liberal) a desempeñar un papel de mediador y equilibrador, y tanto en las votaciones como en las conversaciones entre las distintas facciones se puso de manifiesto que el equilibrio lo contrapuesto era algo que se ajustaba a su manera de ser, que sabía desempeñar esta misión con espíritu de prudente sabiduría.

En el primer discurso programático que pronunció en una sesión plenaria, Theodor Heuss se creó una sólida posición en la conciencia de los miembros del Consejo, porque su mirada era capaz de abarcar toda la situación política, llegando hasta los fundamentos mismos de la legislación constituyente. Expresó con el máximo vigor

y claridad la problemática de las premisas de esa labor. Y precisamente por haber suscitado al principio la duda consiguió al final una fundamentación tanto más firme de la legitimidad de la otra, a base del mandato de los diputados, como representante de todo el pueblo. Después de recordar la Constitución provisional, considero, por otra parte, la misión estatal, y a él había de corresponder el dar su dignidad interna al nuevo Estado.

De las discusiones entre los diversos grupos, Heuss sacó de su amplitud de visión histórica diversas analogías y contribuyó a fomentar y animar los trabajos, en muchas ocasiones haciendo comentarios a mis informes sobre las negociaciones con las potencias de ocupación.

La fuerza convincente de su lenguaje no sólo distinguió sus discursos en el Consejo Parlamentario, sino que benefició directamente al texto mismo de la Constitución: así, ha logrado también conferir a su misma redacción un auténtico decoro.

No contaron con la aprobación del Consejo todas las ideas jurídicas y constructivas patrocinadas por Theodor Heuss. Esto ocurrió, por ejemplo, con su propuesta de constituir la segunda Cámara como una combinación de Senado elegido y representación de los Gobiernos de los distintos Länder. Pero, con su sentido equilibrador, nunca hizo cuestiones cardinales de estas opiniones divergentes sobre el sistema de organización, sino que acabó por declararse conforme finalmente con la actual estructura federal.

Heuss se mostró partidario, incluso antes de que se reuniera el Comité Parlamentario, de la elección indirecta del Jefe del Estado por medio de la Asamblea Federal. Esta concepción, así como la renuncia a la institución del plebiscito, se basan en la experiencia de que en una democracia grande les es posible con demasiada frecuencia a los demagogos aprovecharse de la inexperiencia política de las masas y lograr decisiones plebiscitarias debidas a sentimientos equivocados.

La aortación de Theodor Heuss a los artículos de la Constitución relativos a la Enseñanza ha de considerarse como un mérito especial suyo y como consecuencia de su función mediadora. Su experiencia en la época weimariana y sus actividades anteriores como ministro de Educación (Kulturminister) le capacitaban especialmente en este terreno para dar mayor flexibilidad a los diversos frentes rígidos y para adoptar una línea intermedia en la que pudieran evitarse finalmente las discusiones.

Después de entrar en vigor la Constitución, el destino nos llevó a Theodor Heuss y a mí al desempeño de funciones de decisiva responsabilidad en la República Federal, funciones que no sólo se desempeñan en una vecindad material, sino también con el continuo contacto espiritual. Mis conversaciones con el Presidente Federal han sido utilísimas, quizá precisamente porque es el encuentro de dos caracteres distintos y de dos posiciones fundamentales diversas lo que produce los puntos de vista más fructíferos. Pero, sobre todo, fué impotente y eficaz la fuerza unificadora de los objetos comunes, tanto al tratar de las tensiones sociales como en el enjuiciamiento del problema judío y en la valoración de la miseria material y, sobre todo, espiritual de los refugiados.

Con su personalidad, Theodor Heuss ha conferido una elevada consideración y dignidad al cargo del primer Presidente Federal. En el desempeño de este cargo el Presidente Federal se ha visto auxiliado por una mujer que le ha ayudado a hacer de la conciencia de la buena voluntad alemana un ejemplo de humana dignidad y de fuerza moral. Quizá nadie tenga la posibilidad de valorar esto como yo, que he tenido ocasión de comprobar en el extranjero cómo se enjuicia la evolución alemana y cómo va renaciendo poco a poco la confianza.

El hecho de que se haya ido desarrollando este ambiente de confianza y que contribuye al restablecimiento del prestigio alemán en el mundo, es uno de los muchos méritos del Presidente Federal, que por lo demás, no se hace ilusiones respecto a las grandes dificultades con que tenemos que enfrentarnos, a pesar de todo lo que se ha conseguido, y que cuatro años antes nadie había creído posible.

## EXITO "A LA ESPAÑOLA"

ACABAN de hacerse públicas, a raíz del último Consejo de Ministros, las cifras de aumento en la producción, correspondientes al primer semestre del año en curso: «Los incrementos conseguidos, con relación al primer semestre de 1953, han sido, en general, satisfactorios, y merecen citarse, por su repercusión en la economía nacional, los siguientes: en hierro, el aumento ha sido de un 6,5 por 100; en acero, de un 18 por 100; en cemento Portland, de un 26,5 por 100; en piritas, de un 16,5 por 100; en sales potásicas, de un 13,5 por 100, y en azufre, de un 9 por 100».

Nadie ignora, y menos en nuestro tiempo, la importancia y la transcendencia del auge industrial para España. La agricultura es, desde luego, un capítulo muy destacado, básico, de nuestra riqueza nacional; pero, en esta época, no se puede vivir solamente del fruto de los campos sin quedar sometido a un «colnaje económico», sin abrir una sangría en la riqueza nacional, destinada a pagar los productos manufacturados que nos vengan del extranjero.

Necesitamos la industrialización de España. Necesitamos multiplicar la producción de las materias básicas de la industria; del hierro, del acero, del cemento... Con la prosperidad industrial quedan garantizadas las cargas, los gastos, que lleva anejos el desarrollo de nuestro programa de seguridad social plena. Con el aumento de la producción aumenta la renta nacional, y con ello se puede elevar el nivel de vida de todo el país.

Resulta, así, que la «batalla de la producción» interesa, por igual, a todos —al Gobierno, a las empresas, a los obreros— y todos tienen que aportar su esfuerzo para reñirla con éxito. Es aquí donde se manifiesta la honda significación política del aumento de producción conseguido en este primer semestre de 1954. La economía industrial española ha elevado las cifras de sus disponibilidades de materias básicas, sin ayuda exterior alguna: sobreponiéndose a una infraestructura económica difícil de tratar y a muchos años, más de un siglo, de gobiernos desentendidos de nuestro porvenir industrial, vueltos de espaldas a la realidad cierta de nuestras posibilidades y a la realidad tremenda de las necesidades industriales del país.

Escribíamos hace unos meses, en la primera decena de febrero, que «en el fondo del ideal político que inspira la constitución y la gestión de gobierno del Nuevo Estado español está planteada, sin atenuaciones, la situación real de nuestra economía en todas sus fases, en todas sus partes». Y añadíamos, a renglón seguido, que «este claro planteamiento del problema nos sitúa ya a medio camino de la solución».

Día a día, casi hora por hora, obtienen estas palabras su confirmación más rotunda: la confirmación de los hechos, argumento irreducible en la política y en la economía.

Estamos sin duda ante una prueba con un dente del buen enfoque, de la óptima dirección de la actual política económica española. Y también en presencia de un claro ejemplo de la virtud, de la fuerza, de la unión, de la unidad. Ha sido la íntima compenetración, la armonía de aspiraciones y esfuerzos entre el Estado y la sociedad la que ha hecho posible este éxito político-económico. Tenemos más, producimos más, porque nos movemos unidos dentro de una misma trayectoria; porque las Empresas sirven con fidelidad las disposiciones legales y porque los obreros secundan con eficacia los programas de trabajo de las Empresas. Y como el mayor rendimiento se ha conseguido sin aplicar fórmulas inhumanas de «astancamiento», este éxito, anticipo de los que van a seguirle, es total, realmente limpio y absolutamente pacífico: conseguido de todos para todos, sin ayuda de nadie ajeno a él, y sin mancha alguna de violencia. Obtenido, en suma, «a la española».

**EL ESPAÑOL**

# MENDES-FRANCE O UNA POLITICA DE LETRAS

## DE CAMBIO A TANTOS DIAS VISTA

EL MAL DE FRANCIA:  
SU MENTALIDAD  
DECIMONONICA  
Y SU RETRASO  
INDUSTRIAL



Mendes - France parece haberse olvidado de alguno de los problemas que llevaba en su cabeza. Ya saldrá

## EL EJERCITO EUROPEO: "SE JUEGA LA FINAL"

EL periódico liberal inglés «Manchester Guardian» publicó hace unos días una caricatura que dió la vuelta al mundo y que fué reproducida en muchos diarios franceses. La caricatura en cuestión muestra a una señora en cama, con la cabeza vendada: es la Asamblea Nacional Francesa. Sobre la cama hay un gráfico con este título «Operaciones a realizar: Extirpación de Indochina, corrección de la desviación de Túnez, apertura de la C. E. D. y limpieza general de la economía interna». Las dos primeras operaciones ya han sido llevadas a cabo; faltan otras dos, y la señora yacente, al ver al cirujano Mendes-France entrar en la habitación poniéndose los guantes de caucho para hacer una nueva intervención, exclama aterrada: «Mon Dieu! Again he comes!» («¡Dios mío! ¡Ya está aquí otra vez!»)

El rostro de Mendes-France expresa esa mezcla de alegría y de crueldad que, según Hemingway es común a todos los cirujanos. Desde que llegó al Poder, la Asamblea Nacional Francesa, como la dama de la caricatura, no hace más que exclamar: «¡Dios mío! ¡Ya está aquí otra vez!». Pero como en el fondo no es ella la que tiene que sufrir las operaciones, sino Francia, hasta ahora le ha consentido que haga con el bisturí lo que quiera.

Primero fué Indochina. Aquí Mendes-France operó sin anestesia y, efectivamente, Indochina fué «extirpada». Después hizo su intervención relámpago en Túnez; una cura de urgencia con pronóstico reservado. Seguidamente hizo una exploración del Ejército europeo, y estableció un diagnóstico que no agradó a tres de sus ayudantes y, finalmente, propuso su plan de limpieza general de la economía interna, una mezcla de depurativo Richelet y de purga de Benito, que con arreglo a una usual prescripción facultativa, se agitó bastante antes de ser administrada.

Nuestros lectores conocen ya el proceso operatorio y postoperatorio de las dos primeras intervenciones. Vamos a ocuparnos, pues, de las dos últimas.

### INTROSPECCION EN SERIE

Paul Reynaud ha dicho de Francia que es hoy «l'homme malade d'Europe». El hombre enfermo de Europa. No se trata de un enfermo de aprensión, sino de un hombre realmente enfermo, que tiene una mala salud de hierro, como dijo una vez el viejo Herriot del doctor Mussaden. ¿Qué enfermedad padece Francia? Los diagnósticos son muy variados; pero todos son exactos. En estos últimos tiempos, Francia entera está dedicada a la introspección, al examen de sus males internos;

ha sido ésta la principal y más laboriosa ocupación de sus escritores, de sus sociólogos y de sus economistas. Una encuesta se sucede a otra sobre este tema sin variaciones: «¿Qué le ocurre a Francia?» «¿Dónde está el mal de Francia?» «¿Puede mantenerse esta situación?», etc. Todo el mundo es llamado a opinar, y estos plebiscitos entre las «élites» de las armas, las letras y la política duran semanas y semanas.

Pues bien; en una cosa están de acuerdo unos y otros: en que el estado de la economía y de las finanzas es catastrófico. Los síntomas más visibles del mal son: la inflación permanente, el crónico déficit presupuestario y el permanente y crónico desequilibrio entre los precios y los salarios. Como consecuencia de lo primero, el franco es hoy una moneda frágil, inestable y pobre, de flaca cotización internacional. Como consecuencia de lo segundo, Francia no ha podido hacer frente a sus compromisos interiores y exteriores. Como consecuencia de lo tercero, monsieur Dupont, el francés medio, vive mal, está exasperado y organiza continuas huelgas cansado de ver cómo los precios suben en ascensor y los salarios por la escalera.

La mala situación de la economía y de las finanzas se agravó notablemente en 1950. Natural-

mente, los gobernantes cargaron la culpa de esto sobre la guerra de Corea; en esto hubo algo de verdad, pero no toda la verdad. En 1952 se estuvo al borde del coma. Faltando una semana para terminar el mes, el Estado no tenía un céntimo para pagar a sus funcionarios. Gobernaba entonces el señor Fauré, y como medida desesperada se recurrió al Banco de Francia. Este otorgó el nuevo crédito que se le pedía, pero el presidente de dicha entidad, señor Wilfrid Baumgartner, escribió al presidente del Consejo una famosa carta, que puede considerarse como un ilustre precedente de la «cirugía» Mendes-France:

«Es un sentimiento profundo del Consejo General (del Banco de Francia) que el Estado, como los particulares, viven por encima de sus medios. Los Poderes públicos, al pretender asumir un conjunto de cargas que no pueden cubrir íntegramente con los impuestos o con los empréstitos; los industriales y comerciantes, al tratar de obtener de los Bancos recursos que sobrepasan los límites razonables de su crédito; los agricultores, queriendo hacer jugar en beneficio propio sistemas de protección que no funcionan más que en el sentido del alza de los precios; los asalariados, llevando sus reivindicaciones a niveles cuyas satisfacciones se hacen rápidamente ilusorias...; todos, por diversos motivos, son responsables de la degradación de una moneda que el Banco de Francia se ve obligado a emitir en cantidad creciente a medida que es depreciada.»

#### «EXTRANOS A ESTE SIGLO.»

El diagnóstico no puede ser más preciso y más implacable. En Francia, el Estado, como los individuos, vive por encima de sus medios. De ahí, las deudas, las trampas y el malestar. El señor Baumgartner, sin embargo, no ha entrado en detalles; hay más causas que las que él apunta, y que no sólo perjudican al franco. Dos importantes: la insuficiente productividad del trabajador francés y un anticuado utillaje industrial. Otras dos no menos importantes: una organización muy deficiente de la producción y un sistema fiscal francamente caótico.

En una palabra: Francia necesita modernizarse. No está a la altura de los tiempos que corren ni de sus exigencias. Esta tesis está haciendo furor ahora, y como los franceses son muy aficionados a no admitir los hechos sin que éstos vayan convenientemente respaldados por una teoría, han lanzado una muy seductora, literariamente hablando: Ocorre, señores, que la mentalidad francesa no es de este siglo técnico, ultramaquinista y práctico. Desgraciadamente para el orgullo nacional francés, ha sido un norteamericano el padre de esta tesis, que apareció en el mes de mayo de este año en la revista «The World», con el título «Los franceses y el futuro». La tesis puede resumirse así: Los franceses se sienten extraños en este siglo «aliens in this cen-

tury»). André Siegfried la suscribió, no sin amargura, en uno de sus artículos de «Le Figaro». Y la completó el general De Gaulle en unas declaraciones a un periodista, también norteamericano: «Los franceses estaban acostumbrados a hacer un papel de «estrella» en el mundo. Y ahora no se resignan a cantar en el coro. Por eso se muestran cínicos, no quieren trabajar y no creen en nada. La cosa no tiene remedio.»

#### «SOUS LA CHARME»

Pero no es éste el parecer de hombres como Mendes-France, joven y con ganas de hacer carrera. También él ha aceptado la tesis de sus compatriotas no se «sienten» en este siglo, de que además están comidos por el escepticismo y de que el país entero necesita modernizarse. Sin embargo, su «originalidad» consiste en no resignarse y en buscar una solución o todas las soluciones que hagan falta. Esta ha sido, en efecto, su única «originalidad». La idea de terminar con la guerra en Indochina cediendo sin escrúpulos lo que pidiesen los del Viet-Minh, ha sido el caballo de batalla de varios centenares de editoriales en «L'Humanité», órgano del Comité central del P. C.; la idea de implantar ciertas modernas reformas en Túnez y en Marruecos, no sólo se ventiló constantemente en «L'Humanité», sino también en periódicos tan burgueses como «Le Figaro»; la idea de una reforma a fondo de la economía del país ha sido objeto de varios planes: El de cuatro años, firmado por Hirsch, sucesor de «Mr. Europa» —Jean Monnet—, y el de dieciocho meses, ideado por Edgard Fauré. Planes de «redresemiento» de la economía, no han faltado ciertamente en Francia. Finalmente, la idea de «maquillar» y «modificar» el proyecto del Ejército europeo para poderlo pasar por la Aduana de la Asamblea Nacional, está en plena gestación.

El señor Mendes-France, como puede verse, no ha «inventado» nada, aunque como dijo Reynaud «ha tenido tiempo suficiente para madurar planes, a lo largo de ocho años de vacaciones en los cómodos bancos de la oposición». Su éxito está, pues, en la cirugía; en ponerse los guantes de caucho, en tirar de bisturí y en cortar por lo sano, contando con el visto bueno del escéptico burión y apático Palais Bourbon, estufa de la IV República.

Lo que no deja de constituir un misterio es por qué la Asamblea Nacional, que ha venido negando sistemáticamente su confianza a los hombres que quisieron actuar quirúrgicamente, ha accedido a otorgar tan desusados poderes a Mendes-France. ¿Por qué? Como hasta la fecha nadie ha logrado explicarlo, hemos de creer a René Sedillot cuando escribe: «A cualquier otro que no fuese Mendes-France, la Asamblea Nacional habría respondido no, simplemente. A él, porque la Asamblea sigue «bajo el hechizo», le ha respondido «sí».

«Sous la charme»: he aquí al-

go muy poético. Al parecer, Mendes-France ha actuado sobre la sedentaria Asamblea de padres de la patria como un hechizo misterioso. ¿Será su palabra? ¿Será su figura? No; habla bastante mal y no tiene nada de galán cinematográfico. Todo parece indicar que ha sido su dinamismo. El dinamismo en un ministro francés de la IV República es, desde luego, algo bastante insólito. Además ya hemos quedado en que Francia necesita dinamismo. Los diputados ven a nuestro hombre entrar en el hemiciclo con la cartera bajo el brazo, dando grandes zancadas. No se sabe si acaba de llegar de Ginebra, de Túnez o del Eliseo. Se sienta, e inmediatamente se pone a hablar. Nada de floricultura; al grano. Sí o no. Si le hacen objeciones solicita un voto de confianza; si le apremian se emplaza a fecha fija, como una letra de cambio. En realidad, Mendes-France ha aplicado la técnica de la letra de cambio, a treinta, a sesenta o a noventa días vista, a su política de decisión. Después mete sus papeles en la cartera de cuero y se va. Nadie sabe a dónde va: si a Londres, si a Nueva York, si a Bonn. Y todo el mundo queda intrigado, «sous la charme».

#### ELEGIR LA JUVENTUD...

Nuestros lectores seguramente tienen alguna idea sobre los planes económicos de Mendes-France. Antes de recordarlos, en síntesis, digamos que los ha elaborado un «brain-trust» de nueve expertos; más o menos los mismos que elaboraron el plan Monnet y el plan Fauré; sus conclusiones son, claro está, las mismas. Rejuvenecer y revigorizar la economía francesa, multiplicar los centros de formación profesional, reconvertir las empresas menos rentables, explotar recursos nuevos, crear industrias en los sectores rurales, vulgarizar las enseñanzas agrícolas, regular los mercados, etcétera, etc. Después vienen las medidas de carácter fiscal y una nueva política de inversiones. En resumen: ya hemos dicho que se trata de modernizar a Francia, de imprimir un mayor dinamismo a su economía. «Elegir la inversión es elegir la juventud», ha dicho Mendes-France en la Asamblea Nacional. En realidad quiso decir: «Elegir a Mendes-France es elegir la juventud.»

Mendes-France pidió plenos poderes a la Asamblea para realizar su plan económico. El debate o «marathon económico-financiero», como dijo François Nolle, fué dramático, pero no tanto como cabía esperar. Sólo Paul Reynaud y Guy Petit se emplearon a fondo. El primero, que estuvo sarcástico, como de costumbre, hizo esta aguda observación, que tal vez explique más cosas que el «hechizo» de que hablábamos antes:

«Los poderes especiales, es decir, los plenos poderes, se piden, en general, para hacer cosas desagradables. Para las otras ahí está el Parlamento.» Terminó: «De acuerdo para los plenos poderes...; pero su proyecto me inquietó.»

Grandes verdades éstas. Que Mendes-France viene haciendo

cosas desagradables desde que subió al Poder es cosa cierta. Que el Parlamento, al otorgarle plenos poderes, ha querido sacudirse de encima la responsabilidad de hacer cosas desagradables, también. Y que el proyecto del jefe del Gobierno es inquietante es algo casi unánimemente compartido. «Este hombre nos ha revelado su programa, pero no su método.» «¿De dónde va a sacar usted el dinero para la reconversión? ¿Dónde hará usted economías?»—volvió a preguntar Reynaud, francamente intrigado. Mendes-France se puso impaciente, comenzó a mover los pies, a pasar la mano por la frente y a pedir al cielo que aquel maldito de Reynaud se callase de una vez. Y cuando se levantó para tranquilizar a todo el mundo sólo dijo algunas vaguedades. No reveló su método.

Sin embargo, consiguió los plenos poderes y va a gobernar por decreto hasta el 31 de marzo de 1955. Una nueva letra girada contra el futuro de Francia.

#### «NEW DEAL»

Los norteamericanos han calificado al programa económico-financiero de Mendes-France como un «New Deal» francés. Sólo que que al revés. El «New Deal» rooseveltiano fué, en su esencia, un dirigismo de emergencia. Pero Mendes-France ha negado terminantemente que las medidas que propuso son dirigistas. «¡No; en modo alguno se trata de medidas dirigistas! Se trata, simplemente, de inducir a la economía francesa a readaptarse, de lo que se deriva especialmente la liberación de los cambios... Es preciso que el interés general triunfe sobre el mosaico de los intereses particulares.»

Nada, pues, de dirigismo. En Francia tienen mucho prestigio las palabras, y por eso se puede negar el dirigismo cuando es un hecho que hoy el Estado es el «patrono» más fuerte del país, por cuanto que su capital supone nada menos que el 40 por 100 de las inversiones industriales y por cuanto que el señor Mendes-France piensa emplear ese capital en estimular nuevas inversiones. No deja de ser curioso el hecho de que sea tan execrado el dirigismo en un país donde la empresa está montada, en general, sobre bases dédmonónicas y donde el capitalismo se niega a sí mismo al no aceptar la ley del riesgo mínimo.

Con todo, Mendes-France se salió una vez más con la suya. Hasta el 31 de marzo del año próximo—si dura—gobernará por decreto-ley, procedimiento corriente en los últimos años de la III República, pero todavía no estrenado con la IV. El mismo no se hace ilusiones sobre los efectos inmediatos de sus reformas económico-financieras, pues se requiere mucho tiempo para «rejuvenecer» a una nación; pero para el 31 de marzo se columbrarán ya los primeros síntomas; Francia habrá descubierto el siglo XX o Mendes-France habrá sido derrotado por el siglo XIX.

#### LA IMPASIBLE UNANIMIDAD

Una sola operación quirúrgica queda por hacer: la «avertura»



El «premier» de Francia recibe la bienvenida de sus padres cuando regresó de Ginebra

del Ejército europeo. Operación delicada para la que Mendes-France ha recurrido a una anestesia total. Tan total que el paciente se ha muerto o está agonizando.

Que Mendes-France fué siempre adversario del Ejército europeo en la forma en que fue concebido originalmente es cosa sabida por todo el mundo. Veinticuatro horas antes de obtener la investidura en la Asamblea Nacional, «Le Figaro» publicó un artículo suyo en el que decía: «Tal problema (el de la C. E. D.) no será resuelto en un sentido ni en otro por una decisión obtenida con algunos votos de mayoría; en semejante materia no habrá más solución verdadera que la que cuente con la conformidad de una gran mayoría del pueblo francés.»

Hay que preguntarse primero si hay alguna cuestión en Francia que pueda contar con la conformidad de la gran mayoría del pueblo francés. ¿La hay? Una personalidad norteamericana se hizo también esta pregunta para concluir: «En nombre del cielo, ¿podemos entendernos con una nación donde una cuarta parte de la población desea someterse a la U. R. S. S., una octava parte quiere la Federación de la Europa occidental, otra octava parte desea una alianza permanente con los Estados Unidos e Inglaterra, y el resto sólo desea vivir en paz a cualquier precio?»

Esta «división de opiniones» vale de una manera muy especial para la cuestión del Ejército europeo. Nadie aquí está de acuerdo, y la condición que apuntaba Mendes-France en su citado artículo—la casi unanimidad—es pretender la cuadratura del círculo. Ya lo hemos visto. Todos sus ministros le asistieron en la cama de operaciones mientras se trató de extirpar a Indochina o de administrar el depurativo-purga de las reformas económico-financieras. Pero en cuanto Mendes-France tocó la Marina de la C. E. D., tres ministros, con el general Koenig al frente, abandonaron precipitadamente el quirófano. Y eso que el texto que hace dos meses elaboró Mendes-France, y que ha sido sometido al «placet» de los Seis, es un Ejército europeo pasado por agua, que nada tiene de paren-

tesco con las ya lejanas ideas de los señores Moch y Plevén, que ya no reconocerían a su «hijo». Tanto es así que Bonn calificó de «absurdo» y Bruselas de «imposible» la caricatura de tratado que Mendes-France les remitió para su estudio. Como no conocemos el texto íntegro no podemos someterlo a examen; pero lo que de él conocemos explica la reacción de Bonn. Todas las «remiendas» de Mendes-France respiran miedo a Alemania y están erizadas de garantías imposibles de otorgar.

#### EL FILO DE LA NAVAJA

De todas maneras, el debate sobre la C. E. D. está anunciado para el 24 de agosto. «Ese día—ha dicho Reynaud—habrá que ir al Palacio Borbón con armadura.» Desde hace varios meses todos los partidos pro-C. E. D. y anti-C. E. D. vienen preparando sus armas y acumulando sus municiones. Cada grupo ha elegido sus oradores; los discursos han sido convenientemente aprendidos y se suceden las consultas y cabildeos. El 24 de agosto la Asamblea Nacional francesa conocerá seguramente la sesión—mejor dicho, la cadena de sesiones—más agitada, apasionada y brillante de la IV República. Se «juega» la final. Mendes-France puede tener un esplendoroso Austerlitz o un triste Waterloo, y mientras esto no se ventile, el joven «premier» ha dicho algo realmente sensato y previsor:

«Por graves que sean las consecuencias internacionales de la ratificación del Tratado, su repulsa pura y simple sería todavía más peligrosa.»

Es cierto. Habría que modificar todas las bases de la política europea. Hay también otro peligro: el de que la Asamblea Nacional siga «sous la charme» y otorgue el sí; pero que en Bonn, por ejemplo, tropiece con un rotundo no. En ese caso, vuelta a empezar.

(De nuestro enviado especial en París, Calderón Fonte, y Manuel Blanco Tobío, de nuestra Redacción en Madrid.)



**DESPUES DE DIMITIR,  
JOSE LUIS LASPLAZAS**

# GUERRA DE TACTICAS EN EL FUTBOL

**ENJUICIA LA ESCUELA NACIONAL DE PREPARADORES**

CUANDO el dilecto amigo Claudio Colomer me pidió, por encargo de Juan Aparicio, un reportaje sobre la Escuela Nacional de Preparadores de Fútbol, me coloqué ante una delicada situación. ¿Hasta qué punto me era lícito enjuiciar, o tan sólo glosar, una obra siendo director de la misma? Más tarde, ya convertido en ex director, ni mi tarea se presentaba más fácil ni es menos delicada, y las razones de ello son tan evidentes, que resulta obvio el exponerlas. No obstante, intentaré, dentro de los límites que la corrección me dicte, cumplir el encargo, no sin hacer notar que, pese a muchos comentarios desagradables y a que algunos de ellos fueron francamente malintencionados, es la primera vez que, en plan periodístico, trato yo este tema.

## LA SEMILLA

Fué la Federación Castellana la que marcó el rumbo, en labor tan importante para el fútbol como es la formación de sus preparadores, y, si no me equivoco, Jesús María de Arozamena el hombre que tuvo a su cargo el llevarla a la práctica.

Más tarde, Armando Muñoz Calero, en su intento de superar una de las más graves crisis sufridas por el fútbol español, decidió crear la Escuela Nacional, poniendo todo su dinamismo al servicio de la finalidad perseguida, que no era otra que la de procurar la mayor capacitación de los entrenadores de los equipos de



En algunos países extranjeros se utilizan muñecos especiales para los entrenamientos

categoría nacional, al mismo tiempo que buscar, a través del convencimiento que habrían de crear las enseñanzas recibidas, nunca como fruto de órdenes dadas en este sentido—como erróneamente se creyó en los comienzos—, una unificación de directrices, si no de estilos, cosa mucho más etérea, en el fútbol nacional.

Hombre tenaz a todo serlo, no vaciló Muñoz Calero en poner a contribución todo el poder federativo para, materialmente de la nada, sacar adelante el primer cursillo nacional de preparadores. Para ello se contó con el apoyo

del malogrado don Juan Yagüe y con las instalaciones, magníficas, dada la finalidad perseguida en aquella ocasión, de la Residencia de Oficiales de la Ciudad Deportiva burgalesa.

## BREVE HISTORIA

Se dedicó el primer cursillo a los antiguos jugadores que estaban ya ejerciendo como preparadores. Cara al exterior, fué éste el más interesante. La presencia en

Burgos de hombres que lo fueron todo en el fútbol de España, como Ricardo Zamora, «Pachín» Gamborena, José María Peña, Jacinto Quincoces, Meana, Gaspar Rubio y otros, de nombre no menos conocido, hasta el número de sesenta, hizo que los fotógrafos se despacharan a su gusto y que, atendiendo a los lauros cortados por ellos para el fútbol nacional, tanto el general Yagüe como la Diputación y el Ayuntamiento burgaleses, encariñados con la obra, la apoyaran con amable calor. Tanto la sesión inaugural como la de clausura revistieron una solemnidad que nos hizo concebir a cuantos allí estábamos la esperanza de que la obra había sido lanzada con todas las garantías imaginables de éxito.

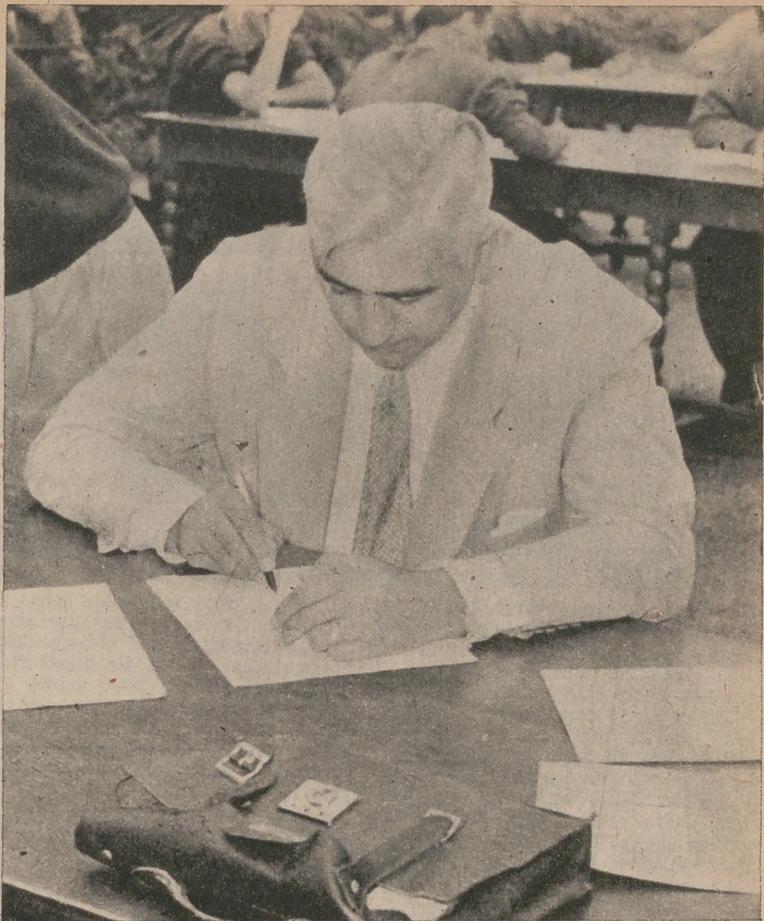
Como en realidad se trataba de sacar algo de la nada, los concurrentes al cursillo, entre los que es justo recordar se encontraban, encabezando el grupo de extranjeros, Helenio Herrera, Alejandro Scopelli y Enrique Fernández, se limitaron a leer una memoria, a participar en unos debates, que me cupo el honor de dirigir, y a tomar parte en un encuentro de «viejas glorias», que en esta ocasión lo fué de verdad—la famosa línea Gamborena, Meana, Peña pudo formar completa—, para que el aprobado, que les convertía en los primeros entrenadores con título en España, llegara a sus manos. Fué, hasta cierto punto, la promoción de «reconocimiento de servicios prestados», ya que en cuanto a trabajo efectivo poco pudo hacerse, si bien algunos de los debates serán difícilmente olvidados por los que en ellos tomaron parte o tan sólo estuvieron en la sala.

Otro cursillo del mismo estilo se celebró en enero y, aunque en tono menor, parecidas fueron las circunstancias. Samitier, Pepe Brand, Hilario Marrero, Pepe Planas y el inefable «mister» que entonces dirigía al Real Madrid, traducido por Barinaga, fueron las figuras más destacadas de esta segunda promoción.

El auténtico trabajo comenzó en Burgos al año siguiente. Ya allí hubo pruebas de suficiencia, puntuación y, mientras unos aprobaban, otros no conseguían hacerlo. Artigas, hoy preparador del Rennes, y Balmanyá, que lo es del Oviedo, me parece recordar que fueron los mejores, entre una concurrencia todavía de mucha categoría conquistada en los campos de juego.

Y así siguió su marcha la Escuela Nacional de Preparadores, convirtiéndose el cursillo en una auténtica reválida de las enseñanzas recibidas en las Escuelas regionales. Como es natural, las promociones que siguieron no pudieron igualar, cara al exterior, la aparatosisidad de las primeras. Por otro lado, desde que Manolo Valdés cerró el cursillo que tuvo lugar bajo su presidencia, los que siguieron no tuvieron el honor de ser ni tan siquiera visitados por el presidente del máximo organismo futbolístico nacional.

Los grandes nombres del fútbol español ya habían alcanzado su título, y lo que podríamos calificar de primera materia, si cada día demostraba mayor capacidad



Daucik, enfermo, apenas pudo cumplir con la formalidad de un examen escrito



Belmanyá sigue atentamente el esfuerzo, no disimulado, del ejecutante

y profundidad en las disciplinas teóricas, bajaba de tono en las demostraciones prácticas.

Algunos jugadores todavía en activo cuando pasaron por el cursillo, como Juncosa, Nando, Lozano, Muñoz, Aldecoa, y otros que apenas se podía admitir que hubiesen colgado las botas, como Miró, hoy brillante entrenador del Valladolid, creo que consiguieron alcanzar el punto medio entre las enseñanzas teóricas y el dominio práctico. A partir de ellos cada día se ha echado de ver con más claridad el desequilibrio existente

entre las enseñanzas dadas en las diversas Escuelas regionales, desequilibrio que fuerza a una unificación a todas luces difícil y económicamente costosa.

#### POSICION DE LA ESCUELA

Con notorio desconocimiento de lo que era realmente la Escuela Nacional, algunos la han querido presentar como partidaria de determinados conceptos de juego, y digo que con notorio desconocimiento por cuanto, si en la misma se ha procurado asegurar un mínimo de conocimientos a los que habían de salir de ella con



El acto de apertura de los Cursillos para preparadores de fútbol; en primer lugar, Sandro Puppo

el título de preparador, nunca se ha presionado en lo más mínimo a los alumnos acerca de tal o cual solución táctica, sin que esto quiera decir que no se haya exigido el pleno conocimiento no tan sólo de la tan traída y llevada WM, sino de cuantas variantes, y son punto menos que infinitas, han llegado a los terrenos de juego. Debo añadir que creo poder afirmar esto con plena autoridad por cuanto, hasta la sesión de clausura del recién terminado cursillo, he sido su director.

Recuerdo perfectamente que para fijar posiciones he manifesta-

do, una y otra vez, en el acto de inauguración de curso, que nada me importan las convicciones particulares de los cursillistas acerca del fútbol; pero como alguno de ellos sea incapaz de resolver un problema táctico que tenga solución—como se burla un «cerrojo» por ejemplo—, tiene grandes probabilidades de ser suspendido. Luego, cuando tengan un equipo a sus órdenes, de los conocimientos que deben de haber adquirido que hagan el uso que tengan por convenientes. Esta y no otra, como se ha dicho, no siempre con la mejor intención, ha sido la postura adoptada por la Escuela llamada «guerra de tácticas».

En cuanto a cultura general aplicada al fútbol, se ha exigido un conocimiento claro de la preparación física, así como del masaje, y rudimentarias, pero exactas ideas acerca de fisiología general y traumatología deportiva. En los ejercicios prácticos, no olvidando que un entrenador debe conocer su profesión, pero, sobre todo, poder demostrar prácticamente, para que la corrección sea eficaz y mandar con tanta firmeza como claridad, se ha subdividido el examen en tres fases, que se han denominado, a un poco a la diablo y en el argot de la Escuela, «explíquelo, hágalo y mán-delo», quedando como valor correctivo un examen escrito sobre un elevado número de preguntas concretas, la mayoría de las cua-

les pueden ser contestadas con la sola afirmación o negativa. La suma de puntuaciones obtenidas en las diversas disciplinas es lo que da, con la clasificación final, el número de promoción.

### FUTBOL TOTAL

Quando todavía no se había pensado en una Escuela Nacional, y la Federación Castellana procuraba llevar adelante de la mejor manera posible la formación de sus preparadores, fui invitado por su presidente, el buen amigo Cotorruelo, para dar una conferencia, y, en una época en que todavía no habían pensado en dedicarse a la crítica futbolística algunos de los que se han distinguido por sus despiadadas diatribas dedicadas a las llamadas tácticas modernas, dije que «la WM no es nada nuevo, como se ha querido presentar, ni tampoco una táctica defensiva, como se dijo por error». (Copio de un periódico madrileño fecha 12 de mayo de 1944).

Defendí entonces lo que llamé, acaso con atrevimiento, fútbol total, y me negué a creer en el entusiasmo, como factor único de gran fútbol, de la misma forma que rehusé rendirme a las preocupaciones tácticas, al dominio técnico o a la superioridad física. Todo ello, dije, son sumandos que contribuyen al valor de la suma total. Y el fútbol realizado es el resultado de esta suma total.

Ocurría esto hace diez años y no he cambiado de opinión. Nunca he creído, ni creyeron mis compañeros, grandes especialistas en estas cuestiones, que se pudiera hacer pasar el fútbol por un aro, aun siendo éste tan sugestivo como es el del juego temperamental o tan tentador como las evoluciones prefabricadas.

Ha dicho un moderno y ya gran actor francés—Jean Louis Barrault—, que se sonre cuando le hablan de teatro de ideas o de teatro realista, que para él sólo cuenta como verdadero teatro el que pone en acción al hombre en toda su plenitud de expresión dramática, sin que parte alguna de sus facultades, físicas o espirituales, quede fuera del juego escénico. Recordando estas frases, adaptándolas, si se quiere, diré que en la Escuela Nacional hemos perseguido idéntica finalidad aplicada al fútbol. Nos sonreímos de la «furia» si ésta carece de la suficiente habilidad técnica o de los mismos elementos tácticos que la hagan efectiva. Nos sonreímos de la táctica llevada a su última consecuencia y esperándolo todo de ella, como nos sonreímos de los malabarismos del más virtuoso de los técnicos si no puede aguantar los noventa minutos de juego.

Los tres elementos y otros, naturalmente, aunque de manera menos esencial, forman el fútbol. ¿Que en qué proporción hay que mezclarlos? Este secreto nunca hemos pretendido poseerlo, y mucho nos gustaría que alguien nos lo pudiera revelar.

### EL ULTIMO CURSILLO

Es posible que pase a la historia por el nombre de algunas figuras, más destacadas por las cir-

PUBLICIDAD

**MUCHO JABONAR...**  
Y LA CASPA AUMENTAR

No desaparece con lavados ni con peines. En realidad se le quita de un lado para ponerla en otro, ensuciando la ropa y... al día siguiente vuelve a empezar.

Los cabellos cuidados con LOCION DE AZUFRE VERI están

### LLENOS DE VIDA

Dejan de caerse, no tienen caspa, son brillantes, suaves, vigorosos y con mucha frecuencia ondulados.

### LOCION AZUFRE VERI

Muchos médicos la usan y recomiendan para cuidar el cabello, evitar que se caiga y combatir la caspa.

DESCONFIE DE IMITACIONES

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta **PTS. 22,10**, el tamaño pequeño **PTS. 11**— Impuestos incluidos.

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82 - Santander



Sandro Puppo, el entrenador del Barcelona, fué una de las atracciones del Cursillo

cunstances que por su trascendencia real. Desde luego pasará por la presencia en el mismo de Sandro Puppo—que, en un alarde de facilidad, en menos de un mes, consiguió expresarse discretamente en castellano, como ha quedado probado por sus exámenes escritos y sus declaraciones ante los micrófonos de Radio Nacional—y de Fernando Daucik, quien, enfermo, apenas si pudo cumplir con el requisito de unos exámenes escritos.

En cambio, quedará como uno de los cursillos más igualados en cuanto a méritos. Ni hubo grandes estrellas ni tampoco cursillistas mal preparados, como en otras ocasiones, incluyendo tal vez en esto el hecho de haberse «autosuspendido» trece posibles participantes que, habiendo ganado el derecho a concurrir en sus respectivos Federaciones regionales, prefirieron quedarse en casa.

El ambiente fué magnífico, y si las horas de trabajo fueron tensas, y en ocasiones angustiosas, las de asueto dejarán un cálido recuerdo de camaradería, buen humor y franca cordialidad.

Para mí, el recuerdo de las noches estrelladas sirviendo de telón de fondo al apiñado grupo de cursillistas, convertido en masa coral por la fuerza del ambiente, mientras los aires vascos sucedían a las folias canarias, y los asturianos compartían el favor del coro con jotas y sardanas, me hará olvidar hasta el último sinsabor. Que ha desaparecido ya de la misma forma como lentamente se iba apagando en la noche la llama azul en la ponchera al quemar el alcohol y dejar el aroma del licor.

José L. LASPLAZAS

## DOS POLITICAS Y DOS CONDUCTAS

Se cumple ahora un año de la destitución violenta y confinamiento del Sultán Mohamed Ben Yusef. De aquella acción únicamente Francia es responsable. Fué una determinación absolutamente unilateral y contra todo derecho. Aquel acto, por otra parte, resumía toda una trayectoria política no conforme a la misión fijada por los Tratados vigentes a las naciones protectoras en estas zonas del norte de Africa.

Entre Protectorado y colonia, y aun entre colonización y colonización, existen diferencias sustanciales. Otras optarán y apostarán por el coloniazaje, mientras España, leal a si misma y a su misión histórica, se ajustó a lo que fué su norma tradicional y a lo que estaba convenido y estipulado.

Los resultados saltan a los ojos. La situación de una y otra zona en esta Pascua Grande del Aid el Kebir comprueba, de un lado, la validez, eficacia y legitimidad de nuestros criterios y procedimientos, y de otro, hasta qué punto los mantenidos y utilizados por Francia necesitan ser rectificados y rectificadas urgentemente.

La obra de España en lo social, en la revalorización económica, en la estructuración y funcionamiento de las Corporaciones locales, en la ordenación y robustecimiento de las finanzas, en la capacitación del pueblo encomendado a su tutela para que vaya asumiendo, con la preparación moral y técnica necesarias, las funciones y cargos de la Administración, se ve compensada, no con beneficios materiales que nunca los tuvo ni buscó, sino con pruebas irrefutables—como decía el Alto Comisario—de la fina sensibilidad y del deseo de colaboración de los marroquíes en todos los asuntos y cuestiones. Esta identificación de protectores y protegidos en la tarea común es el mejor pago para España y el único que pretende. «En cuanto al afecto, siempre en aumento—proclama Su Alteza Imperial el Jalifa—que pone de manifiesto España—Caudillo, Gobierno y pueblo—por Marruecos, cuando ese país atraviesa con estoicismo y esperanzas una de sus etapas más delicadas y sufre una dura prueba en el más álgida de sus hijos, ha dado lugar a que el pueblo marroquí, dondequiera que habite, humedezca su lengua con expresiones de agradecimiento y alabanzas por esa noble postura».

La realidad en la zona francesa la viene registrando la Prensa diaria. Una realidad que, en estos momentos, toma dimensiones que trascienden los límites de su área geográfica natural, para implicarse en la órbita de los más graves problemas que hoy tiene planteados el mundo.

Estimamos que es la hora de las revisiones hechas a fondo, procuranáo no olvidar, entre otras cosas, que la categoría de los países no debe ni puede medirse nunca, y menos en las circunstancias actuales, por su potencial económico y material, sino ante todo, por su capacidad para ver claro, por los principios morales y espirituales que accionan y determinan su conducta y por la sinceridad con que saben responder a sus obligaciones. A este respecto, España y su Caudillo vienen demostrando que ocupan por derecho propio y con el máximo decoro un primer puesto indiscutible.

EL ESPAÑOL

SUSCRIBASE A  
POESIA ESPAÑOLA

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



## GUERRA DE TACTICAS EN EL FUTBOL



El director dimitido de la Escuela de Preparadores, don José Luis Las Plazas.—Abajo: Los jugadores de Barcelona se entrenan, bajo las órdenes de Sandro Puppo



DESPUES DE DIMITIR, JOSE LUIS LAS PLAZAS, ENJUICIA  
LA ESCUELA NACIONAL DE PREPARADORES

VEA PAG. 60